
JON BILBAO

Padres, hijos
y primates



Lectulandia

A Joanes la vida no le ha ido tan bien como esperaba. Cuando estudiaba en la Escuela de Ingenieros todos le auguraban un brillante futuro, pero este no se ha cumplido. Su empresa está al borde de la quiebra. Sin embargo, todo podría cambiar gracias a la posibilidad de un importante contrato.

En estas circunstancias, con el negocio a punto de cerrarse, lo último que quiere Joanes es viajar a la Riviera Maya para asistir a la boda de su suegro. Una vez en México, una alerta de huracán le obliga a abandonar su hotel en la costa y trasladarse al interior en busca de refugio.

En el trayecto se encuentra por sorpresa con un antiguo profesor de la universidad, que huye también del huracán. El profesor, un reconocido matemático, tiene un carácter manipulador que invita a desconfiar de cuanto hace y dice. En el tiempo transcurrido desde que terminó sus estudios, Joanes ha llegado a convencerse de que el profesor es el culpable de su pobre carrera profesional.

Ahora, retenidos por el huracán en una casa de huéspedes de un villorrio mexicano, Joanes tendrá la oportunidad de saldar cuentas con él. Podrá comprobar si sus sospechas son ciertas o nada más que una sofisticada fantasía, aunque para ello no le bastarán solo las palabras.

Lectulandia

Jon Bilbao

Padres, hijos y primates

ePub r1.0

Titivillus 10.02.2017

Jon Bilbao, 2011

Premio 2011 Otras Voces, Otros Ámbitos

Imagen de cubierta: Brad Wilson, *Portrait of male chimpanzee*

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Un hombre no cambia porque descubras más cosas sobre él.
Sigue siendo el mismo.*

GRAHAM GREENE, *El tercer hombre*

Primera parte: Carretera

Los animales se ocultaban, o quizá percibían lo que se avecinaba y habían huido tierra adentro en busca de refugio. Desde su llegada a México, Joanes solo había visto pájaros, omnipresentes y escandalosos, y las lagartijas de grandes patas que correteaban alrededor de la piscina del hotel. Ni rastro de las anacondas, jaguares y monos que había esperado encontrar, exhibiéndose para él, encaramados a nudosas ramas.

Tampoco la vegetación era como la había imaginado; el conjunto en absoluto respondía a su idea de la selva. No había árboles que bloquearan la luz del sol, ni lianas, ni orquídeas brotando en las horcaduras de los troncos. Lo que había era una vegetación tupida y uniforme, cubierta de polvo por el tráfico de la carretera y que solo alcanzaba los cinco o seis metros de altura; una maraña de arbolillos y enredaderas con más apariencia de maleza que de selva tropical.

Conducía hacia el sur por la carretera que recorre la costa este de Yucatán y comunica las poblaciones de la Riviera Maya. Llevaba la ventanilla abierta y el codo descansando en el borde. Repartía su atención entre el tráfico y el cielo. Escrutaba la franja de nubes situada al este, sobre la isla de Cozumel, buscando algún cambio en ellas; unas nubes idénticas a las que había visto durante los días anteriores, de una tonalidad verdosa en su parte inferior, aspecto inofensivo y que no hacían pensar en la proximidad de un huracán.

Dos horas antes su suegro había aporreado la puerta de la habitación donde Joanes, su mujer y su hija preparaban las maletas.

Vamos a tomar una sauna, dijo cuando Joanes abrió la puerta. Nos relajamos y nos olvidamos del puto huracán.

Fue más una orden que una invitación. Así era como el suegro pedía las cosas.

¿Tenemos tiempo?

Su mujer continuaba plegando y guardando la ropa, al margen de la conversación, y su suegro se dirigía exclusivamente a él. Vio la encerrona.

¡Claro que sí!, dijo su suegro explosivamente. Su rotunda figura, de dos metros de alto y ciento veinte kilos de peso, llenaba el vano de la puerta. Tomamos la sauna. Luego nos subimos a esos putos autobuses y nos largamos.

Los autobuses eran los que iban a trasladar a los huéspedes del hotel a un nuevo alojamiento en Valladolid, en el interior de la península, donde permanecerían hasta que hubiera pasado el huracán.

Me quedan cosas por recoger, dijo Joanes.

Pero su suegro no iba a dejarlo escapar. Respondió como si no lo hubiera oído.

Mueve el culo. Ya he untado al que se encarga del asunto. También va a largarse y no quería encender la sauna tan tarde.

La sauna era en realidad un baño de temazcal. Junto a la piscina había una pequeña construcción de adobe con forma de cúpula, que recordaba a un iglú o un

horno de pan. Se accedía al interior a través de una puerta tan reducida que había que pasar por ella a gatas, y en la que el corpachón del suegro a punto estuvo de quedar atascado. Joanes, desde fuera, contempló por un instante cómo aquel culo gordo, bronceado, depilado y solo parcialmente cubierto por un bañador Speedo de color amarillo se debatía para colarse por la puerta, y apartó la vista. El suegro logró entrar después de muchos apuros y un derroche de bufidos y peticiones de ayuda e increpaciones al temazcalero, que estaba dentro preparando el fuego.

En el interior el techo tenía poco más de un metro de alto. Joanes y su suegro se acomodaron como buenamente pudieron en el banco de obra que recorría la pared circular. En el suelo, el temazcalero atizaba una hoguera de leña sobre la que dispuso unas piedras porosas. Cuando estas estuvieron bien calientes vertió encima una infusión de hierbas aromáticas, lo que provocó una erupción de vapor.

¿Ya está?, preguntó el suegro.

Sí, señor.

Entonces déjanos solos.

Debo controlar el vapor, señor.

No te preocupes. Déjanos solos.

Pero es la costumbre, insistió el temazcalero.

¿También hay que darte unos pesos para que te largues? Sal de aquí. Ya te avisaré cuando terminemos.

El temazcalero puso cara de ofendido y se escurrió por la pequeña puerta. En cuanto se quedaron solos, el suegro sonrió y dio una húmeda palmada al hombro de su yerno.

¿Cómo va eso?

Joanes, que sudaba con la cabeza gacha y los codos apoyados en las rodillas, alzó la mirada.

¿Cómo va qué?

Lo tuyo. El contrato que tienes entre manos.

Joanes lo miró a través de la nube de vapor, sin deseos de responder.

Mi hija me lo ha contado todo, explicó el suegro.

Joanes adivinó lo sucedido. Su suegro la había interrogado recurriendo a su estrategia habitual: un cóctel bien agitado de preocupación fraterna, interés inquisitorio, petulancia y prepotencia. Y a ella no le había quedado más salida que arrojar un trozo de carne a la bestia para aplacarla. Que su padre les hubiera prestado ayuda económica durante los últimos años la había obligado a hacerlo. Al igual que el hecho de que él corría con los gastos de aquel viaje; viaje que ni Joanes, ni su mujer, ni la hija de ambos deseaban hacer.

El suegro era pintor. Su obra gozaba del reconocimiento necesario para que dos de sus cuadros formaran parte de la colección Saatchi. Pintaba óleos de tonos terrosos; empastaba los lienzos con ocre, rojos y marrones, superficies de color uniforme cuya textura alteraban la gravilla y los fragmentos de corteza y de pequeñas

ramas que entremezclaba con la pintura. Sobre todo ello fijaba unos pequeños cuadrados y rectángulos de fieltro, negros, grises o blancos. El resultado, cuando se observaba desde la distancia adecuada, hacía pensar en fotografías aéreas de paisajes devastados o desérticos, donde los rectángulos serían las siluetas de edificaciones perdidas en la terrosa inmensidad. El color de los recortes de fieltro, su número por lienzo y la forma en que figuraban distribuidos, marcaban las distintas épocas de su obra.

Seis meses atrás, el célebre pintor, viudo desde hacía diez años, había sorprendido a su familia al anunciar su repentino compromiso de boda. Había conocido a una chica en el salón de bronceado adonde acudía dos veces por semana. Era una de las empleadas. Al finalizar cada sesión, entraba en las cabinas individuales con un atomizador de desinfectante y un rollo de papel de cocina y limpiaba las camas de rayos UVA para los siguientes clientes. Tenía veinte años menos que él, no sabía ni una palabra de pintura, estaba suscrita a un servicio de horóscopo personalizado por Internet y su sueño siempre había sido casarse en Cancún, con el azul turquesa del Caribe como telón de fondo.

Qué se le va a hacer, había dicho el suegro encogiéndose de hombros. La chica tiene ese capricho.

Unos días después los había llamado para comunicarles la fecha del enlace e informarlos de que había hecho reservas de avión y hotel para todos. Sería una ceremonia íntima. Solo la familia más cercana. Él correría con todos los gastos. La boda se celebraría a finales de agosto. Para entonces su nieta, de trece años, estaría de vacaciones, al igual que su hija, profesora de filosofía de la ciencia en la universidad. Dio por sentado que su yerno podría desatender durante unos días su nada boyante negocio de equipos de aire acondicionado.

La ceremonia y el posterior banquete habían sido una sucesión de escenas *kitsch* capaz de hacer rechinar los dientes a cualquiera con un mínimo de sensibilidad estética. El momento culminante llegó con la aparición de la tarta, que descendió del techo en una plataforma, acompañada por una coreografía de rayos láser.

El anuncio del huracán se produjo esa misma noche. La pareja de recién casados había planeado que ellos y sus invitados se quedaran unos días en Cancún tras la boda, pero las nuevas circunstancias les hicieron cambiar de idea. No contaban, sin embargo, con que una multitud de turistas ansiosos por salir de allí colapsara el aeropuerto. Adelantar la fecha de regreso fue imposible.

Joanes se enjugó el sudor de las cejas, retrasando la respuesta. Con el calor, el volumen de su suegro parecía haberse expandido; sus nalgas se desparramaban por el banco de ladrillo.

El contrato no está firmado todavía, dijo.

El suegro guardó silencio a la espera de detalles.

Hay algunos puntos que aclarar.

Mi hija dice que ya está todo aclarado.

No exactamente.

¿Qué problema hay?

Joanes contuvo un suspiro.

Es un acuerdo complejo.

Mi hija dice que también muy lucrativo.

Joanes asintió. Un gesto seco y breve, apenas visible entre el vapor aromático.

Me gustaría que fueras más específico, pidió su suegro.

Prefiero no hablar de ello por el momento.

¿Y crees que no lo sé? Pero me preocupa el bienestar de mi hija y de mi nieta, así que dime algo que me alegre de oír.

No tienes que preocuparte por tu hija ni por tu nieta.

No me digas de lo que tengo que preocuparme y de lo que no, chaval.

Entonces preocúpate pero deja que yo me ocupe de ellas.

El suegro se inclinó hacia él.

Chaval, *tú* no puedes permitirte que *yo* no me ocupe de ellas. ¿Cuándo va a firmarse el contrato?

Depende de la otra parte.

¿Pronto?

Pronto.

Eso me gusta más. Ahora especifica «pronto».

Semanas. O días. Puede que ya estuviera firmado si no hubiera tenido que asistir a tu boda.

El suegro encajó el golpe sin parpadear.

Semanas o días, dijo masticando las palabras. ¿Necesitas que te eche un cable hasta entonces? Puedo pintaros un par de cuadros. No me llevará mucho tiempo. A estas alturas puedo hacerlos con los ojos cerrados.

Así era como el suegro los ayudaba: con cuadros que luego ellos vendían. Se presentaba en su casa por sorpresa, con gesto ceremonioso apoyaba un cuadro contra el respaldo de un sofá y quedaba a la espera de los comentarios de su familia. En especial, aguardaba los de su yerno. Para este, opinar sobre arte moderno era como tener que hablar en un idioma que desconociera. Su incompreensión no podía achacarse solo a unos conocimientos artísticos escasos, sino que se hallaba enraizada en niveles más profundos de su carácter. Tampoco le ayudaba que todos los cuadros de su suegro le parecieran iguales, ni el asombro y la irritación producidos por el nivel de cotización de unas obras monótonas y tristes, que se desmoronaban igual que una fachada vieja y que dejaban su sofá salpicado de gravilla y astillas pegoteadas de pintura. Bajo la mirada regocijada de su suegro, Joanes se esforzaba por decir algo que no pareciera demasiado estúpido y que pudiera pasar por un agradecimiento.

De nada, respondía el suegro dándole una palmada en la espalda. Luego besaba a su hija y a su nieta y se largaba con aire triunfante.

Unos días después los telefoneaba para averiguar por cuánto habían vendido el

cuadro, y de forma invariable, fuera cual fuera la cantidad, esta le parecía insultantemente baja. Se lanzaba entonces a despotricar asegurando que no sabía por qué los ayudaba si ellos se dedicaban a malvender su obra, cuyo valor despreciaban o eran incapaces de comprender, y juraba no regalarles un cuadro nunca más.

Hasta que unas semanas más tarde aparecía en su casa cargado con un nuevo lienzo.

Gracias, dijo Joanes, pero no hace falta.

¿Seguro?

Joanes asintió y desvió la vista de su suegro, al que el sudor le chorreaba por los hombros y la barriga.

A través de la pared de adobe se oían los pasos apresurados y las voces del exterior. Empleados y huéspedes del hotel ultimaban los preparativos para la evacuación. El huracán, bautizado por el Servicio Meteorológico de Miami como Gerald, se aproximaba a México absorbiendo energía de las aguas templadas del Caribe. De acuerdo a las predicciones, entraría en Yucatán a la altura de la isla de Cozumel. En ese momento habría alcanzado la categoría dos según la escala Saffir-Simpson. Tras tocar tierra se esperaba que se desplazara hacia el noreste barriendo la costa, hasta salir al golfo de México. Protección Civil había decretado la alerta Naranja; el huracán llegaría a tierra al cabo de veinticuatro horas, a la tarde del día siguiente.

¿Qué tal tus chicas?, preguntó el suegro. ¿Nerviosas?

Más bien molestas por no poder volver a casa. ¿Y tu mujer?

Lleva toda la tarde pegada al ordenador, chateando con su astrólogo. Cree que el huracán puede ser un mal presagio para nuestro matrimonio.

Joanes se abstuvo de hacer comentarios.

He hablado con el recepcionista, dijo el suegro. Por lo visto el hotel al que nos llevan no está sobrado de plazas precisamente. Vamos a tener que compartir habitación.

¿Quiénes?

Nosotros cinco. Dos camas dobles y una supletoria para la nena, añadió.

Joanes volvió a enjugarse el sudor de la cara.

Solo será por un par de días, dijo, dirigiéndose más a sí mismo que a su suegro.

Este soltó una carcajada. Se aclaró la garganta y escupió a las piedras colocadas sobre la hoguera. Su saliva se transformó en más vapor.

Lo dudo mucho, chaval. El recepcionista me ha dicho que los hoteles de la costa quedan inhabitables después de un huracán. Y las dos últimas veces el aeropuerto de Cancún estuvo fuera de servicio bastante tiempo. Muchos turistas se quedaron atrapados en los hoteles-refugio durante semanas. Y esos fueron los afortunados. A otros no les quedó más opción que alojarse en escuelas, talleres, almacenes...

Joanes no quiso seguir escuchando. Sin despedirse, gateó al exterior. Su suegro le preguntó adónde demonios iba y le ordenó volver adentro, pero él no le prestó

atención.

Se quedó plantado junto a la construcción de adobe. Tras el baño de vapor incluso el aire sofocante del exterior le pareció fresco. Dentro del horno, su suegro, que no podía atravesar la pequeña puerta por sí solo, gritaba pidiendo ayuda. Dos empleados de mantenimiento miraban a Joanes. Uno le preguntó si todo iba bien y él asintió. Estaban trabajando junto a la piscina. La habían vaciado hasta dejarla a un tercio de su profundidad habitual y hundían en ella tumbonas y otros muebles resistentes al agua. Allí estarían más protegidos del viento y la lluvia que en cualquier otro lugar.

Su mujer y su hija estaban discutiendo y no se fijaron en él cuando entró en la habitación. Su mujer agitaba ante la niña el memorándum distribuido por la dirección de hotel con las medidas a adoptar.

Aquí dice que en caso de huracán hay que vestirse de blanco.

Mamá, me niego a ponerme cualquier cosa blanca. Es una cuestión de principios. Y tú lo sabes, dijo enfáticamente la niña. Ni siquiera tengo algo blanco. Ni las bragas.

Puedo dejarte algo mío.

El flequillo de la niña le caía sobre los ojos. Se lo apartó con un teatral gesto de aburrimiento. Su pelo era negro y brillaba como el caparazón de un escarabajo. Llevaba una camiseta también negra, unos tejanos cortados por las rodillas —su única concesión al clima tropical— y unas zapatillas Converse de color fucsia adornadas con moscas pintadas a mano. Cerró los ojos y negó despacio con la cabeza. La petición de su madre era por completo innegociable.

Esta resopló y dio media vuelta y fue entonces cuando vio a su marido.

¿Ya estás aquí? ¿La sauna te ha relajado?

No exactamente.

Papá, estás empapado, dijo la niña con una mueca de asco. ¿No tendrías que ducharte o algo?

Seguramente, respondió él, y pasó al cuarto de baño, de donde salió un momento después frotándose con una toalla que arrojó a un rincón. Se puso el primer polo que encontró en el montón de su ropa y cogió la cartera, el móvil vía satélite y las llaves del coche.

¿Adónde vas?, preguntó su mujer. Los autobuses nos recogen en un par de horas.

Necesito tomar el aire. Termina de recoger mis cosas, por favor.

Y antes de salir añadió:

Volveré a tiempo.

Un minuto después estaba en la carretera.

Recorría un monótono tramo recto cuando sonó el teléfono. Antes de contestar calculó la hora que sería en España. Más de las once de la noche.

Tenemos que hablar, dijo una voz masculina y profunda.

Era la misma voz que durante los últimos meses se había vuelto tan familiar para él como las de su mujer y su hija. Le llegó asombrosamente cercana. Pudo percibir la gravedad que había en ella, y eso le preocupó. No era momento para mostrarse grave. Todos los puntos de su acuerdo estaban claros. Habían sido revisados, reconsiderados, reescritos y después vueltos a revisar.

Sintió que se le tensaba la espalda. Conducía con una sola mano y la vista fija en el punto de fuga donde se juntaban las líneas de la carretera.

Bien, hablemos. ¿Hay algún problema?

Al instante se arrepintió de haberlo preguntado, como si la mera mención de un problema bastara para invocarlo.

Lo cierto es que sí, dijo su interlocutor. Ha surgido algo.

Creía que estaba todo atado.

Me refiero a que ha surgido alguien.

Una pausa prolongada.

Su precio y sus condiciones son muy interesantes. Acabo de recibir la oferta.

Otra pausa.

Verás, chico, a mí me gustan tus números pero te mentiría si te dijera que estos no me han impresionado.

¿Quién ha hecho esa oferta?

Sabes que no sería correcto decírtelo.

Y tú sabes que puedo averiguarlo sin tu ayuda.

Entonces hazlo.

Una nueva pausa. Joanes tomó aliento.

¿Qué es lo que ofrece?, preguntó.

Eso tampoco puedo decírtelo.

Vamos...

Casi lo mismo que tú, pero a mejor precio.

Joanes maldijo para sí. Ya no le quedaba margen para nuevos recortes. Si bajaba más el precio perdería dinero.

¿Y bien?, preguntó haciendo acopio de entereza. ¿Qué va a pasar ahora?

Tú me inspiras confianza, chico, respondió la voz al otro lado del teléfono, pero habría que revisar tu propuesta.

¿Qué quieres revisar? No hay nada que revisar. Y además estoy en México. Nos van a desalojar por culpa del huracán. Lo habrás oído en las noticias.

Su interlocutor habló de nuevo y esta vez a su gravedad se sumó una dosis de enojo: lo último que quería era oír los problemas de otra persona; tenía más que suficiente con los propios.

Escúchame bien, ahora la decisión está entre tu oferta y la que acabo de recibir. Y,

sinceramente, la balanza se inclina hacia esta. Queremos zanjar el tema lo antes posible. Mañana nos reuniremos para tomar una decisión.

¿Con quién te vas a reunir? Creía que todo dependía de ti.

Nunca depende solo de uno. Y menos cuando hay tanto dinero por medio.

Esa fue la impresión que siempre me diste.

Espera nuestra llamada mañana, dijo su interlocutor, ahora cortante. Te comunicaremos lo que hayamos decidido.

Llámame antes de reuniros, pidió Joanes. Revisaré mi oferta esta noche. La puliré.

Sinceramente, no creo que sirva de algo.

Me lo debes.

Yo no te debo nada. No te equivoques conmigo.

¿Llamarás?

No te lo prometo.

Entonces te llamaré yo. Encontraré la forma de recortar el precio.

No. Yo te llamaré, dijo el otro antes de cortar la comunicación.

Encendió las luces de emergencia y se detuvo en el arcén, una raquílica franja de escombros y basura, de apenas medio metro de ancho, que era toda la separación que existía entre la carretera y la vegetación adyacente. Cerró los ojos y descansó la nuca en el reposacabezas. Pensó en lo que sucedería si su oferta era rechazada. No solo estaba en juego el resultado de meses de negociaciones, sino también el futuro de su empresa.

Permaneció así largo rato, sin importarle que su familia lo esperara para ir al refugio. Camiones con doble remolque y *pick-ups* cargadas de obreros pasaban a centímetros del coche. Sus bocinazos tampoco le hicieron abrir los ojos.

No te preocupes, dijo en voz alta. Vas a solucionarlo. Vuelve al hotel.

Y repitió:

No te preocupes.

Y una vez más:

No te preocupes.

Comprobó que no se acercaba ningún vehículo y dio media vuelta saltándose la mediana. Estaba ya en el carril contrario y pisaba a fondo el acelerador cuando una figura salió de entre la vegetación y se lanzó a la carretera delante del coche. En un primer instante pensó que era un niño, un niño negro. Apareció por el borde de su campo visual. Salió a la carretera caminando de forma extraña, bamboleándose con los brazos en alto, como si quisiera llamar su atención para que se detuviera. Pero estaba demasiado cerca y el coche iba demasiado rápido. El parachoques lo golpeó con fuerza, lanzándolo hacia delante y haciéndolo rodar varios metros sobre el asfalto.

Clavó los frenos y contempló aturdido la figura desmadejada. Que estuviera cubierta de pelo no lo ayudó a calmarse. No era un niño, sino un mono.

Salió del coche y avanzó hacia él con cautela. Era un chimpancé. Se preguntó qué demonios hacía allí un chimpancé. Creía que solo vivían en el África ecuatorial. Se detuvo al ver que empezaba a moverse.

El mono se puso lentamente en pie, dedicó una mirada dolorida a Joanes y abandonó la carretera renqueando. Volvió a introducirse entre la maraña de la que había salido.

No sabía qué hacer. Pasaron varios vehículos pero no le prestaron atención. Nadie había presenciado el atropello.

Decidió ir tras el chimpancé.

Pensó que habría dejado alguna especie de rastro: huellas, vegetación aplastada o algo así, pero una vez entre la maleza fue incapaz de distinguir nada. Avanzó al tuntún, entorpecido por las ramas bajas y las enredaderas, cambiando de dirección cada poco rato y volviendo varias veces sobre sus pasos. Ahuyentó a unas iguanas que descansaban entre las raíces de los árboles; se alejaron de él haciendo crujir la hojarasca. Solo encontró al mono porque este no había tenido fuerzas para alejarse mucho. Joanes apartó una cortina de enredaderas y se dio de bruces con él.

Estaba sentado en el suelo, con la espalda contra un árbol. Tenía una mano apoyada en el lugar del golpe. Era una hembra y llevaba un collar del que colgaba una argolla metálica. Cuando vio aparecer a Joanes tendió hacia él la otra mano, de forma lastimosa, abriendo y cerrando los dedos, pidiéndole que se acercara. Su pecho subía y bajaba dolorosamente. Joanes vaciló. Sabía que los chimpancés pueden desplegar una ferocidad que contradice su imagen juguetona. Pero esta no parecía en condiciones de hacer daño a nadie, y el collar indicaba que estaba habituada a la compañía humana.

Se arrodilló y le tomó la mano. Con los ojos entrecerrados la chimpancé lo miraba y movía los labios como si quisiera decirle algo o darle un beso. Parecía un ejemplar entrado en años. Tenía la frente calva y el pelo de los hombros y de la espalda gris, al igual que el de la barbilla y el que le cubría las falanges. Sus ojos, muy hundidos en el rostro y rodeados de arrugas, antes que dolor mostraban un enorme cansancio.

La chimpancé se llevó la mano de Joanes al pecho, para sentirlo más cerca, y él no se resistió. El animal le retuvo la mano mientras su respiración iba haciéndose cada vez más lenta. Poco después cerró los ojos y su cabeza cayó a un lado.

Aun así Joanes no la soltó. Permaneció inmóvil unos momentos, hasta que él también cerró los ojos y agachó la cabeza. Aferrado al cadáver de la chimpancé, rodeado por aquella selva achaparrada donde nadie podía verlo ni oírlo, rompió a llorar. Dio rienda suelta a las lágrimas hasta que le dolió la garganta. Entre medias tosió, moqueó y escupió maldiciones e insultos, muchos de ellos contra sí mismo.

Después se liberó lentamente de la mano de la chimpancé. Inspeccionó el collar en busca de alguna identificación. No había ninguna. En la muñeca derecha el mono

llevaba una pulsera, una baratija de cuentas de plástico, azules y rosas. El tipo de adorno que luciría una niña.

Mientras se enjugaba las lágrimas sonó el teléfono. Carraspeó y respiró hondo antes de contestar.

¿Dónde estás?, preguntó su mujer, preocupada. Ya han llegado los autobuses. He tenido un pequeño accidente.

¿Estás bien?

Sí.

¿Seguro?

Sí, no ha sido nada importante.

¿Qué ha pasado?

Te lo cuento luego.

Pero estás bien.

Estoy perfectamente.

¿Y qué pasa con la evacuación?

Id vosotras. Con tu padre y los demás.

¿Y tú?

Yo me quedo.

Tras una pausa, ella dijo que no le entendía.

Me quedo, repitió. Iré más tarde. Por mi cuenta. Nos veremos en Valladolid.

¿Hoy? ¿Irás hoy?

Respondió que no, que dormiría en el hotel e iría a la mañana siguiente, después de haber descansado. Antes de que su mujer pudiera objetar nada, añadió que el viento no empezaría hasta la tarde. Si se ponía en marcha al amanecer tendría margen más que suficiente.

Deberías pensarlo mejor.

He dicho que me quedo.

Hubo una pausa y luego ella dijo:

Está bien. Pero ten mucho cuidado.

En segundo plano, Joanes oía rezongar a su suegro.

¿Qué le pasa a tu padre?

Quiere saber cuándo vas a llegar.

Vaya, me alegra que por una vez se preocupe por mí.

Sí, bueno... Te llamaré esta noche, desde Valladolid.

¿Has entregado mi ordenador para que lo guarden?

Iba a hacerlo ahora.

Déjalo en la habitación. Ya que voy a quedarme repasaré algunas cosas.

¿Hay algún problema?, preguntó ella.

Y bajando la voz añadió:

¿Algo del trabajo?

No. Solo quiero revisar un par de cosas para quedarme tranquilo.

¿Seguro que estás bien?

Claro que sí. Luego hablamos con más calma.

Volvió al coche en busca de algo con lo que cavar una tumba. Al abrir el maletero comprendió el verdadero motivo por el que su suegro estaba preocupado. Dentro se encontraba su juego de palos de golf. Quería ponerlos a buen recaudo antes de salir hacia el hotel-refugio, adonde, para agilizar el traslado, nadie podía llevar equipaje.

Escogió el palo empleado para sacar las pelotas de las trampas de arena. La cabeza era de acero y plana y formaba un ángulo agudo, de unos cuarenta grados, con la varilla. Regresó junto a la chimpancé. Allí mismo empezó a cavar la tumba, utilizando el carísimo palo de golf unas veces como pala, otras como pico. La tierra era esponjosa, húmeda y aromática, de un negro brillante como el caviar. Pero también estaba entreverada de raíces que tenía que esquivar o, si eran pequeñas, partir con las manos o golpeándolas con el palo. Tardó horas en abrir una fosa lo bastante grande y profunda.

Depositó el cadáver con cuidado, en una postura que le pareció provista de cierta dignidad. Lo tapó empujando la tierra con las manos. Le hubiera gustado cubrir la tumba con piedras para que las alimañas no la saquearan. Pero allí no había más piedras que los cascotes del arcén de la carretera, que eran demasiado pequeños y, de un modo no articulable, indignos de aquella función. Así que dio la labor por concluida en aquel punto.

Arrastrando el palo de golf volvió al coche. Estaba empapado en sudor y manchado de tierra de la cabeza a los pies y tenía las manos cubiertas de roces y arañazos. Quería gritar para aliviar la frustración y la rabia. Sintió el impulso de golpear el coche con el palo, el coche alquilado con el dinero de su suegro y con el que había atropellado a aquel pobre animal. Abollar el capó. Destrozar los cristales.

Se limitó sin embargo a contemplar con desdén el palo de golf y dejar que se le escurriera entre los dedos. Cayó entre las botellas de plástico, las colillas y los papeles descoloridos que ensuciaban el arcén.

El viento helado los hacía lagrimear y sujetarse el casco para que no saliera volando. Esquivaron a los obreros que hormigueaban por la planta y Joanes y su anfitrión se acercaron a la barandilla de seguridad. La altura a la que estaban y la atmósfera aclarada por el viento permitían ver hasta gran distancia. El azul del mar cambiaba a un tono más oscuro tras la línea que bordeaba la costa, donde el fondo marino se desplomaba hacia profundidades mayores.

¿Qué te parece?, preguntó su anfitrión, que tenía una voz profunda y serena.

Espectacular.

Eso pienso yo. Aquí, dijo apuntando al suelo de hormigón desnudo, irá una de las suites, y aquí, añadió señalando el vacío frente a ellos, un ventanal desde el suelo al techo. La vista no merece menos.

Subrayó sus palabras mediante un gesto con el que acarició el horizonte marino.

Aquellos serán los bloques de apartamentos.

Se refería a los tres esqueletos de edificios que, siguiendo la línea de la costa, se alzaban a continuación de aquel donde estaban.

Joanes admiró en silencio el paisaje. El viento hacía flamear su corbata. Por encima de él no había nada salvo un cielo de un azul cianótico. Hacía mucho que no se sentía tan bien. Si las cosas marchaban correctamente se ocuparía también de los edificios de apartamentos. Pero se forzó a no pensar todavía en ellos. Debía centrarse en el que estaban en ese momento, un futuro hotel de ciento quince habitaciones al que suministraría toda la instalación de aire acondicionado: un equipo individual para cada habitación, conducciones, caldera, climatizadores, sistema de control de calidad del aire...

¿Crees que podrás ocuparte?, le preguntó su anfitrión y potencial cliente.

Sin duda.

Me alegra oírlo, porque te aseguro que todo esto no es más que el comienzo.

Segunda parte:
Hotel

Cuando llegó al hotel hacía horas que los autobuses se habían ido. Entró en la recepción cargado con los palos de golf. El gerente lo interceptó, alarmado por su aspecto y su tardanza. Joanes lo tranquilizó asegurándole que se encontraba bien y prometiendo que no se quedaría a ver venir el huracán. Aun así tuvo que firmar un descargo de responsabilidad por negarse a abandonar el hotel junto con los demás huéspedes.

Su mujer lo había recogido todo. El equipaje de la familia estaba envuelto en las bolsas de plástico facilitadas por el hotel y colocado en los estantes más altos del armario. Sobre la cama había dejado las cosas que él tendría que llevar al día siguiente. A pesar del cansancio, Joanes no pudo evitar sonreír ante la pulcra hilera formada por una muda de ropa interior, un impermeable, su pasaporte, un mapa de carreteras, un pequeño botiquín, una nota con la dirección y el teléfono del hotel-refugio y una mochila donde guardarlo todo.

Dejó caer los palos de golf en un rincón y se dio una larga ducha. Después sacó una de las maletas del armario, retiró la cinta adhesiva que precintaba la bolsa que la envolvía, y cogió algo de ropa limpia.

Cenó en el restaurante del hotel. Le sirvió un camarero malencarado y sin uniforme. Sin más clientes que él y con la mayor parte del mobiliario retirado, el sitio resultaba deprimente.

Trabajaba en su ordenador portátil cuando sonó el teléfono de la habitación.

¿Cómo estás?, preguntó su mujer.

Joanes se tumbó en la cama para hablar. El televisor estaba sintonizado sin sonido en un canal de noticias.

Estoy bien. ¿Y vosotras?

Bien, respondió ella con voz cansada.

¿Seguro?

Estoy bien ahora que por fin me he quedado sola. Los demás han bajado a cenar. Nos han dado vez en el cuarto turno del comedor.

¿Tú no cenas?

Prefiero hablar contigo. Dime qué ha pasado.

Él le contó el atropello del chimpancé.

¿Por qué había un chimpancé en la carretera?

No lo sé.

Le contó cómo había buscado al animal moribundo entre la vegetación, y cómo se había quedado con él hasta que murió, y cómo luego había creído necesario enterrarlo. No dijo que había llorado.

¿Por eso no has llegado a tiempo?

Eso es.

¿No ha pasado nada más?

Nada.

No creyó necesario, por el momento, hablarle de los problemas con el contrato.

Ella suspiró.

No te parece bien, dijo él.

¿El qué?

Que me entretuviera en enterrarlo. En enterrarla, en realidad. Era una hembra.

No lo sé. Supongo que fue lo correcto. Pero espero que vengas pronto.

Claro. Vosotras estáis bien, ¿no? Estáis con tu padre.

Sí. Y con mi madrastra. Voy a compartir habitación con mi madrastra. Tienes que ver el camisón que ha traído. Los cristales de la ventana son menos transparentes.

Joanes rio.

Cada vez tengo más ganas de llegar.

Después de una pausa ella dijo:

Todo esto es muy raro. El huracán, ese mono en la carretera...

Él le dio la razón.

¿Qué tal está ese sitio?

Ella soltó un bufido. Tanto el hotel-refugio como la ciudad eran un caos. Los turistas evacuados no dejaban de llegar, y también mexicanos, y ya no quedaba ni una sola plaza de alojamiento en todo Valladolid. A diferencia de lo que habían visto en Cancún, los hoteles no se habían preparado para el huracán. Todos confiaban en que allí sus efectos apenas superarán los de una tormenta convencional. Los hoteleros se aprovechaban de la situación. La gente sin reserva ofrecía lo que fuera por una habitación; los hoteleros cogían el dinero y les asignaban las plazas de los refugiados. Como consecuencia, estos acababan durmiendo en colchonetas en las zonas comunes.

Joanes la oyó bostezar.

Es mejor que cenes algo y descanses. Nos veremos por la mañana.

Por la mañana, repitió ella. Ten mucho cuidado.

Descuida.

Te quiero.

Y yo a ti.

¿Seguro?

Claro que sí.

Después de colgar el teléfono a Joanes le pareció que el silencio en la habitación era insoportable. Buscó el mando a distancia y subió el volumen del televisor.

Un momento después volvía a silenciarlo.

Siguió trabajando durante varias horas. Después puso por escrito en un cuaderno las nuevas modificaciones a realizar en su oferta. Antes de acostarse guardó el cuaderno en la mochila que llevaría al día siguiente.

Estaba en pie antes del amanecer. Volvió a colocar en el armario la maleta que había abierto y selló las puertas con cinta adhesiva. Se aseguró de que llevaba todo lo que su mujer le había preparado, además de agua y comida para el viaje.

En cuanto salió de la habitación, una doncella y dos empleados de mantenimiento se abalanzaron adentro. Parecía que hubieran pasado la noche en el pasillo, esperando a que se abriera la puerta. Empezaron a retirar la ropa de cama, sacar los aparatos eléctricos y trasladar todos los muebles posibles al cuarto de baño.

Aguarde, señor.

La doncella había salido tras él cargada con los palos de golf.

¿Y esto?

Joanes se encogió de hombros.

Haz lo que te parezca.

El hotel presentaba un aspecto muy diferente al habitual. Todo estaba listo para recibir el huracán. El mobiliario, las lámparas y los adornos de pasillos y demás zonas comunes habían sido retirados. Las ventanas y las puertas de cristal lucían por su cara interior y de esquina a esquina cruces de cinta adhesiva. En el patio, los cocos de las palmeras habían sido cortados y las ramas recogidas con zunchos para que el viento no las arrancara.

Joanes entregó su portátil en recepción y tomó un recibo a cambio.

Que tenga buena suerte, se despidió de él el recepcionista.

No había ni una nube. El cielo hacía pensar que el día sería tan soleado y tranquilo como los anteriores. Contradecía esa impresión el aspecto de ciudad fantasma que ofrecía la zona hotelera de Cancún. Casi todos los hoteles ya habían desalojado a sus huéspedes.

Cuando tomó la carretera a Valladolid comprobó que la población local también se había preparado para el huracán. Los talleres, concesionarios de vehículos y almacenes de repuestos mecánicos que durante kilómetros flanqueaban la carretera a su salida de Cancún tenían las puertas y ventanas cubiertas con madera contrachapada y los letreros publicitarios desmontados.

Pronto se vio inmerso en un flujo de densidad creciente, que al igual que él buscaba refugio en el interior de la península. Su coche se incorporó a una variopinta caravana integrada por turismos, autobuses, ciclomotores, vehículos de obra y agrícolas. Vio *pick-ups* cargadas con varias generaciones de una misma familia, la mayoría de sus integrantes apretujados en las partes traseras, que habían sido protegidas mediante toldos fabricados con armazones de tubería y cubiertas de plástico u hoja de palma. Vio una excavadora que avanzaba con el cazo levantado y tres niños acomodados en este, entre mochilas y fardos de ropa. También se encontró con autobuses de turistas que estaban siendo evacuados. Intercambió con sus pasajeros miradas de resignación.

La marcha se ralentizó hasta hacerse desesperantemente lenta. No ayudaron a agilizarla varios accidentes de chapa ni la presencia de dos controles militares. Soldados con ametralladoras hacían detenerse a los vehículos y a algunos les ordenaban retirarse al arcén. Allí los ocupantes eran obligados a apearse mientras una pareja de rottweilers olfateaba el vehículo y se zambullía en las montañas de bultos que componían el equipaje.

Aunque trataba de evitarlo, cada pocos minutos su mirada se desviaba hacia el reloj.

¿Van a tenernos aquí todo el día?, se preguntó en voz alta cuando llevaba parado casi una hora en el segundo control.

La tarde anterior había ido a un supermercado por comida para el viaje. Las compras de pánico habían arrasado el local. En los estantes correspondientes a las conservas solo había unas pocas latas abolladas. Cogió dos de las de aspecto más aceptable y una bolsa de pan de molde. Las botellas de agua mineral estaban racionadas a dos por cliente.

Por simple aburrimiento, comió algo de sus provisiones.

El cielo continuaba despejado.

La carretera discurría entre una vegetación más alta que la de la costa. En los tramos donde aumentaba el número de carriles, podía acelerar un poco pero aun así el ritmo medio era muy lento.

Mientras conducía por un tramo recto vio a lo lejos a dos personas en el arcén. Una en pie observando el tráfico. La otra sentada sobre algo que no pudo distinguir. Daba la impresión de que estuvieran haciendo autoestop, pero no llevaban a cabo ningún esfuerzo por llamar la atención de los vehículos, salvo aguardar allí inmóviles. Al pasar junto a ellas vio que eran un hombre y una mujer; esta en una silla de ruedas. Durante una fracción de segundo, las miradas de aquel hombre y de Joanes se encontraron.

Siguió conduciendo unas decenas de metros y después pisó bruscamente el freno. Al coche que iba detrás no le quedó más remedio que dar un volantazo para no empotrarse contra él. Se quejó haciendo sonar largamente el claxon. Joanes se apartó al arcén, donde se quedó inmóvil, con las manos sobre el volante, observando por el espejo retrovisor a aquellas dos personas.

El hombre, en realidad un anciano, miraba ahora hacia el coche. La mujer, tocada con un sombrero de paja, seguía en la misma postura: cuerpo encogido y cabeza gacha.

Pero toda la atención de Joanes se centraba en él. En el anciano.

Vestía unos pantalones de pinzas y camisa blanca de manga corta. Había ganado unos cuantos kilos. Lo que antes era un estómago robusto se había convertido en una panza que se desbordaba sobre el cinturón. La papada doble era ahora triple. Y las

gafas de montura grande y cuadrada, de pasta negra, que recordaban a televisores antiguos, habían sido reemplazadas por un modelo más moderno. Pero la actitud altiva era la misma de siempre.

El anciano avanzó con cautela hacia el coche. Joanes se apeó y dijo:

Buenos días.

¡Un compatriota!, respondió el anciano con enorme satisfacción, tendiéndole la mano.

Mientras se la estrechaba, Joanes lo escrutó, pero no detectó señal alguna de que se acordara de él.

Buenas días, profesor.

La sonrisa del anciano se esfumó al instante.

Me parece que no se acuerda usted de mí. Fui alumno suyo. En la Escuela de Ingenieros.

Añadió su nombre y el año en que aquello había sucedido.

El profesor lo miró frunciendo el ceño y negó con la cabeza.

Lo siento, dijo. No lo recuerdo. Pero, en cualquier caso, me alegro muchísimo de verlo.

¿Qué les ha pasado?

El profesor frunció los labios.

Hemos sido víctimas de un motín, dijo con indignación contenida. Nos llevaban en autobús a uno de esos refugios cuando los demás pasajeros se amotinaron para que mi esposa y yo nos apeáramos. Nos han echado. Nos han arrojado a la cuneta y luego han seguido su camino. Y debemos dar gracias por no haber sufrido daños físicos.

Joanes meneó la cabeza, confundido.

Pero ¿por qué?

Por intolerancia, amigo mío. Por ceder a la irritación producida por una pequeña incomodidad y dejarse llevar por el nerviosismo. Mi esposa, por su condición, requiere un poco más de espacio que cualquier otra persona. Un asiento estrecho y duro, con el respaldo erguido, la fatiga horriblemente. Este motivo, en un autobús con más pasajeros que asientos y con el aire acondicionado estropeado, bastó para desencadenar el motín.

¿No había nadie para protegerlos? ¿Un representante del hotel, el conductor...?

El profesor negó enfáticamente.

Solo el conductor, pero lo último que quería era verse involucrado. Obedeció sin rechistar cuando aquellos salvajes le ordenaron detenerse. Figúrese usted la situación. ¡Levantaron en volandas a mi esposa y la dejaron en la cuneta! ¡Como si fuera un bulto!

¿Ella es su esposa?, preguntó Joanes señalando a la mujer de la silla de ruedas.

Discúlpeme. Debería haberlos presentado. Este calor me hace ser grosero.

Joanes lo siguió hacia donde estaba la mujer.

¡Cariño, no te puedes imaginar la suerte que hemos tenido!

Cuando su marido le presentó a Joanes, ella respondió con un gesto blando. Apenas varió su expresión dolida, como si sonreír representara para ella un esfuerzo intolerable. Llevaba las cejas completamente depiladas y su vestido, blanco, sin cintura ni adornos, recordaba a una bata de hospital. Cuando el profesor añadió que Joanes había sido alumno suyo respondió:

Entonces no sé si hemos tenido tanta suerte.

Un tráiler pasó a su lado y ella cerró los ojos con fuerza para protegerse del polvo. ¿Adónde los llevaba el autobús?, preguntó Joanes.

No lo sé, respondió el profesor. Oí a alguien decir el nombre de la ciudad, pero...

Yo voy a Valladolid.

Puede que fuera el mismo sitio. Creo que sí.

¿Quieren que los lleve?

El profesor respondió con una enorme sonrisa y volvió a estrecharle la mano, ahora con mayor fuerza que antes.

No se imagina lo muy agradecidos que le estaríamos si lo hiciera. No me atrevía a pedírselo.

No es ninguna molestia. Pero será mejor que nos pongamos en marcha. Ya es un poco tarde.

Joanes observó al profesor mientras este se echaba una bolsa de viaje al hombro y empujaba a su mujer hacia el coche. La silla era motorizada pero había que ayudarla a avanzar por el arcén cubierto de cascotes.

Aquella historia del motín era un poco extraña. A Joanes le costaba creer que los otros pasajeros los hubieran echado solo por un problema de espacio. Seguramente había sucedido algo más. El profesor habría provocado de algún modo la cólera de los otros, lo que, conociéndole, era fácil de creer.

Acomodaron a la mujer en el asiento trasero y metieron en el maletero la silla de ruedas.

Joanes se puso al volante pero no arrancó todavía. Quería fijar aquel lugar en su memoria, aquel despacible trecho de carretera mexicana, el aguililla caminera que los observaba fijamente desde lo alto de un cartel indicador...

Había imaginado ese momento incontables veces desde que salió de la universidad. En sus fantasías el profesor siempre aparecía en una posición desesperada, en la que no le quedara más remedio que pedirle auxilio, reconociendo implícitamente que había cometido un terrible error al valorarlo como lo había hecho. Y Joanes le prestaba ayuda haciendo gala de una actitud sobria y eficiente. Le dejaba claro que las cosas le iban de maravilla, que dirigía un negocio próspero, que tenía una familia envidiable y, en definitiva, que su influjo nocivo no había surtido efecto sobre él.

¿Ocurre algo?, preguntó el profesor.

Nada, respondió Joanes poniéndose en marcha. Todo está en orden.

El profesor pertenecía a una familia de dentistas. Su abuelo, su padre y dos de sus tíos habían practicado la odontología. De las carreras de estos familiares, la más fructífera había sido la del padre del profesor, que había hecho una pequeña fortuna con las patentes de varias piezas de instrumental: dos abrazaderas de endodoncia, un perforador de diques, un tiranervios y, en especial, una fresa odontológica que había disfrutado de gran aceptación entre sus colegas de oficio.

Los alumnos del profesor comentaban lo pertinente de que formara parte de una familia enriquecida a costa de infligir dolor a los demás, e interpretaban como una muestra de refinamiento y fidelidad a la tradición familiar que hubiera dado el salto de la odontología a la docencia de las matemáticas.

Estaba especializado en teoría de algoritmos y funciones matemáticas recursivas, y no se contaba, ni mucho menos, entre los profesores más apreciados por el alumnado de la Escuela de Ingenieros. Su mala fama provenía de su elevado nivel de exigencia y su afición a desconcertar e intimidar a los alumnos, lo que producía en estos una inseguridad que en algunos casos se volvía congénita.

En una de las primeras clases del profesor a las que asistió Joanes, aquel sorprendió a toda el aula con un encendido discurso en defensa del sistema de numeración duodecimal. Según su opinión, existían poderosos argumentos para reemplazar el moderno sistema de numeración de base diez por el de base doce. Los cálculos resultarían así mucho más sencillos, aseguró. Las multiplicaciones y las divisiones se agilizarían gracias a que el sistema duodecimal posee cuatro factores primos: el dos, el tres, el cuatro y el seis; mientras que el sistema decimal solo tiene dos: el dos y el cinco. Otro de los argumentos que esgrimió fue la amplia aceptación histórica y geográfica de la numeración de base doce, como evidencian la existencia de doce signos zodiacales, la división del año en doce meses y la de la unidad métrica del pie en doce pulgadas. Concluyó señalando, por si fueran necesarias más razones y más claras, que el ser humano está anatómicamente dotado para contar en base doce: cuatro de sus dedos de la mano poseen tres falanges; cuatro por tres es igual a doce. El pulgar actuaría como puntero a la hora de contar las falanges de los restantes dedos.

Piensen en ello, los animó.

Días después el profesor les preguntó si habían reflexionado sobre sus palabras. Las primeras voces a favor brotaron de forma tímida. Pero pronto muchas más fueron animándose, mostrando su conformidad con el sistema duodecimal y aportando nuevas razones para apoyarlo. El profesor escuchaba con sonrisa satisfecha. Al cabo de un rato el aula quedó en silencio. Todos los ojos permanecían fijos en él, a la espera de lo que dijera sobre la viva reacción ocasionada por su discurso. Pero lo que hizo fue reírse, y su risa sonó como cuando se frota una piedra contra otra.

Son ustedes estúpidos, dijo a los alumnos. ¿Cómo pueden pensar que considero un buen motivo para cambiar nuestro elegante sistema de numeración, o cualquier otro, los signos del zodiaco o que haya doce lunas llenas al año?

Y repitió.

Estúpidos.

Y añadió:

E ignorantes.

Para entonces había dejado de reír y su rostro había adoptado una tonalidad cárdena.

Les conté esa sarta de necesidades para poner a prueba su capacidad de cuestionamiento. Y lamento comprobar que es nula. A partir de ahora, los increpé señalándolos con un dedo amenazador, es su obligación poner en duda todo cuanto yo diga desde esta tarima o escriba en esa pizarra. Absolutamente todo.

Joanes no se perdía una sola clase de Análisis Numérico, la asignatura impartida por el profesor. Cuando estaba con sus compañeros, se sumaba a las fieras opiniones que tenían de este. Pero en su caso se trataba solo de una pose, pues lo que en realidad sentía era admiración.

Ese sentimiento lo fomentaban el saber enciclopédico del profesor — enciclopédico desde el punto de vista de un estudiante—, su modo seguro y preciso de impartir las clases, el desapego aristocrático con que trataba a los alumnos, y los frecuentes y prolongados silencios en que se sumía, en ocasiones en mitad de una frase, durante los que permanecía con la vista perdida en el vacío, como si sus alumnos y todo el conjunto del aula se hubieran volatilizado para él. A menudo, después de tales silencios realizaba unas anotaciones en la libreta que siempre llevaba en el bolsillo del pecho. A continuación retomaba la clase donde la había dejado.

También contribuían a su admiración la celebridad y el reconocimiento de los que el profesor gozaba en su campo, así como la ristra de manoseados libros con su nombre en el lomo que figuraba en la biblioteca de la Escuela de Ingenieros.

Joanes trató en varias ocasiones de acercarse al profesor para ganarse su confianza, pero el carácter distante de este y un sistema de docencia que no fomentaba el contacto entre profesorado y alumnos hicieron sus esfuerzos inútiles. Sacó de la biblioteca algunos de sus libros. Los hojeó con interés, pero el contenido era demasiado avanzado para él. Tuvo que conformarse con admirar la belleza formal de los castillos de ecuaciones.

Eso cambió cuando, a mediados del curso, el profesor publicó una biografía del matemático inglés Alan Turing. Turing había sido uno de los pioneros en el desarrollo de la computación y era una figura muy admirada por el profesor, que lo citaba a menudo en sus clases. Las anteriores publicaciones de este habían aparecido en editoriales reconocidas dentro del ámbito científico. Sin embargo, su libro sobre Turing, que llevó el paranomásico título de *Turing. El matemático pragmático*, fue publicado por una oscura editorial especializada en textos sobre ajedrez.

En las digresiones sobre Alan Turing en que el profesor se embarcaba con

frecuencia, Joanes detectó una admiración similar a la que él mismo sentía por aquel. Basándose en eso, creyó que el libro escondería pistas sobre facetas de su personalidad que el profesor mantenía ocultas a los alumnos, información sobre sus gustos e intereses. En cuanto *Turing. El matemático pragmático* se publicó, corrió a comprarlo.

El libro obviaba por completo cualquier mención a la vida privada de Turing, centrándose en su faceta profesional. Recogía los episodios más celebrados de esta, como la publicación del célebre artículo «Números computables», en el que Turing planteó la existencia de una máquina hipotética, la máquina *a*, que mediante la aplicación de una serie finita de pasos sería capaz de determinar la veracidad o no veracidad de cualquier afirmación; el importante papel jugado por el matemático en la Segunda Guerra Mundial, ayudando a descifrar los códigos criptográficos alemanes generados por la máquina Enigma; y sus posteriores, y malogrados, intentos por convertir en realidad la máquina *a*.

Turing. El matemático pragmático tenía un final difuso. Sobre la muerte de Turing a la temprana edad de cuarenta y un años, el profesor solo decía que se produjo «en lamentables circunstancias». A continuación se embarcaba en una serie de reflexiones de índole más filosófica que científica sobre la repercusión de Turing en las matemáticas y la informática.

En su empeño por indagar en la personalidad del profesor, Joanes averiguó más bien poco. El profesor admiraba a Turing, pero eso era algo sabido. Su apasionamiento quedaba patente en el deshilvanado estilo de redacción, muy alejado de la férrea precisión en el lenguaje que demostraba en sus clases y exigía a los alumnos. A Joanes no le extrañó que la hagiografía que era *Turing. El matemático pragmático* hubiera aparecido en una editorial menor. Lo interpretó como un capricho personal del profesor, una forma de soltarse la melena similar a las novelas de ciencia ficción que algunos científicos publican bajo seudónimo.

Puesto que eran escasas las conclusiones que sobre la personalidad del profesor podían extraerse de lo dicho en *Turing. El matemático pragmático*, Joanes pasó a buscarlas en lo que no se decía. Para ello se hizo con otra biografía de Turing, una más completa y no tan evidentemente parcial. Descubrió así que Turing era un excéntrico, famoso por llevar los pantalones sujetos con una cuerda y porque cada noche encadenaba su taza para el té a un radiador. Estos comportamientos, sumados a su individualismo y a sus escasas dotes sociales, lo mantuvieron al margen de los círculos matemáticos relevantes, donde era visto con desdén y, en el mejor de los casos, con tolerancia paternalista.

Además era homosexual. En la Inglaterra de mediados del siglo xx esto no favorecía la promoción profesional de nadie.

En 1952, Turing comenzó una relación con un chico de Manchester. Se llamaba

Arnold Murray y tenía diecinueve años. Las continuas peticiones de dinero de Murray condujeron a una violenta discusión. Unos días después Murray allanó la casa de Turing. Este llamó a la policía. La posterior investigación desveló el tipo de relación que el matemático y el joven mantenían. En virtud de la Sección II de la Ley Criminal Británica de 1885 Turing fue acusado de ultraje a la moral pública.

Para evitar la condena aceptó someterse a un tratamiento que le «curara su enfermedad». Las inyecciones de estrógenos que le aplicaron como castración química tuvieron efectos secundarios. Turing engordó y se le desarrollaron pechos.

En la mañana del ocho de julio de 1954, la gobernanta de Turing descubrió su cadáver. Yacía en la cama y junto a él había una manzana a la que le faltaban varios bocados. Un examen posterior reveló que la fruta había sido rociada con cianuro.

Desde el momento de su estreno, Turing había sentido fascinación por la película de Disney *Blancanieves y los siete enanitos*. Entre sus excentricidades estaba recitar los versos que la Reina Malvada pronuncia cuando envenena la manzana que ofrecerá a Blancanieves:

*Sumerge la manzana en el brebaje
y deja que el sueño de la muerte la ultraje.*

Nada de esto figuraba en *Turing. El matemático pragmático*. Antes a Joanes le había parecido que el profesor se había dejado llevar en su libro, pero la nueva información le hizo cambiar de idea. El profesor se había sometido a una dura autocontención para no dirigir su mirada hacia los aspectos de Turing que le parecían más censurables. Al comparar ambos textos, podía concluirse que lo que más le molestaba era la blandura de carácter de Turing, la faceta inmadura de su personalidad, que tan serio perjuicio había causado a su trabajo. Su inmadurez había lastrado el pragmatismo tan admirado por el profesor; el pragmatismo que inicialmente había impulsado a Turing a rasgar la membrana correosa y traslúcida que separa la teoría de la práctica, a abandonar el palacio de cristal de las matemáticas puras para frecuentar los sucios talleres donde trajinaban los ingenieros. Y si eso molestaba tanto al profesor, quizá fuera porque él mismo temía padecer una inmadurez semejante: que su vida privada fuera un obstáculo para la profesional.

A ello había que sumar la homosexualidad. Se podía suponer que el modo en que este tema había sido extirpado de *Turing. El matemático pragmático* se debía al rechazo, o la inquietud, que despertaba en el profesor. Joanes fantaseó con la turbación que a este le produciría la imagen del cuerpo sin vida de Turing: tendido en la cama, con las manos entrelazadas sobre el vientre, el pijama hinchado por los pechos generados por los estrógenos, los ojos plácidamente cerrados, como si aguardara la visita de un príncipe que lo despertara con un beso en los labios.

Sus lecturas hicieron creer a Joanes que conocía al profesor mejor que antes y mejor que el resto de alumnos. Lo interpretó como un logro personal, como si nadie

más pudiera haber leído los mismos libros y llegado a conclusiones similares. Conocer lo que él interpretaba como opiniones privadas del profesor, y por tanto puntos débiles, le permitió mostrar mayor aplomo en las clases. Ya no agachaba la cabeza cuando la mirada del profesor se cruzaba con la suya. Le gustaba pensar que este se daba cuenta de lo sucedido, y de que por ello le tenía en una especial consideración.

Aprobó Análisis Numérico con la nota más alta de su clase. En los cursos siguientes no perdió al profesor de vista. Se lo cruzaba a menudo en los pasillos de la Escuela de Ingenieros. El profesor respondía a sus saludos con un asentimiento distante. Parecía no acordarse de él.

Solo quedaba media botella de agua, que Joanes ofreció a la mujer del profesor. Ella bebió con avidez. Después humedeció un pañuelo y se frotó con él la cara y el cuello. Su marido bebió también, tras lo que ella se apresuró a recuperar la botella, reteniéndola consigo.

El profesor preguntó a Joanes el motivo de su estancia en México y este le hizo un breve resumen.

¿Cómo es entonces que no está con su familia?

Joanes explicó que su mujer y su hija se habían adelantado y ya estaban en Valladolid. Después, ante el interés del profesor por el hecho de que él se hubiera quedado atrás, le habló del atropello del mono.

Llevaba un collar. Supongo que se escaparía de algún sitio. En aquella zona hay varios parques temáticos. Puede que en alguno tengan monos. También llevaba una pulsera. Un juguete barato, de cuentas azules y rosas.

Es extraño, comentó el profesor.

Por el retrovisor, Joanes echaba vistazos a la mujer. La mayor parte del tiempo ella iba con los ojos cerrados.

¿Se encuentra usted bien?, le preguntó.

Ella lo miró fijamente unos segundos antes de decir nada.

¿Falta mucho para llegar a ese sitio?

No lo sé exactamente. Creo que no.

Ella gruñó algo ininteligible y volvió a cerrar los ojos.

El profesor contemplaba el paisaje con gesto preocupado. Joanes se dijo que sería mejor dejar las preguntas para más adelante.

El profesor llevaba el plano de carreteras desplegado sobre el regazo e iba atento a los carteles indicadores. Había pasado el mediodía cuando chasqueó la lengua y escrutó el plano acercándose a la nariz.

¿Algún problema?, preguntó Joanes.

Acabo de ver un cartel con los kilómetros que faltan hasta Valladolid.

¿Y?

Que marcaba más kilómetros que el anterior que hemos pasado.

¿Nos hemos perdido?, preguntó la mujer.

No, respondieron a la vez su marido y Joanes.

Aunque no estaban seguros. Cada cruce y bifurcación eran un caos de vehículos que se sumaban y se separaban de la corriente principal, hasta el extremo de que resultaba difícil saber cuál era esta realmente. Poco después pasaron junto a un cartel donde ya ni siquiera se mencionaba Valladolid. El profesor volvió a examinar el plano.

Creo que estamos por aquí, dijo señalando una zona al norte de la carretera que deberían haber seguido y de la que por lo visto se habían apartado sin darse cuenta.

¿Muy lejos de Valladolid?, preguntó Joanes.

No lo sé. Este es un plano de todo México. Debería haber conseguido usted uno detallado del estado.

Volvió a estudiar el plano y dijo que quizá faltaran setenta kilómetros hasta Valladolid. Puede que más.

Los tres miraban sus relojes y el cielo, que seguía despejado. Joanes intentó mostrarse tranquilo, aunque no era así, ni mucho menos, como se sentía.

Lo que le preocupaba no era solo la proximidad del huracán. Para entonces esperaba haber recibido ya la llamada de su, hasta el día anterior, casi seguro cliente. Este no había especificado a qué hora planeaba reunirse con quien fuera a hacerlo, pero en España, con siete horas de adelanto, la tarde ya estaba bien avanzada.

Se dijo que debía pensar en positivo. Quizá la reunión se hubiera aplazado hasta el día siguiente. Desde que lo conocía, su cliente nunca le había dado motivos para desconfiar de él. Si había dicho que iba a llamar, lo haría. Y entonces Joanes tendría oportunidad de comentarle los recortes —mínimos, pero recortes al fin y al cabo— que la noche anterior había practicado a su oferta.

Y además, la batería de su teléfono estaba casi al mínimo. La noche anterior, ocupado en revisar la oferta del hotel, había olvidado recargarla. Lo había descubierto por la mañana, cuando ya se había puesto en marcha, pero supuso que la carga restante bastaría para el viaje. No contaba con el atasco ni con perderse.

Antes de viajar a México había alquilado un teléfono vía satélite. Con el contrato del hotel aún en el aire, quería estar localizable en todo momento y lugar. La publicidad del modelo que escogió rezaba: «Para el cliente más duro en las condiciones más duras». A estas palabras las acompañaba la foto de un soldado con equipamiento para el desierto que, ante un horizonte de dunas, hablaba por el mismo teléfono. Pero con la batería descargada no servía de nada. Ahora se arrepentía de no haber solicitado además el kit completo de accesorios, que incluía una batería de recambio, un cargador que podía conectarse al encendedor de un coche y un panel solar portátil que permitía cargar el teléfono en ausencia de corriente eléctrica.

¿Qué vamos a hacer?, preguntó la mujer del profesor.

Joanes dijo que seguirían hasta dar con un cartel que los ayudara a ubicarse. Pero poco después se vieron atrapados en un tramo de carretera con un único carril en cada sentido, ambos atascados.

¿Y ahora?, quiso saber el profesor.

Joanes miró una vez más su reloj. Después salió del coche para ver hasta dónde llegaba el atasco. Había coches detenidos hasta donde alcanzaba la vista. Dar media vuelta no era una solución inmediata ni una alternativa apetecible. Hizo señas para llamar la atención del conductor del coche detenido a su lado, en el carril contrario. Era un mexicano que comía un trozo de piña. En el asiento del pasajero iba una mujer y en el trasero cuatro niños de corta edad. Atado al techo del coche llevaban un colchón.

¿Por dónde se va a Valladolid?

El mexicano puso cara de perplejidad. Miró hacia delante y luego se volvió para hacerlo hacia atrás, entre las cabezas de sus hijos, como si él tampoco supiera dónde se encontraba.

Por allí, dijo señalando con el trozo de piña hacia delante, en el sentido opuesto al que llevaba el coche de Joanes.

¿Está lejos?

Yo diría que no.

Joanes esperó que concretara su respuesta, pero esto no sucedió. Volvió a entrar en el coche.

¿Damos media vuelta?, preguntó el profesor.

Aquí es imposible. Habrá que seguir un poco más.

Veinte minutos después habían avanzado apenas un kilómetro. Joanes volvió a preguntar en qué dirección estaba Valladolid. Otro mexicano le señaló la dirección contraria a la indicada por el anterior.

Joanes pasó revista a la situación. A ese ritmo podían tardar varias horas en llegar a Valladolid, donde aún tendrían que buscar un alojamiento para el profesor y su mujer. Y estaba lo del teléfono. En cuanto el viento empezara a sentirse en la costa, la Comisión Federal de Electricidad cortaría el suministro a la zona de paso del huracán. Se actuaba así para prevenir daños mayores si el mal tiempo derribaba los tendidos. La falta de suministro podía prolongarse varios días. Joanes estimó que disponía de dos o tres horas antes de que llegara el viento. Para entonces tenía que haber recargado la batería del teléfono.

No podemos quedarnos aquí, se quejó la mujer del profesor. Me duele mucho la espalda.

¿Está más o menos seguro de que solo faltan setenta kilómetros?, preguntó Joanes al profesor.

Puede que más. Pero no mucho. ¿En qué está pensando?

Unos metros más adelante, un cartel apuntaba hacia un desvío de la carretera e informaba de la presencia de una población a cinco kilómetros: Los Tigres. Fijado con alambre al soporte del cartel había un anuncio pintado sobre un rectángulo de madera contrachapada: «Residencia de los Ingleses. Habitaciones para rentar».

¿Qué opinan?, preguntó Joanes.

¿Sobre quedarnos ahí?, respondieron los otros dos a coro y alarmados.

Él les repitió lo que su mujer le había contado sobre los problemas de alojamiento en Valladolid. Les dijo que, a esas alturas, aunque los aceptaran en algún hotel, no les quedaría más remedio que dormir en una colchoneta en algún pasillo.

La mujer del profesor gimió al oír eso.

Y lo que usted nos propone como alternativa, dijo el profesor, es quedarnos aquí, en mitad de ninguna parte y en la zona de paso del huracán.

En Valladolid esperan que el huracán apenas tenga efecto. Y estamos bastante

cerca de Valladolid.

El profesor asintió, más para invitarlo a continuar hablando que por estar de acuerdo con él.

Podemos quedarnos una noche, siguió Joanes, hasta que haya pasado el huracán, o su peor parte. Nos iremos por la mañana.

Los tres contemplaban el burdo anuncio.

A saber cómo es ese sitio, dijo el profesor.

Residencia de los Ingleses, leyó Joanes en voz alta. Al menos el nombre promete. Y en este momento yo me conformo con una habitación que tenga una cama y cuatro paredes. Y estoy seguro de que ustedes también.

El profesor se volvió hacia su mujer.

¿Tú qué opinas?

Yo estoy muy cansada.

¿No puedes seguir un poco más?

¿Un poco más?, preguntó ella. ¿Un poco más? ¿Hasta cuando? ¿No has oído lo que te ha dicho? Puede que no tengamos donde alojarnos en el sitio ese al que me llevas.

Cálmate, le pidió su marido.

Y volviéndose a Joanes dijo:

No sabemos si hay habitaciones libres.

Si no las hay, preguntaremos cómo se llega a Valladolid.

Las calificaciones de Joanes fueron buenas o excelentes en todas las asignaturas. Su proyecto de final de carrera llevó por título: «Modelización lógica y control mediante lógica programada de una planta de moldes y matrices de inyección». A través de uno de sus profesores, su minucioso trabajo llegó a oídos de una empresa de autómatas industriales, una multinacional inglesa llamada Robot Systems. Fue convocado a una entrevista en su sucursal en España. El día acordado, un coche de la empresa fue a recogerlo. Un ingeniero inglés que llevaba una camisa a juego con sus ojos azules lo condujo en un recorrido por la parte más vistosa de las instalaciones, donde se ensamblaban los brazos articulados de los autómatas. Finalmente su guía se interesó por sus planes de futuro y, como Joanes había confiado que sucediera, le preguntó si le gustaría trabajar allí cuando recibiera el título. Respondió que estaría encantado. La noche anterior había ensayado delante del espejo la forma de decirlo.

No existía contrato ni acuerdo de ningún tipo, pero Joanes y su mujer, que para entonces ya eran pareja, lo celebraron como si lo hubiera. Ella había finalizado sus estudios de filosofía y, como becaria, había empezado a impartir clases en la misma facultad, donde planeaba quedarse. La oferta de Robot Systems terminaba de aclarar el futuro de ambos. No habían hablado todavía de matrimonio pero los dos sabían que se casarían en breve. Joanes se permitió soñar con cómo serían las cosas al cabo de unos años. Para entonces, esperaba, ya habría escalado algún puesto en Robot Systems y él y su mujer tendrían un par de hijos. Pensó también en regalar a su padre el velero de once metros que llevaba años deseando pero que nunca se decidía a comprar.

Aunque no dijo nada a sus compañeros, la noticia de su próximo contrato no tardó en filtrarse hasta los pasillos de la universidad. Robot Systems era una compañía importante. Joanes recibió numerosas felicitaciones. Detrás de muchas de ellas no había más que envidia, y él lo supo y se alegró.

El día de la entrega de títulos, que tuvo lugar en un salón de actos desangelado, con la mayoría de las bombillas fundidas y manchas de humedad en el techo, recibió una carta con membrete de la Escuela de Ingenieros. Pensó que sería alguna notificación administrativa, pero lo que se encontró al rasgar el sobre fue una nota redactada con una caligrafía menuda y puntiaguda. El profesor había tenido noticia de que en breve comenzaría a trabajar en Robot Systems y deseaba felicitarlo en persona e intercambiar con él unas palabras. Con ese motivo lo invitaba a visitarlo en su casa el sábado siguiente, al mediodía. Adjuntaba las señas y solicitaba puntualidad.

La carta no pedía confirmación de la asistencia. El profesor daba por sentado que acudiría a su llamada.

Mantuvo la invitación en secreto. Así no tendría que responder preguntas incómodas cuando volviera a casa tras la entrevista. Memorizó las señas y tiró la carta. Nunca se sabía qué esperar del profesor.

Pasó los días que faltaban hasta el sábado presa de los nervios. Dedicó mucho tiempo a pensar qué ponerse y si debía o no llevar algún regalo. Desde que había

dejado de ser su alumno apenas había pensado en el profesor. El interés que antes le producía había quedado enterrado bajo una corriente de preocupaciones cotidianas y nuevas relaciones. Pero ahora el profesor le enviaba una carta y él se sumía en un estado de crispación tal que bastaba con que alguien lo tocara para hacerle dar un brinco.

Decidió ver el encuentro como una charla más con motivo de sus estudios, idéntica a las que había mantenido con otros profesores. Aun así su novia lo notó tenso y le preguntó en repetidas ocasiones si se encontraba bien. Él le decía que sí pero ella no terminaba de creerlo. La última vez que se lo preguntó, el viernes por la tarde, él respondió con brusquedad. Ella abandonó sin despedirse la cervecería donde estaban.

El sábado, a las doce menos dos minutos, Joanes llamaba a la puerta de un chalet en la costa. Se había puesto unos pantalones de pinzas y una camisa que se había remangado hasta los codos para darle un toque desenfadado. Finalmente había decidido no llevar ningún regalo.

Le recibió una anciana vestida de doncella. Él se presentó y ella le pidió que la siguiera. Lo guio a través de un salón recargado hasta una terraza que miraba al mar. Por el camino Joanes alcanzó a ver unas escaleras que llevaban a la planta superior. Acoplada a la barandilla había una plataforma salvaescaleras pintada del mismo color que las paredes para contrastar lo menos posible con la decoración. En la terraza, en una mesa de forja, aguardaban dos servicios de café con las tazas puestas bocabajo. La doncella le pidió que esperara allí.

Se entretuvo contemplando el paisaje. Entre la casa y el mar mediaban una franja de dunas y una playa. Corrían rachas de viento que levantaban rociones de arena y hacían revolotear bolsas de plástico y papeles. El suelo de la terraza estaba cubierto por una capa de arena de aspecto sucio. Del mar llegaba una bruma cargada de fuerte olor yodado, pero también fría y desagradable. Joanes pensó que preferiría tomar el café, o lo que fueran a ofrecerle, dentro de la casa.

Buenos días.

Se volvió sobresaltado y se topó de bruces con el profesor, que estaba justo a su espalda. No lo había oído acercarse.

Me alegro de que haya podido venir.

Yo también.

El profesor sonreía ampliamente y le indicó una de las sillas junto a la mesa. Un segundo después aparecía la doncella con una cafetera. El profesor dijo que él mismo haría los honores. Joanes guardó un silencio incomodo mientras le servía un café espeso como aceite de motor.

No he podido evitar enterarme de su éxito.

Yo no lo llamaría así.

No sea modesto. La mayoría de sus compañeros querría estar en su lugar.

Joanes guardó silencio, dándole la razón. Sintió que algo se le hinchaba en el

pecho.

¿Conoce usted la empresa?, preguntó.

Un poco, reconoció el profesor con falsa modestia. Están haciendo cosas interesantes. Algunos antiguos alumnos míos han acabado trabajando allí. Todos ellos buenos. Se lo merecen. Y yo me alegro mucho, dijo.

Luego miró fijamente a Joanes y tomó un sorbo de café produciendo un moderado sonido de succión.

A continuación, con tono de añoranza, el profesor habló de sus propios comienzos. Lo hizo mirando al horizonte, por encima de las dunas. Joanes asentía de cuando en cuando, pero, de tan cohibido como estaba, apenas era capaz de escuchar. El profesor llevaba unos pantalones similares a los suyos, un polo con el logotipo de un club de pesca en el pecho y unos zapatos de rejilla sin calcetines. Como suele pasar con las personas que a diario visten de modo muy formal, verlo con ropa de *sport* producía un efecto chocante, como si fuera disfrazado. Se acababa de afeitar; todavía lo rodeaba el aura del *after-shave*. Tenía los mofletes caídos y le temblaban, cada vez que suspiraba o se reía al recordar sus inicios profesionales.

Los comienzos eran más duros entonces, decía. Una etapa más dura y más prolongada. Árida sería la palabra precisa. Ahora ustedes lo quieren todo demasiado rápido. Piensan que tienen derecho a todo desde el primer momento. No quieren saber nada acerca de acumular capacidad de sacrificio.

Dicho esto, el profesor volvió a mirarlo. Los gruesos cristales de sus gafas hacían que sus ojos parecieran muy grandes. Sonrió brevemente y dijo:

No se inquiete. A usted le irán bien las cosas.

Y tras una pausa repitió:

No se inquiete. Eso es lo más importante.

A continuación se puso en pie dando el encuentro por concluido. Volvió a agradecer a Joanes su visita y lo acompañó a la puerta, donde se despidió de él estrechándole la mano. Hasta ellos llegaban los ruidos que la doncella hacía al trajar en la cocina, además de un grasiento olor a hígado frito. Aquella fue la última vez que Joanes vio al profesor, hasta quince años después, cuando lo encontró al borde de una carretera mexicana.

Joanes regresó a su casa aliviado por el modo como había discurrido el encuentro, pero al mismo tiempo decepcionado. Nunca habría esperado del profesor algo tan trillado como un discurso sobre la falta de madurez de las nuevas generaciones.

Decidió que la entrevista no merecía mención alguna y no habló a nadie de ella. Esa noche invitó a cenar a su novia. Le pidió disculpas por su comportamiento de los días anteriores. Ella le perdonó sin ponerle las cosas difíciles.

A primera hora del lunes recibió una llamada de Robot Systems. Un empleado de Recursos Humanos lo informó de que la compañía había sufrido una reestructuración y el puesto que él iba a ocupar ya no existía. Lo lamentó mucho, le deseó suerte y colgó.

Joanes se quedó aturdido. Tardó unos momentos en colgar el teléfono.

Cuando por fin pudo volver a pensar, culpó al profesor. Vio claro que había llamado a la empresa para desaconsejar su contratación. El profesor era una persona conocida, prestigiosa, cuya opinión sin duda era escuchada. Seguramente en la entrevista del sábado había minimizado su vínculo con Robot Systems. La historia de la reestructuración era, por supuesto, una patraña.

Lo que no tenía tan claro era por qué el profesor había actuado de ese modo, qué había visto en él —o qué no había visto— en el breve tiempo que habían pasado reunidos para llevarlo a emitir un informe negativo.

Pero no podía probar nada. Ni siquiera podía saber si en efecto había sucedido así.

Pero lo sabía. Veía con absoluta nitidez la relación causa-efecto.

La idea de ir a ver al profesor para interrogarlo asomó a su cabeza, y luego desapareció con la misma rapidez. Del mismo modo como sabía que el profesor era el culpable, sabía que negaría con ofendida rotundidad toda implicación.

Digirió la noticia durante un par de días antes de compartirla con su familia y su novia. Se atuvo a la versión de la reestructuración de la empresa. Ellos comprendieron y compartieron su disgusto, pero le aseguraron que no había motivo para preocuparse. En breve encontraría una colocación similar, si no mejor. Tenía toda la vida por delante.

La desviación que llevaba a Los Tigres no estaba atascada. Era una carretera estrecha, con el asfalto sembrado de pequeñas gibas y agrietado y reparado innumerables veces con alquitrán. De las ramas de los árboles colgaban más anuncios caseros: «Taberna El Don de Dios», «Plomero Eléctrico de Fiar», «Repuestos Mecánicos por la Gracia de Cristo Jesús»...

Los Tigres era un villorrio de casas bajas que parecían viejas y, al mismo tiempo, a medio construir. Las fachadas eran de colores llamativos, ocre, amarillo y verde lima, pero estaban sucias y desconchadas. Solo la calle principal se encontraba asfaltada. A simple vista, la población no había adoptado medidas frente al huracán. El ambiente era casi festivo. Las calles estaban concurridas y delante de los bares había grupos de gente bebiendo.

Joanes se detuvo a preguntar por la Residencia de los Ingleses. Le dijeron que continuara hasta salir del pueblo y siguiera unos quinientos metros; entonces encontraría un desvío a la derecha. Tomando este llegaría a la Residencia de los Ingleses.

Minutos después enfilaban un camino de tierra que los condujo hasta un edificio de dos plantas, pintado de color mostaza. Carecía del menor adorno arquitectónico y no se diferenciaba en nada de las demás casas del pueblo, salvo en que era más grande. También parecía a medio levantar. El tejado era una mera superficie plana que servía de techo a la planta superior. De él asomaban las armaduras metálicas de los pilares del edificio. Joanes supuso que seguirían sin cortar por si en el futuro era añadida otra planta. Los racimos de armaduras, de varios metros de largo, curvados por su peso y oxidados, daban a la Residencia de los Ingleses una apariencia despeinada y un tanto lunática.

También reinaba allí un ambiente animado. La explanada de tierra que había frente al edificio estaba repleta de gente y vehículos. Un niño que se encargaba de ordenar el tráfico les señaló dónde dejar el coche.

Todos los presentes eran mexicanos. La llegada de Joanes, el profesor y su mujer atrajo las miradas y acalló las conversaciones.

Buenas tardes, dijo Joanes al apearse. Y repitió su saludo en diferentes direcciones, hacia diferentes corros de gente.

Le respondieron con asentimientos y murmullos.

El profesor se apeó también. Su mujer se quedó en el coche.

Uno de los mexicanos se afanaba ante una barbacoa consistente en un bidón de gasóleo cortado por la mitad a lo largo y montado sobre caballetes. Cuando los vio se acercó limpiándose las manos con un trapo. Joanes le echó unos cincuenta años. Su torso tenía la forma y las dimensiones de un tonel. Cojeaba de la pierna derecha. Al caminar, el pie correspondiente oscilaba trazando un arco. Este movimiento atraía la atención hacia sus zapatillas de deporte, que lucían sendos tizeretazos de ventilación en el empeine.

Buenas tardes, dijo el mexicano, que se presentó como el dueño de la Residencia

de los Ingleses. ¿En qué puedo servirles?

Antes de que Joanes pudiera hablar, el profesor se le adelantó.

Mi esposa y yo hemos sufrido un contratiempo en el autobús que nos llevaba a Valladolid y hemos tenido que abandonarlo a mitad de camino. Nos hemos visto obligados a ello, especificó. Ahora buscamos un alojamiento para esta noche. En Los Tigres nos han encaminado hacia aquí. Pero antes de seguir hablando, ¿sería posible tomar un vaso de agua?

El dueño del establecimiento fue a una mesa donde un grupo de mujeres estaba disponiendo fuentes de comida y volvió con dos vasos de agua.

Lo lamento, no queda hielo.

El profesor cogió los vasos y los alzó para observarlos a contraluz.

¿Es agua mineral?

¿Mande?

¿Es purificada?

El mexicano asintió de forma poco convincente. El profesor le dedicó una mirada de desaprobación y fue junto a su mujer, que bebió sosteniendo su vaso con ambas manos y derramando parte del contenido, que le corrió barbilla abajo. El profesor permaneció a su lado acariciándole el pelo. Cuando ella hubo terminado, el profesor le ofreció el otro vaso, del que ella también bebió hasta apurarlo. Luego el profesor le susurró algo y ella asintió y cerró los ojos y asintió otra vez con gesto dolido. A continuación el profesor se dirigió a la mesa de la comida, donde él mismo se sirvió más agua y bebió.

¿Le queda alguna habitación libre?, preguntó Joanes al dueño del hotel.

Tienen ustedes mucha suerte. Me queda una. La última. ¿Quieren verla?

¿Nada más que una?

El dueño del hotel asintió y señaló a la pareja de ancianos.

¿Son ellos sus papás?

No, por Dios.

Cuando el profesor se reunió de nuevo con ellos, Joanes le comunicó la mala noticia.

¿No sería posible, por ejemplo, reacomodar a alguien?, propuso el profesor. Estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo.

Tengo a la gente amontonada, respondió el dueño del hotel. Seis y siete en cada habitación. No voy moverlos para hacerles espacio a ustedes.

¿Hay sitio en algún otro hotel de Los Tigres?, intervino Joanes.

No hay otro hotel en Los Tigres. ¿Quieren ver la habitación?

Ya que estamos aquí..., dijo Joanes.

El dueño llamó a una chica carente de expresión que sazonaba la carne para la barbacoa.

Es mi niña. Ella se la enseñará. Yo tengo que atender la comida. Si les convence la habitación, luego bajan y platicamos.

El profesor dijo a su mujer que les esperara un momento. Luego Joanes y él siguieron adentro a la chica. Allí no había nada que recordara a un mostrador de recepción. Aquello se parecía poco a un hotel. Esta opinión ganó terreno cuando se detuvieron ante una habitación sin número. La chica abrió la puerta y los invitó a pasar.

Era bastante amplia y estaba razonablemente limpia. El suelo era de azulejo y las paredes estaban pintadas de un tono apagado de verde. El mobiliario se reducía a una cama, junto a la que había una mesilla con una lámpara, y una única silla, apartada en un rincón. Sobre la cama, una lámina de la Virgen de Guadalupe. La ventana miraba a la parte trasera del hotel, donde entre maleza y basura asomaba un columpio oxidado.

Cuando Joanes preguntó si sería posible conseguir una cama supletoria, la chica dijo que pondrían una hamaca, y señaló unas escarpias clavadas en las paredes con esa finalidad.

El sanitario está al lado de la cocina, añadió.

¿Solo uno para todo el hotel?

Hay dos, respondió la chica en tono monocorde. Uno para las damas y otro para los caballeros. También hay dos regaderas.

Joanes pulsó el interruptor de la lámpara pero esta no se encendió.

No hay luz, dijo.

La han cortado, respondió la chica, por el huracán.

¿Tan pronto?

Sí. Hace rato ya.

Joanes soltó un suspiro y luego preguntó:

¿A qué distancia está Valladolid?

A unos ochenta kilómetros, dijo la chica. Manejando es como una hora, pero si la carretera está atascada...

Lo está.

... entonces no se puede saber. ¿Van a tomar la habitación?

Su mirada saltaba de uno a otro, a la espera de que se decidieran.

¿Qué le parece?, preguntó Joanes al profesor.

Tiene cuatro paredes y una puerta, es justo lo que usted quería.

Puede que solo tengamos que quedarnos una noche. Nos iremos mañana, si el tiempo mejora.

¿Están aquí por el huracán?, preguntó la chica.

Joanes asintió.

Ha venido mucha gente por eso. Si no toman la habitación ahora, seguro que se la quitan, dijo en su habitual tono apagado, sin apenas despegar los labios.

El profesor le dedicó una mirada poco amable.

Debo comentar esto con mi esposa, dijo saliendo de la habitación.

Poco después Joanes se reunía con la pareja de ancianos junto al coche. Estos discutían en susurros.

¿Han decidido algo?

Le digo a mi esposa que la habitación no es muy acogedora, precisamente.

Es más cómoda que el coche. Y se lo parecerá aún más cuando empiece el viento.

No estará mejor en Valladolid, durmiendo en un pasillo o un gimnasio.

Escucha al chico, dijo la mujer. Tiene razón.

¿Usted no quiere quedarse?, preguntó Joanes al profesor.

No me gusta este sitio. Yo me arriesgaría a seguir adelante.

Y tras una pausa añadió:

Hay un voto a favor de quedarnos y otro en contra, así que es usted quien decide.

Con la electricidad cortada, pensó Joanes, recargar la batería del teléfono ya no era un motivo para quedarse. Pero estaba cansado y hambriento y no le apetecía volver a sumergirse en el atasco durante quién sabía cuánto tiempo. Y no había que olvidar el huracán. Sin que se hubieran dado cuenta, el cielo se había cubierto de unas nubes grises y tupidas.

Nos quedaremos hasta mañana, dijo. Creo que es lo mejor.

¿Qué pasa con su familia?, preguntó el profesor.

Estarán bien. Les llamaré para explicarles lo que ha pasado.

El profesor lo miraba fijamente.

Entonces está decidido, dijo este. Aunque, dado que dependemos de usted, en realidad nuestras opiniones no tenían ningún valor. Estamos en sus manos.

Hablaré con el dueño del hotel, respondió Joanes eludiendo la provocación, y se alejó dejando solos a los ancianos, que volvieron a intercambiar susurros.

Nos la quedamos.

El dueño asintió satisfecho, sin dejar de prestar atención a la barbacoa. Ponía gran cuidado en la labor. A pesar de los muchos hombres presentes, no había ninguno prestándole ayuda ni dándole consejos para preparar la carne, como sería de esperar.

¿Cuánto cuesta la habitación?

El dueño le dijo el precio. Era más de lo que correspondía a una habitación de aquellas características pero, dadas las circunstancias, resultaba aceptable.

¿Cuánto van a quedarse?

Una noche. Dos, como mucho. ¿Quiere que le pague ahora?

No se preocupe. Platicaremos de eso mañana. Aquí hay mucha gente, dijo el dueño señalando a la congregación con el tenedor con que daba vuelta a la carne. Ustedes no pueden escapar sin que yo me entere.

¿Por qué se llama la Residencia de los Ingleses?

Antes vivía aquí una pareja de ingleses. Arqueólogos. Vinieron por las ruinas y se quedaron veinte años. Tenían aquí su casa. Cuando murieron quedó abandonada. Nosotros la tiramos y construimos la nuestra encima.

Y ya no hay ingleses.

Ni uno.

Entonces... esto es un hotel.

El dueño lo miró como si no comprendiera.

No dice en ninguna parte que sea un hotel, aclaró Joanes.

Tiene muchas habitaciones y las rento. Es un hotel.

Entiendo. ¿También son clientes?, preguntó Joanes refiriéndose al resto de la gente. Había cerca de cuarenta personas delante del edificio, acomodadas en sillas de plástico, bajo sombrillas con publicidad de Coca-Cola.

Unos pocos no más, dijo el dueño con una sonrisa resignada. Casi todos son familia. Vienen para refugiarse.

¿Parientes suyos?

Y de mi señora. Es tradición. Cuando hay un huracán, los que viven en la costa se vienen a la Residencia.

¿El huracán llegará aquí?

Tendremos un poquito de viento.

¿Tanto como para preocuparse?

Solo si usted quiere, amigo. ¿Y ahora por qué no se ponen cómodos y comen algo?, ofreció el dueño del hotel señalando la carne de la barbacoa. Es cochinita. ¿Le gusta?

Joanes asintió.

El profesor empujó la silla de ruedas de su mujer hasta la habitación. Joanes los siguió llevando el equipaje. Sin aceptar ayuda, el profesor acomodó a su mujer en la cama. Al tumbarse, ella emitió un gemido que lo mismo podía ser de satisfacción que de sufrimiento.

¿Estás bien así?

Si ella dijo algo, solo el profesor llegó a oírlo.

Te traeré más agua y algo de comer, dijo él. ¿Necesitas alguna cosa más?

Mi antifaz, musitó ella.

El profesor hurgó en la bolsa de viaje hasta dar con un antifaz de noche. Se lo puso a su mujer con gran cuidado. A continuación dedicó a Joanes una seña para que abandonara la habitación y salió tras él.

Una vez en el pasillo, bajando la voz, Joanes preguntó al profesor si su esposa se encontraba bien.

Sí, claro que sí. No sufre más que cansancio y..., bueno, cierta impresión producida por el motín. Pero es comprensible, ¿no cree usted?

Después de asearse, para lo que tuvo que hacer una larga cola en los baños, Joanes volvió a la calle. Llevaba consigo su mochila, reacio a dejarla en la habitación. El dueño del hotel le hizo una seña para que se acercara y le sirvió una monumental ración de carne en un plato de cartón. Los demás huéspedes ya estaban comiendo.

Varias mujeres atendían una mesa repleta de fuentes de patatas, arroz, tortillas de maíz, frijoles, chiles rellenos, tamales de plátano verde y pollo con mole.

Joanes se hizo con una silla y se retiró al borde de la explanada, donde comenzaba la vegetación que rodeaba el hotel. Por el camino cogió una cerveza de un barreño de agua donde flotaban latas de bebida.

Antes de comer debía llamar a su familia. Se los imaginó en la habitación del hotel-refugio. Su suegro estaría perorando sobre cualquier tontería o aplaudiendo la última genialidad de su recién estrenada esposa. Su hija, con el pelo caído ante la cara a modo de barrera contra los adultos, estaría encogida en algún rincón, trabajando en la novela de vampiros nihilistas que llevaba meses escribiendo. Y en cuanto a su mujer, Joanes la imaginó consultando el reloj y preguntándose dónde se había metido él.

Miró el indicador de la batería en la pantalla del teléfono. Tendría que ser una conversación breve. El resto de la batería lo reservaría para tratar la oferta del hotel con su cliente. Marcó el número del hotel-refugio y pidió que le pusieran con la habitación de su familia. El teléfono sonó tres veces, cuatro...

Vamos, vamos... ¿Dónde estáis?

Al sexto timbrado colgó y volvió a marcar el número del hotel. Dejó un recado para su mujer, explicando lo que había sucedido y que llegaría a Valladolid al día siguiente. Añadió que era importante que no le llamasen, que necesitaba ahorrar batería.

¿Ha tomado nota de todo?

Sí, señor, respondió el empleado que había contestado al teléfono. Se lo comunicaré a su señora.

Pero Joanes no estaba tan seguro. Por detrás de la voz de su interlocutor se oían muchas más, un auténtico barullo, y le pareció que el empleado del hotel estaba más pendiente de otros asuntos que de recoger su mensaje. Pero no podía entretenerse en repetirlo. Colgó sin despedirse y volvió a consultar el indicador de la batería. Guardó el teléfono en la mochila y mordisqueó un trozo de cochinita. Varios mexicanos le observaban sin disimulo. De pronto se sentía deprimido. Le habría gustado mandarlo todo al diablo y hablar con su mujer hasta que se consumiera la batería del teléfono. Escuchar su voz siempre le tranquilizaba. Seguro que ella tendría un buen consejo que darle.

Vio salir del hotel al profesor, que se había puesto una camisa limpia. Lo observó mientras este seleccionaba comida de las fuentes y servía pequeñas raciones de cada cosa en dos platos, de forma que los diferentes tipos de comida no se tocaran entre sí. Después el profesor hizo que una de las mexicanas que atendían la mesa le trajera una bandeja para llevarlo todo a la habitación. No se fijó en Joanes, o si lo hizo no se molestó en saludarlo.

Terminó su comida y cogió una segunda cerveza, sin importarle que estuviera caliente. Tener el estómago lleno le hizo sentirse un poco mejor. Varios niños

desfilaban una y otra vez ante él y algunos se detenían a contemplarlo. Les hizo muecas pero no se rieron. La explanada fue quedándose vacía a medida que la gente terminaba de comer, echaba un vistazo al cielo y se refugiaba en sus habitaciones. Las mujeres que antes atendían la mesa estaban retirando la comida. Una de ellas salió del hotel con una rama de palma para barrer la explanada, lo que hizo reír a las demás. El viento se ocuparía de eso.

Estaba muy cansado pero siguió en la calle. No quería ir a la habitación mientras el profesor y su mujer estuvieran comiendo. Esperó con los codos apoyados en las rodillas y la barbilla en los puños, sin hacer caso a los niños que rondaban a su alrededor mirándolo como si fuera un bicho raro.

Se preguntaba qué estarían haciendo el profesor y su mujer. Quizá se hubieran quedado dormidos. Al cabo de un rato se dijo que no tenía motivos para seguir esperando; al fin y al cabo la habitación también era suya. Pero antes de que llegara a ponerse en pie vio salir del hotel al profesor. Este miró a su alrededor y cuando localizó a Joanes fue directo hacia él.

¿Tiene usted un teléfono? Debo hacer una llamada urgente a Egipto.

Joanes se puso en pie. Lo miró fijamente antes de responder.

Lo siento, mi teléfono se ha quedado sin batería. La he agotado hablando con mi mujer.

El profesor chasqueó la lengua.

¡Vaya! Eso es enormemente inoportuno. ¡No se imagina cuánto!

Lo siento, repitió Joanes. ¿Puedo preguntarle por qué tiene que llamar a Egipto?

Mi hijo ha sufrido un accidente. Estaba en el mar Rojo, buceando, y algo fue mal. Desconozco los detalles.

El profesor apretó los labios, haciendo acopio de entereza.

Sucedió ayer, pero no lo hemos sabido hasta esta mañana. Nos llamaron al hotel, justo antes de subir al autobús.

¿Dónde se alojaban ustedes?

En Cancún. Vinimos a México para que yo impartiera una conferencia en el Distrito Federal. Eso fue la semana pasada. Mi esposa se empeñó en que después disfrutáramos de unas vacaciones en el Caribe.

¿Su hijo está grave?, preguntó Joanes con cautela.

El profesor mostró las palmas de las manos en gesto de desamparo.

No lo sé. Solo pude hablar brevemente con su pareja, y los médicos no le habían dicho nada al respecto. Más tarde, desde el autobús, logré contactar, aunque solo para saber que mi hijo continuaba en observación, sin cambios. Al parecer, lo único que puede hacerse es esperar.

Después de una pausa añadió:

Tengo que averiguar cómo se encuentra.

Por supuesto, musitó Joanes. Dice que habló desde el autobús; entonces, tiene usted un teléfono.

Lo tenía. Pero lo perdí. Hubo... ¿Cómo se lo diría? Hubo un forcejeo cuando nos echaron, y perdí mi teléfono. Se me debió de caer. Me di cuenta cuando el autobús ya estaba alejándose.

Parece que ha sido un día difícil para ustedes.

El profesor asintió quedamente.

Y lo seguirá siendo mientras no sepamos qué le ha pasado a nuestro hijo.

Quizás alguien le deje su teléfono.

El profesor negó con la cabeza.

Ya he preguntado a varias personas. Dicen que han cortado la electricidad y que si se les agota la batería no podrán recargarla. Y no se sabe cuándo volverá a haber suministro eléctrico, así que todos prefieren reservar sus teléfonos para sí.

Quizá con un incentivo económico...

Lo he intentado, pero no ha habido manera. Y el hotel no dispone de línea de teléfono.

Podría hacer que el incentivo fuera más generoso.

Me han dicho que no insista.

Y bajando la voz el profesor añadió:

Algunos se han puesto un poco violentos. Aseguran que las líneas están saturadas y que no conseguiría hacer la llamada, solo consumir la batería.

Y, tras una pausa, todavía añadió:

Creo que no caigo bien a esta gente. Suerte que estamos con usted. Aunque es una lástima que su teléfono no sirva de nada.

Dijo esto escrutando a Joanes, que desvió la vista hacia la maleza que crecía más allá de la explanada. El profesor conocía bien esa expresión, era la misma que adoptaban sus alumnos cuando los amenazaba con una pregunta: una mezcla de temor y vergüenza.

Es una pena que no me lo haya pedido antes, cuando podría habérselo dejado.

Sí, una pena. Pero prefiero resolver mis problemas sin implicar a nadie más, siempre que sea posible.

Puede que más tarde las líneas se descongestionen y alguien le deje un teléfono. Mi consejo es que siga insistiendo, dijo Joanes.

Sí, es posible, respondió el profesor lacónicamente.

Y ahora me gustaría subir a la habitación para descansar un poco.

Por supuesto. También es su habitación. Deme unos momentos para ver qué tal se encuentra mi esposa. Luego suba cuando quiera.

Debía pensar en lo que acababa de suceder. En España ya era de noche. Resultaba muy poco probable que en las próximas horas recibiera la llamada que esperaba. Pero podía recibirla al día siguiente. Tenía que reservar la batería.

En cuanto al profesor, le bastaba cualquier teléfono, con tal de que pudiera hacer

llamadas internacionales. Y seguro que en el hotel había varios. Si actuaba con tacto, alguien le dejaría uno. Si de algo no tenía dudas Joanes era de la capacidad de persuasión del profesor.

Además, tampoco podía afirmarse que se tratara de una emergencia. El profesor solo sabía que su hijo había sufrido un accidente. No que estuviera grave. Y, en cualquier caso, aunque consiguiera contactar con el hospital o donde fuera que estuviese su hijo, ¿en qué cambiaría eso las cosas? No haría que este mejorara. A lo sumo, esa llamada serviría de alivio al profesor y su mujer... si las noticias eran buenas. Joanes prefirió no pensar en lo que sucedería en el otro caso, si las noticias resultaban poco prometedoras o definitivamente negativas, en lo que sería permanecer encerrado durante horas, o puede que días, con una pareja de ancianos que acababa de perder a su hijo.

Pero por el momento, siguió razonando, no era posible hacer esa llamada, así que tendrían que soportar la falta de información. Él, al menos, los había llevado hasta allí. Les había facilitado un sitio donde descansar. Era todo lo que podía hacer por el momento.

Se reafirmó en su decisión diciéndose que él *necesitaba* de veras el teléfono.

Imaginó lo que su mujer y su hija opinarían si estuvieran allí. La primera comenzaría por dudar, pero su carácter práctico terminaría imponiéndose y daría la razón a Joanes. En cuanto a su hija, opinaría de él que era despreciable y se aseguraría de que su postura quedara bien clara. Pero, para bien o para mal, ninguna de las dos estaba allí.

Lo sacó de sus reflexiones un repentino golpe de viento, de una fuerza tal que a punto estuvo de hacerle caer el suelo. Las ramas de los árboles se agitaron e incluso las varillas metálicas que asomaban del techo de la Residencia de los Ingleses emitieron un tintineo quedo. El viento duró apenas unos segundos, dejando paso a una brisa fresca y racheada que pronto se extinguió también. Joanes y los pocos mexicanos que quedaban en la calle alzaron la vista a las nubes con gesto preocupado. No había sido más que una avanzadilla. La explanada quedó sumida en una calma poco tranquilizadora que empujó a todos a retirarse al interior del hotel.

En la costa este de Yucatán el viento ya había empezado a soplar con fuerza. Le seguiría una lluvia salada: agua del océano levantada y arrastrada por el huracán, acompañada por trozos de sargazo y de coral y peces, algunos todavía vivos, que colearían sobre carreteras y patios de casas y tejados y en la jungla, entre las oscuras raíces de los árboles, muchos kilómetros tierra adentro.

Tres meses después de su visita a la casa del profesor, Joanes comenzó a trabajar en una modesta empresa fabricante de cable telefónico. Un año más tarde él y su novia se casaron y casi de inmediato ella quedó embarazada.

En el trabajo Joanes se esforzaba por hacerlo lo mejor posible, pero las cosas no marchaban tan bien como esperaba, ni tampoco como esperaban sus superiores. Se sentía fuera de lugar. Añoraba el puesto que nunca llegó a ocupar en Robot Systems. Descubrió que lo había deseado mucho más de lo que era consciente. Llegó a pensar que estaba destinado a aquel puesto y que, eliminada tal posibilidad, ya no encajaría en ningún otro lugar. Una vez tras otra, sus iniciativas en la empresa concluían en resultados negativos.

Al cabo de dos años fue trasladado a un departamento de menor importancia, donde se aplicaba el recubrimiento de polietileno a los cables. Allí su desempeño tampoco llamó positivamente la atención.

Una tarde, al volver a casa, mientras hacía cola en una cabina de peaje de la autopista oyó a alguien gritar su nombre. En la cola de la cabina de al lado, un conductor asomaba medio cuerpo por la ventanilla de su coche y agitaba el brazo para captar su atención. Era un amigo de la Escuela de Ingenieros. No se habían visto desde que terminaron la carrera. Gritándose de coche a coche, acordaron reunirse en la ciudad para tomar unas cervezas.

A su amigo no le iban mal las cosas. Dirigía un pequeño negocio de aire acondicionado. Actuaba como intermediario entre las empresas fabricantes y los clientes. En ese momento tenía más trabajo del que era capaz de atender. Dejó caer que no le vendría mal un socio con conocimientos técnicos. Joanes no se dio por aludido pero esa misma noche lo habló con su mujer. Era cierto que nunca se había imaginado al frente de un negocio de frío-calor, pero la oportunidad llegaba en el momento preciso y resultaba muy tentadora: solo dos socios, nadie por encima, la oportunidad de tomar decisiones...

La entrada en el negocio exigía aportar un capital del que Joanes no disponía. Habló con su padre y este le cedió el dinero ahorrado para su velero. Joanes le prometió devolvérselo lo antes posible.

Durante un tiempo las cosas marcharon a la perfección; tal como Joanes había deseado e incluso mejor. El negocio creció. Joanes devolvió a su padre el dinero prestado, aunque este continuó sin comprarse el barco. Él, la mujer y la niña dejaron el piso alquilado donde la pareja se había instalado tras la boda y se mudaron a otro más grande. Aun así no pensaban quedarse allí para siempre. Ahorraban para comprar una casa. Querían una desde la que se viera el mar.

Pero con el paso de los años, su amigo comenzó a mostrarse receloso y distante. Evitaba tratar con Joanes más allá de las horas de trabajo. Se autoasignaba todos los viajes para visitar a los clientes, como si deseara pasar el menor tiempo posible en la oficina. Hasta que un día reveló su intención de instalarse por su cuenta en una ciudad mayor. Ofertó su parte del negocio. Joanes podía hacerse con ella o arriesgarse

a que la comprara alguien con quien no se entendiera igual de bien. Lo habló con su mujer y entre los dos se decidieron por la primera opción. Echaron mano de sus ahorros para la casa. Joanes volvió a pedir ayuda a su padre.

De pronto era dueño del cien por cien del negocio.

Y entonces las cosas empezaron a ir mal. Como si su antiguo socio se hubiera llevado consigo la confianza de los clientes, los encargos comenzaron a menguar. Un negocio que poco antes había sido próspero pasó en cuestión de meses a deslizarse sobre el umbral de la solvencia. Joanes empezó a pensar que él no había tenido nada que ver en los anteriores buenos resultados, sino que todo el mérito correspondía a su socio. Ahora que él, y solo él, estaba al cargo, las cosas se desmoronaban. Su empeño carecía de fruto, igual que había sucedido en la empresa de cable telefónico.

En todos aquellos años no había olvidado su visita al profesor, pero cuando su negocio comenzó a ir de mal en peor el recuerdo pasó a asaltarlo cada día. Ya no se preguntaba qué había visto en él el profesor para no recomendar su entrada en Robot Systems; el modo como habían discurrido las cosas desde entonces lo dejaba claro. Ahora se preguntaba cómo el profesor había sido capaz de verlo, cuál era la naturaleza de su presciencia. Y se preguntaba también si durante el breve tiempo que habían pasado en aquella terraza, en las escasas palabras que habían intercambiado, el profesor había atisbado algo más aparte de un porvenir profesional opaco.

Las noches en que no podía conciliar el sueño, cuando estos pensamientos se presentaban en su cabeza girando como una espiral sin fin, el amor propio se erigía en sistema de defensa y lo obligaba a rebelarse.

La intuición del profesor, por certera que fuera, no le permitía escudriñar el futuro. Si no había recomendado su ingreso en Robot Systems, podía deberse a que reservaba el puesto para algún familiar o conocido, o incluso a motivos más prosaicos, como el desagrado que le producía algún rasgo físico de Joanes o por las connotaciones territoriales de su apellido.

Pero esto tampoco suponía un alivio, porque, al margen de las razones del profesor, Joanes, y nadie más que él, era el responsable de su pobre carrera.

Y a continuación se decía que no. Que él no podía ser el único culpable. Tenía que haber alguien más. Alguien sobre quien descargar parte de la responsabilidad. Y el profesor resultaba perfecto para ese fin.

De este modo el profesor se convirtió en culpable virtual de los problemas de Joanes. Durante su breve encuentro en la terraza no había visto el pobre futuro que aguardaba al que había sido su alumno, sino que él —el profesor— lo había provocado. De algún modo, por alguna razón privada, lo había condenado, le había arrojado una maldición.

Se concedió pensar de este modo. Y con el tiempo llegó a creérselo. El profesor se convirtió en un recipiente donde desaguar las frustraciones y el rencor. Y a medida

que el recipiente se fue llenando y su contenido adensándose y, finalmente, petrificándose, el profesor dejó de ser visto como un mero recurso emocional, como una fantasía autoexculpatoria, y pasó a convertirse en el culpable único y verdadero de todo lo malo que le sucedía a Joanes.

La habitación tenía veinte metros cuadrados. Antes le había parecido amplia pero ahora tuvo la impresión de que apenas había espacio para moverse. Joanes aguardó en pie, indeciso sobre qué hacer. El profesor ocupaba la única silla disponible, que había llevado junto a la cama, donde su mujer estaba descansando. Ella se había cambiado el vestido por otro de un rosa pálido, tan parecido como el anterior a una bata de hospital. Su aspecto era un poco mejor que el de antes. Su marido la había ayudado a asearse. En el suelo descansaba una palangana con agua jabonosa donde flotaba una esponja. El profesor había conseguido también un almohadón y su mujer estaba recostada en él, con la cabeza erguida.

Esa chica rara, la hija del dueño, ha estado aquí, dijo el profesor. Ha colocado la hamaca.

Aunque gustosamente se habría tumbado, Joanes rechazó la idea. La postura habría resultado demasiado indolente, incluso insultante, dadas las circunstancias. En lugar de tumbarse se acercó a la ventana, quedándose en pie junto a esta. Al margen de la silla donde estaba sentado el profesor solo había otro asiento: la silla de ruedas, pero ni siquiera llegó a considerarlo.

¿Qué tal se encuentra?, preguntó a la mujer.

Esta torció la cabeza en un gesto que podía significar cualquier cosa.

El profesor sostenía un pañuelo humedecido con el que cada poco rato le refrescaba la frente. El rostro de él no reflejaba ninguna emoción. Tenía la misma expresión vacía que adoptaba en sus clases cuando caía en uno de aquellos silencios repentinos y ensimismados. Si Joanes hubiera tenido que adivinar lo que el profesor sentía, habría aventurado «cansancio» o «enfado» antes que «preocupación».

Al cabo de unos minutos la mujer empezó a emitir unos ronquidos entrecortados y el profesor se puso en pie teniendo cuidado de no despertarla. Se acercó a la ventana. Joanes y él miraron hacia el exterior.

En el cielo, las negras siluetas de unas aves de gran tamaño trazaban lentos círculos sobre un punto de la vegetación.

Allí hay algo agonizando o pudriéndose, dijo el profesor con un susurro. ¿Sabía usted que en el antiguo Egipto fue creencia popular que entre los buitres no existían los machos, sino tan solo las hembras? ¿Y que estas, llegado el momento de la reproducción, se limitaban a exponer su vagina al viento?

Tras una pausa pensativa añadió:

No es un mal método. Resulta bastante aceptable. Sin ataduras innecesarias.

A Joanes ese le pareció el tipo de pensamiento erudito, rebuscado y en definitiva inútil al que el profesor recurría en sus clases cuando quería demostrar su superioridad a los alumnos.

No son buitres, sino zopilotes, dijo.

¿No es lo mismo?

Creo que no.

El profesor observó las aves achicando los ojos.

Buitres, zopilotes... ¿Qué más da?

Luego añadió:

Tiene usted suerte de no tener aquí a su familia.

Joanes reconoció que era cierto.

Me alegro de que no tengan que pasar la noche en este sitio, dijo.

No me refiero a eso. Quiero decir que *usted* es el afortunado. No depende de nadie, ni nadie depende de usted.

Joanes asintió. Luego dijo:

Tiene usted razón.

¿Su mujer y su hija están solas?

No. Mi suegro está con ellas.

Razón de más para sentirse afortunado. Él se ocupará de ellas.

Al pensar que su mujer y su hija se encontraban, en efecto, bajo el cuidado de su suegro, Joanes experimentó una mezcla de alivio y remordimiento. También pensó en cuántos rasgos en común tenían el profesor y su suegro.

Voy otra vez a la caza de un teléfono, dijo el profesor. Más tarde el viento puede derribar alguna torre de telefonía y ya no habría nada que hacer. ¿Le importa quedarse con ella?, preguntó señalando a su mujer.

Por supuesto que no.

Al salir, el profesor dejó la puerta entornada para aliviar el calor. Un par de niños correteaban por el pasillo. Cada vez que pasaban ante la habitación, se paraban y miraban adentro sonrientes. Cuando se asomaron por enésima vez, la mujer del profesor abrió los ojos y, con un hilo de voz, preguntó a Joanes si podía cerrar la puerta. Este obedeció.

¿Dónde está él?

¿Su marido? Ha ido a buscar un teléfono.

Ella intentó incorporarse y Joanes la ayudó y le acomodó el almohadón en que se apoyaba.

Eres muy educado.

No es nada.

Has sido muy amable con nosotros y todavía no te he dado las gracias.

Olvídelo. Ojalá pudiera haberlos llevado a Valladolid. Y ojalá tuviera usted un sitio mejor donde descansar.

A pesar de haber cerrado la puerta, los ruidos del hotel llegaban hasta ellos con claridad. Pasos, voces, risas. Los portazos no dejaban de sucederse.

Ella cerró los ojos y se presiono el puente de la nariz.

¿No te gustaría que hubiera un artilugio capaz de proporcionarnos silencio? Unos auriculares, o algo así, conectados a un recipiente que contuviera silencio.

Ya existe, dijo Joanes. Se llama tapones para los oídos.

La mujer del profesor negó con la cabeza.

No lo has entendido. No me refiero a impedir que los sonidos entren en ti, sino a

introducir el silencio en tu cuerpo. Que hinche tus pulmones, que discurra por tus venas.

A Joanes le pareció que mantener la boca cerrada sería la respuesta más adecuada a una declaración como esa. Ella lo miraba fijamente.

Fuiste alumno de mi marido.

Joanes asintió.

¿Te hizo la vida imposible?

No.

La rapidez de la respuesta la hizo sonreír.

Eres demasiado educado. Vamos, a mi puedes decírmelo. No se lo contaré. ¿Te jodió la vida?

Él guardó silencio.

Seguro que sí, continuo ella. Eso le encantaba. Joder a sus alumnos. Y también a quienes no eran sus alumnos. Todavía le gusta.

Joanes siguió callado.

Venga, insistió ella. ¿Te puso las cosas muy difíciles? ¿Todavía tienes pesadillas con él? Sé que muchos las tienen. Incluso yo las tengo.

No, respondió Joanes. No me jodió más que a la mayoría.

Entonces eres afortunado. Te aseguro que lo eres.

Ella tanteó sobre la cama en busca de su antifaz como haría un ciego. Se lo puso con manos temblorosas. Suspiró y luego quedó inmóvil.

Con la puerta cerrada el calor era mayor. Joanes sentía gotear el sudor entre los omóplatos. Intentó abrir la ventana, aprovechando que el viento todavía no soplaba con fuerza, pero mientras forcejeaba con la manilla, la mujer del profesor le dijo que no lo hiciera. Se había levantado un extremo del antifaz y lo miraba con un único ojo.

Si la abres entrarán mosquitos. Son peores que el calor.

Creo que tengo repelente en mi botiquín.

Huele muy mal. Me marea.

Dicho esto volvió a bajarse el antifaz, dando la conversación por concluida.

El profesor no tardó en regresar.

¿Ha conseguido el teléfono?, preguntó Joanes.

Sí, a cambio de todo el efectivo que llevaba encima. Pero dada la situación no iba a regatear.

¿Ha habido suerte?

El profesor negó con la cabeza.

Es cierto que las líneas están saturadas. Lo he intentado tres veces.

En la cama, su mujer, que se había quitado el antifaz cuando lo oyó entrar, desvió la vista hacia la ventana.

Lo siento, dijo Joanes. Quizá más tarde.

No sé cómo, musitó el profesor sentándose en la silla.

Pero no se dejó caer en el desánimo. No era su estilo. Irguió la espalda, respiró hondo y un instante después volvía a ser el de siempre.

Seguro que ahora se arrepiente de haberse detenido a enterrar a aquel mono. Si no lo hubiera hecho, ahora estaría con su familia en un hotel de verdad. Sin tener que aguantar nuestra poco grata compañía.

En aquel momento me pareció lo adecuado.

¿Y sigue pareciéndoselo?

Joanes miró a su alrededor, la triste habitación donde estaban, con las paredes mal cuadradas, recorridas por grietas rellenas con mortero, y la descolorida lamina de la virgen que colgaba sobre la cama.

Sí, declaró. Haría lo mismo.

Interesante, dijo el profesor.

A Joanes le pareció que sería mejor desviar la conversación.

¿Cuál era el tema de su conferencia?, preguntó.

¿Perdón?

La conferencia que vino a impartir al Distrito Federal.

El profesor hizo memoria, como si le preguntara sobre algo sucedido hacía mucho tiempo, en lugar de la semana anterior.

Se titulaba: «Consideraciones éticas sobre la Inteligencia Artificial».

Parece interesante.

Lo es, afirmó el profesor, categórico.

¿Quiere hablarme de ello?

No me parece el momento más indicado.

¿Por qué no? No tenemos otra cosa que hacer.

El profesor lo pensó y asintió sin convicción. Comenzó con una enumeración telegráfica de los principales puntos de su conferencia, pero a medida que hablaba, como si encontrara acomodo en sus propias palabras y estas le prestaran seguridad, su discurso fue ganando en detalles. Le habló sobre la posibilidad y el riesgo de crear una máquina que «pensara demasiado», sobre si el proceso de fabricación de una máquina pensante podía ser calificado como una forma de reproducción, sobre si esta entonces debería clasificarse como «natural» o bien como «antinatural», y sobre las implicaciones éticas de cada uno de los casos.

Joanes se había sentado en el suelo, con la espalda contra la pared. Con él en esa posición y el profesor acomodado en la silla, era como si, respectivamente, estuvieran recibiendo y dando una clase, lo que a ninguno le pasó inadvertido.

Cuando el profesor concluyó su resumen siguieron hablando del tema. Lo hacían en voz baja para no molestar a la mujer de este. Joanes se sentía cada vez más cómodo. Disfrutaba con lo sofisticado de la charla, muy diferente a los aburridos e intelectualmente nada exigentes debates sobre costes y eficiencia energética que a diario tenía que mantener en el trabajo. Hacía mucho que no se sentía tan animado, y

tenía la impresión de que el profesor estaba disfrutando también. La conversación actuaba como una burbuja que los aislaba y protegía del entorno, dejando fuera el humilde hotel, el huracán y todas sus preocupaciones. Incluso el profesor parecía haberse olvidado del accidente de su hijo. Sin más que las palabras, habían creado una atmósfera intelectual, un cálido microclima de pensamiento, que a ambos les era familiar y donde se sentían a salvo y seguros de sí mismos.

La conversación se animó cada vez más, y ni siquiera tener que detenerla para ayudar a la mujer del profesor cuando quiso ir al cuarto de baño hizo el momento menos satisfactorio.

La conferencia resultó ser, en general, una experiencia sumamente agradable, dijo el profesor de regreso en la habitación. Fue una lastima que en el turno de preguntas alguien pusiera una nota fastidiosa.

¿Qué pasó?, preguntó Joanes.

Un desconocido del público, alguien con un evidente afán de protagonismo, planteó lo que en su opinión sucedería si el desarrollo de la I. A. condujera a la creación de una inteligencia superior a la del ser humano. *En su opinión*, tal inteligencia traería de la mano un nuevo orden moral, propio de las máquinas y más elevado que el de los hombres. Y tal orden moral podría representar el origen de una nueva religión.

¿Qué respondió usted?, preguntó Joanes tras una pausa expectante.

Yo le hablé sobre Hans Hörbiger y su Cosmogonía del Hielo.

Lo siento, me temo que no sé quien es.

El profesor asintió y se aclaró la garganta antes de hablar.

Hans Hörbiger nació en Austria a mediados del siglo XIX. Estudió ingeniería y se especializó en máquinas de vapor y compresores. Inventó una válvula de bajísimo rozamiento, la patentó y antes de darse cuenta era millonario. Creó una empresa para comercializar su invento y la dejó en manos de su hijo. A partir de entonces prefirió dedicarse a la *investigación científica*.

El amigo Hörbiger tenía dos aficiones: la astronomía y, como buen experto en máquinas de vapor, los cambios de estado del agua. Durante sus observaciones a través del telescopio había empezado a sospechar que los reflejos que apreciaba en la Luna eran producidos por grandes masas de hielo, lo que le llevó a pensar que todo el satélite se hallaba formado por ese material. Y que lo mismo sucedía con otros cuerpos celestes. Probablemente tenía esta idea en mente el día de invierno en que, mientras visitaba una acería, vio cómo una colada de acero fundido se derramaba por accidente sobre el suelo helado. La tierra crepitó y crujió y se agrietó bajo el acero ardiente y se produjeron violentas explosiones de vapor. Al ver esto, Hörbiger experimentó una revelación.

La totalidad del universo sería el resultado de un enfrentamiento entre el hielo y

el fuego. Hörbiger imaginó el origen del universo como la colisión de una enorme masa incandescente, un super-sol, con otra masa de inmensas proporciones, en este caso de hielo. La toma de contacto de esos dos cuerpos provocó una colosal explosión que fragmentó ambos y esparció sus trozos por el espacio. El resultado fueron fragmentos constituidos únicamente por hielo, como la Luna, únicamente por fuego, como nuestro Sol, y por una combinación de ambos, como la Tierra. ¿Me sigue usted?

Joanes asintió.

A continuación Hörbiger completó su cosmogonía aplicándole la Teoría de la Gravitación Universal, o una versión personalizada de la misma. Según él, los cuerpos astrales no se atenían a órbitas fijas alrededor de cuerpos de mayor tamaño, como hace la Luna alrededor de nosotros. Pensaba que las fuerzas de atracción poseían mayor poder que las de repulsión. Como consecuencia, un satélite, como la Luna, no trazaría una órbita elíptica alrededor de su planeta sino una lenta espiral que lo acercaría progresivamente a él. Al final de esa espiral los dos cuerpos colisionarían en un nuevo cataclismo de hielo y fuego. Según Hörbiger esto habría sucedido varias veces desde el origen del universo. Nuestra Luna sería en realidad la cuarta que ha girado alrededor de nosotros desde el origen de los tiempos. Antes habría habido otras tres, con sus consecuentes cataclismos.

El profesor hizo una pausa y carraspeó antes de proseguir.

Hasta este punto la teoría de Hörbiger, si bien errónea, se basa en principios científicos y merecería al menos cierta consideración. Pero a continuación empieza a adoptar un creciente cariz fantacientífico. El acercamiento de la Luna a la Tierra sería muy lento y habría un periodo prolongado, de varios miles de años, durante el que los dos cuerpos se hallarían muy próximos entre sí. En este intervalo las atracciones gravitatorias combinadas del satélite y del planeta tendrían efectos sobre los habitantes de la Tierra, efectos principalmente sobre su talla. En otras palabras: sería una época de gigantes. Plantas, animales y seres humanos, todos ellos gigantes, poblarían la Tierra.

Tales gigantes no perecerían en su totalidad durante la colisión final. Algunos de ellos, los más aptos, los supergigantes, sobrevivirían, y a partir de ellos se regeneraría la vida en la Tierra. Como ve usted, una sarta de estupideces.

Pero estas estupideces cayeron en terreno fértil, un terreno constituido por individuos aficionados a marchar al paso de la oca y a las óperas de Wagner. La cosmogonía de Hörbiger se ajustaba como un guante a la mitología sobre la que se levantó el nacionalsocialismo. Todas aquellas historias sobre gigantes, cataclismos, paisajes helados y supervivientes biológicamente privilegiados tenían abundantes resonancias de la mitología nórdica, muy del agrado del Führer. Hitler convirtió en suyos los postulados de Hörbiger. De ese modo, los delirios de un iluminado que nunca debió haber salido de su taller de valvulería terminaron por convertirse en una doctrina.

Pero hablamos de los años treinta del siglo xx, lo interrumpió Joanes, no de la Edad Media. Esos delirios encontrarían una oposición firme.

El profesor le dedicó una sonrisa triste.

Hörbiger consideraba que la ciencia objetiva era un tótem decadente. Afirmaba también que la preocupación por la coherencia es un vicio mortífero. Y Hitler pensaba igual. Por otro lado, como usted bien sabrá, los nazis tenían una forma tan efectiva como poco refinada de acallar las voces opositoras.

No termino de ver la pertinencia de su ejemplo, dijo Joanes. Lo dramático y de veras equivocado en esta historia no radica en la extrapolación de una doctrina mística o religiosa a partir de un descubrimiento científico, sino en que esa doctrina fuera abrazada por otra mayor por motivos exclusivamente utilitarios. El nazismo se apropió de la Cosmogonía de Hörbiger no porque de veras creyera en ella sino porque se ajustaba a sus intereses. Lo verdaderamente criticable es arrastrar una ideología, en este caso la nacionalsocialista, hasta tal extremo deformante.

No estoy seguro de que los nazis no creyeran en la Cosmogonía del Hielo, respondió el profesor, aunque puede que usted sepa más que yo sobre el tema. De todos modos lo que de veras importa es que esa cosmogonía encontró aceptación debido en gran medida a su base científica, que le prestaba verosimilitud. Peor aún, la convertía en algo aplicable en el mundo real. Hitler creía que por el hecho de profesar la doctrina del hielo, este, el hielo, le obedecería; como si el Führer, al conocer los secretos de su origen y funcionamiento, se hubiera convertido en su amo. Cuando durante la Segunda Guerra Mundial lanzó su campaña de invierno contra Rusia, Hitler contaba con que el frío le obedecería como uno más de sus generales. Lo que pasó ya lo sabe usted. La temperatura bajó hasta los -40° ; la gasolina sintética se disociaba en sus componentes y los vehículos dejaban de funcionar; los soldados se agachaban a defecar y el ano se les convertía en un donut de hielo... Cuando uno de sus generales se arriesgó a solicitar a Hitler que se replanteara el ataque a Rusia. ¿Sabe usted cuál fue la respuesta?

Joanes la sabía y se apresuró a contestar.

«El invierno es asunto mío. Ustedes, ataquen».

Así es. Más o menos esa fue la contestación de Hitler. Y su significado era literal: creía que podría hacerse cargo del frío.

Joanes seguía sin ver adecuada aquella historia. La mención del nazismo, además, le parecía un recurso extremo. Quien lo empleaba, aunque fuera a modo de ejemplo negativo, revestía sus argumentos de un carácter aplastante y radical demasiado parecido al del nacionalsocialismo. Este efecto se veía acrecentado por lo que, en su opinión, había de premeditado en el ejemplo del profesor. Lo de la cosmogonía parecía algo ensayado de antemano, como evidenciaban la aliteración de baja calidad en «La tierra crepitó y crujió y se agrietó» y el modo de introducir a los nazis como «amigos de las óperas de Wagner».

Joanes se imaginó al profesor en su estudio, en su despacho o donde fuera que

trabajara, documentándose y dando forma al discurso, recitándolo en voz alta, ajustando la historia a la enseñanza que deseaba comunicar con ella. Sin duda al profesor no le había molestado la intervención del espontáneo en la conferencia. Todo lo contrario. Se había alegrado de tener una oportunidad de contar la historia en público, y se sentía tan orgulloso que ahora le obsequiaba a él con un pase adicional.

Y existe un problema incluso peor, estaba diciendo el profesor. Y esto es precisamente lo que traté de hacerle entender a aquel individuo en la conferencia, cuando se puso a especular sobre si una nueva religión podría originarse a partir de la Inteligencia Artificial. Si algo así sucediera, como pasó en el caso de Hörbiger, estaríamos ante un caso de involución. Un avance científico, un avance racional, un avance lógico, nos haría retroceder *por nuestra propia elección* a un estado de mentalidad prelógica.

Hizo una pausa para que sus palabras calaran y añadió:

Y aún más. Esa involución desacreditaría los logros del avance lógico que la ocasionó. No debemos olvidar que Hörbiger tenía razón en parte. Es cierto que ahí fuera existen cuerpos celestes constituidos por hielo, como los cometas y los anillos de Saturno, y también es cierto que hay hielo en la Luna. Debemos evitar que tal descrédito se produzca, dijo el profesor apuntando a Joanes con el dedo en gesto admonitorio, como si siguiera siendo su alumno. Nunca hay que ceder a lo que Jung denominaba «la libido de lo irrazonable».

Joanes cambió de postura y las articulaciones le crujieron. La mujer del profesor permanecía inmóvil en la cama, mirando a la nada como un zombi.

Sin embargo..., empezó a decir Joanes como si hablara consigo mismo, pero enmudeció sin añadir más.

Sin embargo ¿qué?, lo animó el profesor.

Sin embargo resulta natural para el ser humano ceder a «la libido de lo irrazonable».

Explíquese.

Es una consecuencia de nuestra ansia por saber. Si la ciencia se demora en facilitarnos respuestas nosotros tendemos a rellenar los huecos con...

¿Con qué? ¿Con falacias? ¿Con mitología?

No siempre, repuso Joanes. Los modelos físicos o matemáticos empleados por los científicos desempeñan la misma función. Con ellos los investigadores tratan de explicar lo que no saben. Y eso los lleva a resultados tan equivocados como los que generan las intromisiones de la religión y la mitología.

Se equivoca usted por completo. Los modelos científicos son hipótesis basadas en hechos comprobados. Y no nacen con ánimo de persistir, como sucede con las religiones, ni de abarcar más allá de sí mismos, como también sucede con la religión, sino que su fin es proporcionarnos una base de trabajo hasta que el número de hechos experimentalmente comprobados aumente.

Solo pretendía establecer una comparación, explicó Joanes. No quería decir que

un modelo científico se encuentre al mismo nivel que la cosmogonía de Hörbiger.

Me alegro de que así sea, teniendo en cuenta que fue usted alumno mío.

Joanes se enjugó el sudor de la frente.

Los científicos poseen la disciplina y los conocimientos necesarios para mantener sus conjeturas bajo control, aventuró, pero ¿qué pasa cuando los hechos asombrosos y difícil o solo parcialmente explicables que son causa de tales conjeturas trascienden a un foro más amplio? En ese caso no es de extrañar que las hipótesis se desboquen, como pasó con las ideas de Hörbiger cuando llegaron a oídos de los nazis.

Ese fue un caso en extremo particular, dijo el profesor.

Habló en tono quedo, a la espera de descubrir a dónde llevaba la argumentación de su antiguo alumno.

Joanes volvía animarse. Veía señales de enfado en el profesor, nada habituado a que le plantaran cara.

Por supuesto que es un caso particular, siguió, a lo que tenemos que añadir que las ideas de Hörbiger no podían calificarse ni siquiera de hipótesis. La Cosmogonía del Hielo no tenía una base científica lo bastante sólida para pervivir sin el respaldo de Hitler. ¿Pero qué sucedería si el origen de la doctrina hubiera sido de otra índole, algo de una solidez incuestionable y al mismo tiempo atractivo para gran número de personas, algo que invitara irremediabilmente a la especulación?

Quiere usted decir ¿como la Inteligencia Artificial?

No sé lo bastante sobre I. A., aunque comprendo que la persona que le preguntó sobre ello lo hiciera.

¿Qué pondría usted como ejemplo?

Imaginemos un *tesseract*, un hipercubo, un cubo de cuatro dimensiones. ¿Sabe lo que es?

Por supuesto, respondió el profesor con tono glacial.

Imaginemos entonces que un *tesseract* hubiera hecho aparición hace un siglo ante tres pastorcillos que cuidaban de su rebaño en los alrededores de Fátima. ¿Qué habría pasado?

Nada, respondió el profesor, cada vez más molesto. Vivimos en un espacio de tres dimensiones. Sus pastorcillos no habrían visto más que un cubo corriente y moliente, no la proyección del mismo en la cuarta dimensión.

Lo que quiero decir es que *imaginemos* lo que habría sucedido si ese cubo de cuatro dimensiones hubiera aparecido como tal, que pensemos *in abstracto*.

Entiendo perfectamente lo que pretende usted decir. Otro asunto es que resulte pertinente. Yo creo que no lo es.

Joanes no se amedrentó.

Un *tesseract* es inconcebible en nuestro mundo, dijo. Se trata de un *constructo* teórico, pero no por ello menos real. Los matemáticos lo emplean a diario, lo extienden a cinco dimensiones, a n dimensiones, le dan aplicaciones prácticas. Por tanto son reales y al mismo tiempo... fantásticos. Llámoslos así. Ahora

supongamos que uno de esos entes se manifestara tal como es. ¿Cuál sería la reacción de los pastorcillos? ¿Qué creerían estar viendo? ¿A qué les conduciría tal visión, complementada con lo que habían oído en los cuentos tradicionales y en los sermones de los domingos? ¿Cómo se deformaría su visión a la hora de traducirse a palabras y compartirla con sus vecinos? ¿No existiría también hoy en Fátima un santuario; quizá con una imagen diferente en el altar, pero un santuario al fin y al cabo, al que peregrinarían los devotos de la cuarta dimensión?

¡Basta ya!, exclamó el profesor.

Lo que pretendo explicarle es...

El profesor saltó de su silla.

¡Usted no puede explicarme nada a mí!

Tenía el rostro enrojecido y apretaba los puños como si fuera a golpear a su antiguo alumno.

Está bien, dijo Joanes poniéndose a su vez en pie. No se moleste. Creía que solo estábamos hablando entre colegas.

¿Colegas?, preguntó el profesor. ¿Colegas? ¿Usted y yo?

Está bien... De acuerdo. Lo he entendido.

¡Cállese! ¡No diga ni una palabra! No lo empeore todavía más.

Y farfullando el profesor exclamó:

¡Estúpido!

Joanes tragó saliva.

No le tendré eso en cuenta, dijo. Está usted pasando por un mal momento y...

¡No se atreva a hablarme de manera condescendiente! ¿Quién se ha creído que es?

Joanes buscaba las palabras para replicar cuando la mujer del profesor intervino.

Deberíais veros, dijo masajeándose las sienes. Los dos parecéis imbéciles. Y lo que es peor: sois muy aburridos. ¿Por qué no habláis de otra cosa? Tú y tus matemáticas, dijo a su marido. No sabes relajarte cuando hablas de ellas.

No hablábamos de matemáticas precisamente, replicó él.

Pasad a otro tema, pidió la mujer.

En ese momento, la puerta de la habitación se abrió y una débil luz alumbró el interior. La hija del dueño del hotel los miraba con su habitual modo inexpresivo mientras sostenía una botella con una vela encajada en el cuello. La habitación casi estaba a oscuras. La tormenta había adelantado el atardecer.

¿Y tú no sabes llamar antes?, preguntó el profesor.

He llamado, dijo la chica, pero no me han oído.

Seguro que sí, dijo el profesor. ¿Eso es para nosotros?

La chica asintió y le tendió la vela. El profesor se levantó para cogerla y la dejó en la mesilla, junto a la cama.

Gracias, dijo sin agradecimiento alguno en la voz.

La chica retrocedió y cerró la puerta sin hacer ruido.

Siguió un momento durante el que nadie se movió ni dijo nada, hasta que la mujer del profesor repitió:

Pasad a otro tema.

¡No me hables en ese tono!, respondió el profesor. Si no te hubiera hecho caso cuando quisiste que nos quedáramos en México, ahora estaríamos volando para ver a nuestro hijo. ¡Estamos aquí por tu culpa!

En su posición junto a la cama, la vela alumbraba sobre todo a la mujer, que al escuchar estas palabras se cubrió el rostro con la manos. No pronunció palabra ni emitió sonido alguno. Joanes supuso que lloraba, pero cuando ella apartó las manos sus ojos estaban secos.

Lo siento, dijo la mujer dirigiéndose a Joanes. Lo siento mucho. Ojalá no tuvieras que vernos así, rotos de dolor. Ojalá no tuvieras que compartir esta habitación con nosotros. Te estamos haciendo pasar un mal momento. A ti, que has sido tan amable con nosotros. Lo siento.

Y, ahora sí, un ataque de llanto le impidió seguir hablando.

Joanes estaba al pie de la cama, dispuesto a ayudar en lo que fuera posible. Esperaba que el profesor consolara a su mujer, pero este permaneció inmóvil, resoplando por la nariz.

No seas sensiblera, dijo a su mujer. Si este hombre es tan amable y generoso ¿por qué no nos ha dejado su teléfono para que averigüemos cómo está nuestro hijo?

Los sollozos de ella se cortaron de golpe. Joanes miraba petrificado al profesor.

¿Tiene un teléfono?, preguntó la mujer.

Lo tiene, respondió su marido.

La mujer del profesor miraba a Joanes con los ojos desorbitados y la mandíbula temblorosa.

Ya le dije que mi teléfono no tiene batería, replicó Joanes.

No es cierto, dijo el profesor. Y no me insulte de ese modo, mintiéndome a la cara. No se atreva. Su teléfono puede usarse.

¿Tiene un teléfono?, repitió la mujer.

Ya te he dicho que sí, ¿estás sorda?, le respondió su marido sin mirarla, con la vista clavada en Joanes. Y ahora me gustaría saber por qué no puede dejárnoslo. Qué grave motivo se lo impide.

Le repito que mi teléfono no tiene batería.

Usted sabe tan bien como yo que eso no es cierto.

La mujer del profesor se arrastró sobre las sábanas hacia Joanes.

Por favor... Tengo que saber cómo está mi hijo.

Joanes retrocedió como si temiera su contacto.

Por favor, se lo suplico. ¡Tengo que saber si está bien!

El profesor aguardaba con gesto pétreo.

Joanes alzó las manos en gesto apaciguador.

El teléfono lo necesito yo, dijo tajante.

Lo necesita usted, dijo el profesor.

Eso es.

¿Para qué, si puedo saberlo?

Espero una llamada.

¿De su familia?

Una llamada importante.

A pesar de las líneas saturadas.

Eso es, repitió Joanes vacilando.

Lo que significa que su teléfono sigue funcionando. ¿Quizá porque es un teléfono vía satélite?

Joanes no contestó.

¿Qué quiere decir eso?, preguntó la mujer, desconcertada por el repentino silencio que se hizo. ¿Qué has dicho del teléfono?

Quiero decir, explicó su marido, que con ese teléfono no hay problema de líneas saturadas. Quiero decir que puede usarse.

De inmediato la mujer del profesor redobló sus súplicas.

Apenas le queda batería, dijo Joanes manteniéndose firme. Solo para una llamada. Y lo necesito.

La mujer pareció no haberlo oído. Rogaba con el rostro bañado de lágrimas.

¿Por qué es tan importante esa llamada?, exigió saber el profesor.

La calma con que habló resultó mucho más acuciante que los ruegos de su mujer.

¿Por qué no la ha hecho ya?, añadió.

No es una llamada que tenga que hacer, sino una que estoy esperando, explicó Joanes. Un asunto profesional.

¿Podría darme algún detalle?, preguntó el profesor. Creo que las circunstancias lo exigen.

Todo lo que necesitan saber es que se trata de una llamada importante para mi negocio. Si no fuera así ya les habría dejado el teléfono. Pueden estar seguros.

Pero... ¡mi hijo!, imploró la mujer del profesor.

Lo siento, dijo Joanes. Quizá su marido pueda conseguir otro teléfono. Hay varias personas en el hotel que...

Esa llamada profesional, lo interrumpió el profesor, ¿es más importante que la vida de una persona?

Disculpe, pero, que yo sepa, la vida de su hijo no depende de que usted le llame. Vivirá o morirá, hable usted con él o no.

Al oír esto la mujer del profesor enterró la cara en la almohada y todo el cuerpo le tembló presa del llanto.

El profesor permanecía impertérrito. Mirando fijamente a Joanes dijo:

Usted no se imagina todo lo que yo puedo conseguir con una llamada de teléfono.

Joanes respiró hondo, se miró las manos y se secó las palmas en el pantalón. Contempló el suelo de azulejos durante unos instantes y luego dijo:

En ese caso me alegro por usted. No tiene más que conseguir un teléfono y todos sus problemas quedarán solucionados. Pero no será el mío.

A continuación volvió a tomar asiento en el suelo, con la espalda contra la pared, y con gesto hosco se puso a contemplar una esquina de la habitación.

El profesor le dedicó una mirada de desprecio y traspasó su atención a su mujer. Le acarició la espalda mientras le susurraba, de forma poco convincente, palabras tranquilizadoras. Al cabo de un rato ella separó la cara de la almohada y balbuceó algo. El profesor pegó la cabeza a la suya para escuchar. Luego dijo: «Por supuesto», y su mujer volvió a hundir el rostro en la almohada.

El profesor se puso en pie y dirigiéndose a Joanes dijo:

A mi esposa le gustaría estar unos momentos a solas, si es usted tan amable. Puesto que no puede dejarnos el teléfono, quizás al menos pueda hacernos este pequeño favor. Nos gustaría tener un poco de intimidad.

Joanes cogió su mochila y se puso en pie a regañadientes.

La iluminación del salón consistía en velas colocadas dentro de vasos. Entre las personas que había en la habitación, el dueño del hotel ocupaba el puesto preferente, un sillón de masaje frente al televisor, aunque ni el sillón ni el televisor funcionaban. Durante bastante rato manipuló el dial de una radio portátil en busca de alguna emisora libre de interferencias, pero terminó por apagarla.

Para ahorrar pilas, dijo.

El salón estaba atestado. Además de la gente que ocupaba sillas y sofás, había una docena de personas sentadas en el suelo, entre las que se encontraba Joanes. Se habían distribuido almohadones para que estuvieran más cómodos, pero hacía mucho calor y los almohadones daban más calor aún. Había dos bebés en un corralito. Al menos uno necesitaba que le cambiaran el pañal. Una mujerona malencarada que montaba guardia ante la despensa del hotel apareció con una remesa de botellas de agua con el precinto roto y se llevó las vacías. Varios mexicanos mordisqueaban tiras de cecina. Otro sostenía una guitarra entre los brazos; no sacaba ningún sonido de ella, limitándose a abrazarla. Había varias conversaciones en curso, en las que Joanes solo intervenía cuando alguien lo interrogaba directamente.

Ya era noche cerrada. Había empezado a llover. De cuando en cuando las conversaciones se silenciaban y entonces podía oírse el viento. A Joanes no le parecía que soplara con especial violencia. Había conocido vendavales mayores. Este no le despertaba ninguna sensación de peligro. No parecía haber motivo para estar allí encerrados. Tuvo que cerrar los ojos y hacer unos ejercicios de respiración para reprimir el impulso de salir a la calle, subir al coche e irse.

Un nuevo silencio, más prolongado que los anteriores, le hizo abrir los ojos. El profesor estaba en la puerta y contemplaba el panorama de salón con gesto asqueado. Hizo una seña a Joanes.

¿Podemos hablar?

Un momento después Joanes se levantaba y salía bajo la atenta mirada de todos.

Siguió al profesor hasta el recibidor del hotel. Allí no había nadie aparte de ellos. El lugar servía como almacén para las sillas y las mesas que antes habían estado en la calle. El profesor cogió dos sillas y las colocó una junto a la otra. Hizo un gesto a Joanes invitándolo a tomar asiento.

Creo que deberíamos hablar con calma usted y yo.

Joanes se sentó.

Antes me he excedido, empezó el profesor, sentándose también. No debería haberle pedido el teléfono delante de mi esposa. Demostré una carencia de tacto que lamento de veras. Pero estoy seguro de que comprende que tanto mi esposa como yo nos encontramos bajo una fuerte presión. Lo lamento. Todos somos humanos, ¿verdad?

Dijo esto sonriendo a Joanes. A continuación se pasó las palmas de las manos por las perneras y trató de enderezar la raya de los pantalones, muy desdibujada ya a esas horas de la tarde.

¿Qué tal está su mujer?, preguntó Joanes.

Le he dado un calmante y duerme un poco.

Yo he intentado conseguir un teléfono para ustedes, pero el dueño del hotel asegura que las líneas siguen saturadas. Me ha dicho que él mismo les dejará el suyo más tarde, en cuanto pueda establecerse comunicación. Me lo ha prometido.

El profesor respiró hondo y liberó despacio el aire.

Gracias.

De nada.

Después de una pausa el profesor dijo:

Fue usted alumno mío.

Así es.

¿Puede repetirme cuándo?

Joanes lo hizo y el profesor arrugó el ceño haciendo memoria.

Lo siento. No le recuerdo. Pasaron muchos de ustedes por aquellas aulas. Espero que no le pusiera las cosas demasiado difíciles. Sé que ni yo ni mi asignatura gozábamos de buena fama entre ustedes.

No tuve problemas para aprobar. Lo cierto es que me gustaba mucho el análisis numérico, reconoció Joanes con una sonrisa incómoda.

¿Le gustaba? ¿Mucho? Vaya... Eso es poco habitual. ¿Dónde trabaja usted ahora?

Dirijo mi propio negocio. Equipos de aire acondicionado.

Una arruga partió el ceño del profesor.

Aire acondicionado.

Eso es.

¿Cómo se llama su negocio?

Joanes se lo dijo y el profesor meneó la cabeza.

No lo conozco.

Joanes le facilitó algunos detalles, como sus marcas suministradoras y los nombres de algunos clientes importantes: centros sanitarios, bancos y cadenas de supermercados, la mayoría de ellos pertenecientes a la época en que su amigo y él compartían la dirección del negocio.

Parece que las cosas le van de maravilla, dijo el profesor. Me alegro de veras.

No puedo quejarme.

Yo nunca he trabajado por cuenta propia. Supongo que debe de resultar muy gratificante. Sobre todo cuando el negocio es próspero.

Sin duda.

¿Está usted satisfecho?

Tras un instante Joanes dijo:

Disculpe, creo que no le entiendo.

Satisfecho con su carrera profesional. Con las decisiones que ha tomado.

Por supuesto que sí. Muy satisfecho. Tomo mis propias decisiones.

Para usted eso es importante.

Joanes asintió con decisión y añadió:

A muchos les gustaría estar en mi lugar.

No lo pongo en duda. En especial porque las cosas le van bien.

Joanes volvió a asentir.

El profesor se quitó las gafas y frotó los cristales con el faldón de su camisa. Mientras hacía esto ninguno pronunció palabra. Luego, como si hablara para sí mismo, dijo:

Antes, en la habitación, me dio la impresión de que tenía usted algún problema. Me refiero a un problema de índole profesional. Lo digo por la firmeza con que se reservó el uso del teléfono.

Espero una llamada importante.

Sí, eso quedó meridianamente claro. Pero cuando dijo que era importante imaginé que se trataba de algo crucial.

En efecto.

Pero ahora me dice que posee un negocio propio, así que supongo que «crucial» se traduce en que el futuro del mismo depende, en una medida importante, de esa llamada.

Joanes guardó silencio.

Sin embargo me acaba de explicar que su negocio marcha muy bien.

Espero una llamada de un cliente importante. Pero mi negocio no depende de ella.

Entiendo. Pero sí es lo bastante importante como para no cederme su teléfono solo por un minuto.

Me temo que sí. Tengo motivos para no dejárselo.

No pongo en duda sus razones. Entiendo que en las circunstancias en que nos encontramos es esencial disponer de un medio de comunicación; por ejemplo, para hablar con su familia. ¿Quién sabe hasta cuándo tendremos que permanecer en este lugar? Por eso es comprensible que quiera reservar para usted, y solo para usted, su teléfono. Cualquiera en su lugar actuaría de ese modo.

Me temo que sí, respondió Joanes, aunque no muy seguro.

Por eso fue muy desacertado por mi parte pedirselo como lo hice. Delante de mi esposa. Someterlo a esa, llamémosla así, presión emocional. Porque ella, trastornada como está en estos momentos, es incapaz de razonar como yo acabo de hacer. Ella no comprendería las razones que a usted le guían.

El profesor arrastró su silla para acercarla a la de Joanes. Bajando la voz y con una sonrisa de complicidad dijo:

Pero ahora, sin nadie que pueda oírnos, vuelvo a pedirle su teléfono.

Y para subrayar sus palabras señaló la mochila de la que Joanes nunca se separaba.

Será algo entre usted y yo, continuó. Entre dos personas prácticas. Trataré de ser lo más breve posible. Y en cuanto a las noticias que reciba, si son buenas se las comunicaré a mi esposa. Pero si no lo son tanto..., entonces me las reservaré para mí,

de momento. Este no es el lugar más adecuado para que mi esposa se entere de... Bueno, usted me comprende, ¿no es así?

Veo que ha pensado en todo.

Lo intento. Comprendo que si usted se quedara sin teléfono, eso podría ser un inconveniente, por los motivos de los que hemos hablado, pero en este hotel usted puede conseguir uno sin problemas. Y es probable que mañana el tiempo ya no sea tan malo y todos podamos salir de aquí. Comprenda que no puedo quedarme sentado y renunciar a tener noticias de mi hijo. Tengo que intentarlo ahora mismo. Le pido que se ponga en mi lugar e imagine lo que haría si fuera un hijo suyo quien...

Lo imagino perfectamente, lo interrumpió Joanes. Pero no puede ser. Como ya le he dicho...

Tiene usted buenas razones.

Eso es.

El profesor liberó un suspiro y apoyó los codos en las rodillas. Permaneció así unos instantes. Joanes sabía que planeaba un nuevo ataque y aguardó en silencio, preparado para cualquier cosa.

Cuando se irguió, la sonrisa del profesor era de resignación.

Supongo que su parecer no cambiará si le ofrezco algún incentivo.

¿Me habla de dinero? ¿Quiere pagarme?

Sé que es desagradable, pero sí.

No, respondió Joanes con firmeza, mi opinión no cambiará.

Es lo que imaginaba. Y también lo que esperaba de alguien con su integridad, y que además fue alumno mío. Por eso ahora se lo suplico, por mi hijo y por mi esposa. Usted me conoce, así que sabe que no es habitual en mí pedir las cosas de este modo.

Joanes respondió con un hilo de voz:

Lo siento muchísimo, pero la respuesta sigue siendo la misma.

El profesor asintió y se recostó en su silla.

Lo entiendo, dijo, y espero que usted entienda que debía intentarlo.

Por supuesto que lo entiendo. Siento mucho la situación en que se encuentran ustedes.

Los dos guardaron silencio unos momentos. Las conversaciones de las habitaciones y el salón quedaban ocultas por el viento, que azotaba la puerta del hotel y la hacía castañetear contra el marco. Ahora que habían dejado las cosas claras Joanes se sentía más tranquilo. Estaba satisfecho del modo como había manejado la situación y pensaba que, a pesar de lo doloroso de las circunstancias, el profesor también lo estaba. Joanes no se había dejado arrastrar por la emociones, sino que se había mantenido fiel al pragmatismo que el profesor tanto valoraba y tanto empeño había puesto en inculcar a sus alumnos. Joanes le había proporcionado motivos para sentirse orgulloso de él.

Tengo que serle sincero, dijo el profesor interrumpiendo estos pensamientos. Lo cierto es que sí me acuerdo de usted. Me acuerdo perfectamente.

Tras una pausa añadió:

Recuerdo que vino a verme a mi casa. Fue un sábado por la mañana. Hacía un día desopacible pero estuvimos en la terraza. Usted iba a empezar a trabajar en Robot Systems, una empresa a la que entonces le iba bastante bien. Yo estaba muy satisfecho de que un alumno mío hubiera conseguido algo así a una edad tan temprana. Luego supe que hubo algún problema. Fue algo lamentable, que sentí bastante. Tendrá que disculparme que antes le mintiera al decirle que no lo recordaba. Pero pensé que decirle que sí y recordar nuestro encuentro y lo que pasó después le traería recuerdos desagradables. Sin embargo ahora me dice que las cosas le van muy bien, así que parece que no tenía motivos para preocuparme.

Joanes escuchaba sin dar crédito a lo que oía. El profesor siguió hablando.

Llevo unos años retirado, pero algunas compañías aún solicitan mis servicios como asesor. Le quiero decir con esto que he conservado mis contactos. Y estaba pensando que, aunque su negocio de aire acondicionado marcha viento en popa, nunca viene mal una ayuda extra. Yo podría hablar con algunos de esos contactos. Varios me deben favores importantes. Podría recomendarles su empresa. Haría unas cuantas llamadas. Por supuesto, no ahora, sino más adelante, cuando las aguas hayan vuelto a su cauce. ¿Qué le parece?

Joanes fue incapaz de contestar. Estaba demasiado ocupado procesando lo que acababa de oír, haciendo encajar las palabras del profesor con sus recuerdos y las fantasías elaboradas durante años. El profesor tomó su silencio como una invitación a continuar.

También es posible que quiera usted probar algo nuevo. Antes, en la habitación, lo noté interesado en el tema del que estábamos hablando. Se nota que se ha mantenido al día, no limitándose solo al área de su negocio. Expuso algunas ideas que, si bien no comparto, eran sin duda interesantes. Posee usted los requisitos para afrontar un nuevo reto. Algo de más envergadura que un negocio de frío-calor y, no se ofenda, con mayor consideración entre sus colegas. Algo similar al puesto del que habría disfrutado en Robot Systems si las cosas se hubieran desarrollado de un modo diferente a como lo hicieron.

El profesor hablaba despacio, proveía de peso a sus palabras asegurándose de que a Joanes le quedaba claro lo que le estaba ofreciendo. Este permanecía recostado en la silla. Sus manos descansaban flojas sobre los muslos.

Eso también puedo proporcionárselo. La oportunidad de empezar de nuevo si así lo desea. A cambio, ya sabe lo que le pido: algo muy sencillo, tanto que podemos resolverlo aquí mismo y en un instante.

Un estrépito como de algo que se derrumbara sobresaltó a los ocupantes del salón. Un par de ellos se puso en pie de un brinco y corrió a ver lo que había pasado. Los demás, contentos de que algo animara la aburrida tarde, los siguieron.

Las sillas antes apiladas estaban desparramadas por el suelo del recibidor, y en medio de ellas el profesor, sentado en el suelo, comprobaba si sus gafas se habían roto. Sangraba por un labio. Joanes lo observaba con los brazos colgando a los costados del cuerpo. Los mexicanos formaron un corro alrededor de ambos. El dueño del hotel, más lento que los demás por culpa de su cojera, se abrió paso para llegar junto a Joanes. Contempló el estropicio y al profesor, que se esforzaba por ponerse en pie.

¿Qué pasó?

Joanes, con la vista fija en el profesor, no respondió, y este se limitó a rechazar a dos mexicanos que intentaron ayudarlo a incorporarse.

Estoy bien, dijo. No se preocupen.

¿Le pegó usted?, preguntó el dueño del hotel a Joanes.

Fue el profesor quien respondió:

No ha pasado nada. Solo he tropezado y caído contra las sillas. No ha sido más que una torpeza.

El dueño del hotel lo miró con incredulidad.

¿Es eso lo que pasó?, preguntó a Joanes.

Este no dijo nada.

Varias personas del público se pusieron a cuchichear y el dueño del hotel las hizo callar con un gesto autoritario.

Señor, ¿no va usted a hablar?

Déjelo en paz, dijo el profesor. Esto es asunto nuestro. Todos estamos sometidos hoy a una gran tensión.

Al dueño del hotel no lo amilanaron estas palabras.

No pienso dejarlo en paz, dijo. Están ustedes en mi establecimiento y no tolero que nadie se pelee delante de mis huéspedes y de mi familia.

Hizo una pausa por si alguno de los implicados quería decir algo. Como no fue así añadió:

No admito esta clase de comportamientos bajo mi techo. Lo siento mucho, pero el culpable tendrá que irse.

Habló con firmeza, haciendo valer toda la autoridad de la que gozaba en su negocio.

¿Me está echando?, preguntó Joanes saliendo por fin de su silencio.

Nadie se pelea en mi casa sin consecuencias.

El profesor dedicó al dueño del hotel una exclamación despectiva.

Aquí nadie se ha peleado. ¿No ha oído lo que le he dicho? Me he caído.

Deje que hable él, respondió el dueño del hotel.

Me parece bien, dijo Joanes. No quiero quedarme aquí ni un minuto más.

¿Qué está usted diciendo?, exclamó el profesor. No puede hablar en serio. ¿Adónde va a ir?

Hay un sitio, dijo el dueño del hotel. Volviendo a la carretera que lleva a Los

Tigres y siguiendo por ella un par de kilómetros. A la izquierda encontrará un barracón. Lo levantaron para los obreros que iban a construir un hotel aquí al lado. Pero luego no se hizo y el barracón está vacío.

¿Un barracón?, preguntó Joanes.

Las paredes son de ladrillo y el techo firme, dijo el dueño. Aguantará el viento.

Pero ¿cómo va a ir allí?, preguntó el profesor. ¿Se han vuelto todos locos? ¡Hay un huracán!

No es para tanto, contestó Joanes. He dicho que me voy.

El profesor le pidió que se calmara. Pidió calma a todos los presentes.

Hablemos de esto. Usted y yo.

No quiero volver a hablar con usted.

Lo sé. Pero se lo pido por favor. Reflexione un momento. No necesita actuar así.

Como Joanes no respondió, el profesor pidió al resto de los presentes que los dejaran un momento a solas. El dueño del hotel asintió y dijo a los demás que volvieran a sus habitaciones. Los mexicanos respondieron a regañadientes. Varios remolonearon para oír lo que pudieran de la conversación.

Joanes dedicó al profesor un gesto imperativo, invitándolo a soltar lo que tuviera que decir.

No hay razón para que se vaya. Podemos hablar con ese hombre, con el dueño. Seguro que le encontrará acomodo en otra habitación, si usted no quiere seguir con nosotros.

¿Eso es todo?

¿Acaso piensa que le debo una disculpa? Lo correcto sería que *usted* se disculpara.

No me hable *usted* de lo que es correcto y de lo que no.

No comprendo.

Olvídelo, dijo Joanes alejándose. Me voy ahora mismo.

No. Espere. Antes tendríamos que dejar las cosas claras.

Joanes se detuvo.

Hable.

Todo lo que dije es cierto. Puedo ayudarle. No entiendo por qué reaccionó como lo hizo. Quizás interpretó que le menosprecio. Pero no es así. Solo quería ayudarle, a cambio de que usted me ayude a mí.

¿Eso es lo que quería dejar claro?

¿Qué si no? Tengo que averiguar cómo está mi hijo. Haré lo que sea para conseguirlo. Tengo que saber si la explosión lo ha herido de gravedad o si...

¿Qué explosión?, lo interrumpió Joanes. Usted habló de un accidente de buceo.

Hubo las dos cosas, respondió el profesor atropelladamente. Un accidente de buceo y una explosión. No sé los detalles. ¿Ve por qué tengo que hablar con mi hijo, o con alguien que sepa algo?

Muy despacio, una sonrisa fue asomando a la cara de Joanes.

¿Qué pasa?, preguntó el profesor en tono ofendido.

Me está engañando.

¿Cómo dice?

Que no es cierto. Esa historia de su hijo en Egipto, con explosiones y todo lo demás, no es cierta.

El profesor enrojeció.

Lo está haciendo otra vez, siguió Joanes. Me está engañando. No sé por qué, pero lo está haciendo. A saber para qué quiere usted mi teléfono. Es usted un mentiroso, un manipulador. Siempre ha sido así. Desde que lo conozco ha sido así. Un manipulador, repitió.

¿Cómo se atreve!

Joanes meneó la cabeza sin dejar de sonreír.

No tendría que haberle hecho caso. Ni ahora ni nunca.

Diciendo esto, empezó a alejarse.

¡Vuelva aquí! ¡No sea estúpido!

¡No me llame estúpido!, respondió Joanes, que se dio media vuelta, cogió al profesor por la pechera de la camisa y empezó a zarandearlo.

Los mexicanos que estaban en el pasillo se pusieron a gritar y dos de ellos corrieron a separarlos. El dueño del hotel los siguió todo lo rápido que le permitía su cojera.

¡Es suficiente! ¡Quiero que se vayan de mi casa! ¡Ahora! ¡Los dos!

Yo no voy a ninguna parte, respondió el profesor. Mi esposa no se encuentra bien.

Tres parientes del dueño dieron entonces un paso adelante. Uno de ellos medía cerca de dos metros. Su camiseta de tirantes dejaba a la vista unos hombros y unos brazos musculosos y media docena de tatuajes. Llevaba una lata de cerveza en la mano y la sostenía con el brazo flexionado para que se le viera bien el bíceps.

¿Qué pasa, güey? ¿No oyes a mi tío?

El dueño del hotel alzó una mano solicitando calma.

Deben irse, insistió.

Pero, mi esposa..., empezó a decir el profesor con preocupación.

¿Qué pasa, viejo?, lo interrumpió Joanes. ¿Tienes miedo? No es más que una tormenta.

El profesor enrojeció.

Si piensas quedarte, siguió Joanes, recuerda que no te queda dinero para pagar la habitación. Lo gastaste todo intentando hablar con tu hijo. Ese que ha tenido un accidente.

El dueño del hotel acompañó a Joanes a la despensa, donde le entregó un farol de queroseno, una caja de cerillas, tres colchas no remendadas innumerables veces y que despedían un fuerte olor a humedad, tres botellas de agua y algo de comida.

Con esto tendrán suficiente hasta mañana por la mañana.
Joanes sopesó la bombona del farol.
Está medio vacía.
El dueño del hotel se rascó la pierna coja y luego se encogió de hombros.
Es lo que hay.
Claro, es lo que hay, dijo Joanes, y le dio unos pesos a cambio del lote.
Falta lo de la habitación, se quejó el dueño del hotel.
Olvídelo.
El dueño del hotel lo miró con dureza pero terminó por asentir.

El recibidor estaba atestado. La mayoría de los huéspedes se había congregado para presenciar su marcha. El profesor llegó empujando la silla de ruedas de su mujer. Esta, lejos de mostrarse asustada o preocupada, lucía una sonrisa de resignación. Cuando llegó junto a Joanes le dijo:

Sabía que esto iba a terminar así.

Una de las mexicanas le ofreció un poncho impermeable. La mujer del profesor lo miró con suspicacia, pero luego lo cogió musitando unas palabras de agradecimiento.

Necesitará esto, dijo el dueño del hotel a Joanes entregándole una linterna. Lo mejor es que salga usted primero. Traiga su carro a la puerta para que les sea más fácil... Ya sabe.

Señaló la silla de ruedas.

Joanes asintió y se enfundó su impermeable. El dueño del hotel se situó junto a la puerta. Cuando Joanes le hizo una seña, aquel descorrió el cerrojo y la abrió. El viento y una lluvia cruzada golpearon el recibidor haciendo retroceder al público. En un instante el suelo quedó cubierto de agua, hojas y ramas.

¡Salga!, gritó el dueño del hotel.

Joanes vaciló, impresionado por el aullido de la tormenta. Después se abrazó a su mochila, agachó la cabeza y se lanzó a la oscuridad.

El dueño del hotel necesitó de la ayuda de uno de sus parientes para volver a cerrar la puerta. Luego todos se volvieron hacia el profesor, que les devolvió la mirada sin demostrar emoción alguna.

Avanzó hacia el coche todo lo rápido que pudo. La explanada ante el hotel se había convertido en un lodazal. El haz de la linterna apenas penetraba la oscuridad.

Una vez dentro del coche se quedó inmóvil tras el volante, recuperando el aliento. Parecía como si brazos invisibles arrojaran cubos de agua contra el parabrisas. Se dijo que aquello no era exactamente un huracán. Solo una tormenta. Y a medida que se desplazara hacia el norte su fuerza disminuiría.

También se dijo que sería muy fácil irse de allí sin el profesor. No tenía más que

arrancar el motor y alejarse. En el hotel cuidarían de él y de su mujer.

Puso el coche en marcha. Al encender las luces vio, más allá de la explanada, la masa de vegetación agitándose como un océano revuelto.

La corriente no era tan fuerte como el guía les había advertido, pero por si acaso el hijo del profesor no soltó el cable durante el descenso. Seguía la estela de burbujas de su compañero, que bajaba unos metros por delante de él. La visibilidad era buena. Pronto vieron los restos del barco. El cable guía estaba fijado a la barandilla de una de las cubiertas. Las burbujas que brotaban de los orificios del casco indicaban que dentro del barco había más buceadores.

El SS Thistlegorm se hundió el seis de octubre de 1941 al norte del mar Rojo, mientras se dirigía a Alejandría con suministros para las fuerzas aliadas en Egipto. Fue avistado por una pareja de bombarderos alemanes que regresaba a su base en Creta tras completar una misión. Los aviones iban justos de combustible así que no perdieron el tiempo. Se lanzaron directos por él. Las bombas atravesaron la cubierta y penetraron hasta las bodegas, donde estallaron partiendo el carguero por la mitad. Nueve de los cuarenta y un tripulantes murieron en el naufragio.

El barco estaba cubierto por una bulbosa capa de óxido, corales y esponjas. El hijo del profesor vio una morena asomar por la boca de un cañón de cubierta, convertido ahora en su morada. Sobre el fondo de arena, a escasa distancia del barco, yacía una de las dos locomotoras que el SS Thistlegorm transportaba para la Compañía de Ferrocarriles de Egipto. Era tentadora, pero ya habría tiempo para ella más tarde.

Su compañero llamó su atención mediante señas y apuntó hacia una escotilla. El hijo del profesor asintió. Encendieron las linternas para pasar a las bodegas.

Dentro del barco todo era marrón. Los haces de las linternas iluminaron un pasillo estrecho. Lo que parecían partículas en suspensión resultó ser un cardumen de pececillos del mismo color que el óxido de los mamparos.

La carga del SS Thistlegorm era variopinta: botas de goma, camiones, vehículos blindados, equipos de radio, rifles... En las bodegas el suelo estaba cubierto por una maraña de restos con apariencia de broza amontonada por una riada. Los dos buceadores se movían con cuidado para no revolver los sedimentos. Vieron una hilera de motocicletas Norton apoyadas unas contra las otras, como libros en una estantería. El hijo del profesor manipuló su cámara submarina para fotografiar un pez escorpión posado en uno de los sillines. Su pareja le hizo señas para que siguieran adelante. Recorrieron las bodegas durante un rato y volvieron al exterior a través de uno de los orificios abiertos en el casco por las bombas. Continuaron explorando el carguero y haciendo fotos hasta que los medidores de aire les avisaron de que era momento de regresar.

Ascendieron por el cable guía. Este concluía en una boya y junto a ella estaba la lancha. El guía egipcio los ayudó a subir a la plataforma de popa.

Everything Ok?

El hijo del profesor alzó los pulgares. Su pareja se liberó de la botella, que el guía colocó en el botellero fijado a la borda. Hizo lo mismo con la botella del hijo del profesor.

Something to drink now?

Los dos asintieron.

Se quitaron los trajes de neopreno mientras el guía sacaba unas cervezas de una nevera portátil. Cogió otra para él y se acomodó en el asiento del timonel.

El hijo del profesor y su compañero bebieron mientras comentaban la inmersión. Alrededor de la boya del cable guía había más embarcaciones de buceo. Comieron algo y después se dieron un baño desnudos, sin que les importara que los vieran desde las otras lanchas. El hijo del profesor salió del agua soltando risitas de excitación y entró en la cabina. Su pareja lo siguió. Cerraron la puerta.

El guía no les prestaba atención. No era la primera vez que tenía a bordo a hombres hechos y derechos que jugaban como críos y se hacían arrumacos. Además, le habían pagado sin regatear lo que les había pedido por el alquiler de su lancha, y el instinto le decía que todavía le dejarían una buena propina. Mató el tiempo leyendo un periódico del día anterior hasta que los pasajeros salieron de la cabina y le dijeron que iban a sumergirse otra vez.

The locomotive now?

Asintieron.

En la plataforma de popa el hijo del profesor empezó a enfundarse el traje de neopreno. Su pareja volvió a la cabina.

Voy por mis otras gafas, dijo. Esas me aprietan en la nariz.

De entre las que había en el botellero, el guía escogió una botella llena. Llevaba toda la mañana al sol, con su carga dilatándose por efecto del calor. Esto por sí solo no habría causado lo que sucedió. Pero la botella era vieja y tenía una fisura en la unión del cilindro con el grifo del aire. Cuando el guía la dejó sobre la cubierta con un pequeño golpe, la botella estalló.

En la cabina, la explosión lanzó a la pareja del hijo del profesor contra un mamparo. Se puso en pie aturdido. Una herida le sangraba en la frente y un zumbido agudo se había instalado en sus oídos. Salió tambaleándose a la cubierta, que encontró teñida con la sangre del guía. Había pedazos de este pegados a la borda y otros flotaban en el agua, en el centro de manchas de color rosa. El hijo del profesor estaba también en el agua, adonde había sido proyectado por la explosión. Flotaba inmóvil y bocabajo.

Su pareja se lanzó por él.

Tercera parte: Barracón

Joanes conducía inclinado sobre el volante. El viento y la lluvia azotaban el coche. Dejaron atrás el camino de acceso al hotel y pasaron a la carretera de Los Tigres y la siguieron dejando el pueblo a sus espaldas. Avanzaban despacio por culpa de la casi nula visibilidad y las ramas atravesadas en la carretera.

Atentos, dijo Joanes, el barracón tiene que estar a la izquierda.

En el asiento trasero, la mujer del profesor pegó la nariz a la ventanilla de ese lado pero le fue imposible ver algo. Su marido le pasó la linterna y ella enfocó la cuneta.

¿Lo ve?

Todavía no.

Una silla de jardín arrastrada por el viento salió de la nada y se estampó contra el costado del coche sobresaltando a los tres. Un camisón de alguna vecina de Los Tigres pasó volando ante los faros, hinchado por el viento, con las mangas agitándose enloquecidas.

¡Concéntrate!, dijo el profesor a su mujer. Tiene que estar por aquí.

¿No lo habremos pasado de largo?, preguntó ella.

Nadie contestó.

Un centenar de metros más adelante La mujer gritó:

¡Allí! ¡Allí hay algo!

Joanes frenó en seco y miró hacia donde apuntaba la linterna. Solo vio un camino que partía de la carretera. La luz no penetraba más allá.

¿Será eso?, preguntó la mujer del profesor.

Tendremos que arriesgarnos, respondió Joanes.

Metió el coche en el camino, que era estrecho y estaba plagado de socavones y casi tomado por la vegetación. Avanzó aplastando ramas, rezando para que no se quedaran atascados.

¡Allí!, dijeron los tres a la vez.

Una construcción de una planta. Las ventanas cerradas con tablas. Joanes detuvo el coche frente a la puerta, que estaba cerrada pero a la que el viento hacía temblar contra el marco.

Déjeme la linterna, pidió a la mujer.

Saltó del coche y corrió hacia el barracón, que se alzaba sobre una plataforma de medio metro de alto para aislarlo del suelo. Un par de escalones facilitaban el acceso. En algún momento la puerta había estado protegida por una cerradura, pero esta había sido arrancada hacía mucho. Por el agujero restante alguien había pasado un lazo de cuerda y lo había sujetado a un gancho clavado en la fachada. Joanes liberó el lazo y la puerta se abrió de golpe, empujada por el viento. Echó un breve vistazo adentro y volvió al coche.

Llevaremos a su mujer entre los dos, dijo al profesor. La silla se quedará en el maletero.

Cargaron con la mujer hasta el barracón, chapoteando en la hojarasca empapada.

La dejaron en un somier metálico al que le faltaba una pata, reemplazada por varios ladrillos, y sobre el que había un colchón grisáceo constelado de manchas. Era el único mueble del barracón.

Joanes volvió una vez más al coche por las colchas y el resto de cosas que les había dado el dueño del hotel. A continuación, la primera prioridad fue volver a cerrar la puerta del barracón y conseguir que se mantuviera así. En el lado interior del muro había otro gancho y Joanes pasó por él el lazo de cuerda. La puerta golpeaba con fuerza contra el marco y no parecía que la cuerda fuera a aguantar mucho. En el suelo había varias tablas como las que cubrían las ventanas. Escogió la que le pareció más resistente y apuntaló con ella la puerta. Mientras hacía esto, el profesor lo alumbraba con la linterna. La puerta dejó de tabletear y el ruido del viento quedó atenuado.

Hecho esto, Joanes pudo por fin examinar el lugar donde iban a pasar la noche.

Olía a humedad, a cerrado, a podrido y a algo más, que los tres asociaron, sin poder evitarlo, con excrementos. La mayor de las habitaciones abarcaba casi toda la superficie del barracón y, por sus dimensiones, pensaron que era donde en el pasado se habían alojado los inquilinos para los que la construcción estaba destinada, si es que había llegado a tenerlos. Otra habitación, arrinconada en un extremo, estaba cerrada por una puerta metálica. Joanes empujó esta, que se abrió con un gemido. Se encontró con un espacio vacío, sin ventanas, de unos pocos metros cuadrados. Supuso que en su momento habría estado destinado a servir como oficina o almacén.

En el extremo opuesto del barracón se encontraban los baños. Había tres duchas, otras tantas cabinas para inodoros y un par de lavabos. Las cabinas no tenían puerta y si en algún momento habían dispuesto de inodoros, alguien los había arrancado. Solo quedaban tuberías asomando de la pared y agujeros en el suelo, agujeros que alguien había utilizado hacía no mucho. Por supuesto, no había agua. En un rincón descansaban los restos —pellejo y unos huesos desordenados— de lo que pudo haber sido una zarigüeya. El suelo en todo el barracón era de cemento pulido.

Eso era todo.

Tiradas por el suelo había latas de conservas oxidadas, botellas y otras muestras de basura que evidenciaban que el barracón contaba con huéspedes de paso. Esto inquietó a Joanes, que se aseguró de que la puerta y las ventanas estuvieran bien cerradas. Quien había cegado estas lo había hecho a conciencia. Al menos estarían a salvo de la lluvia.

Ante lo descorazonador del panorama, Joanes prefirió mantener la boca cerrada. No quería hacer más evidentes con sus palabras las deficiencias del lugar. Interpretó una intención similar en el silencio de los demás. La oscuridad y la tormenta aumentaban la impresión negativa producida por el barracón. Joanes se forzó a verlo con otros ojos; a la luz del sol y con el suelo barrido, el sitio no tendría mal aspecto del todo. Las paredes estaban pintadas de color pistacho y en su parte alta, bordeando el techo, alguien bienintencionado aunque poco habilidoso había comenzado a trazar

una cenefa decorativa de enredaderas y pájaros tropicales.

Mientras el profesor sostenía a su mujer, Joanes dio la vuelta al colchón esperando encontrar menos manchas en el otro lado —lo que no sucedió—, y extendió encima una de las colchas.

Ya puede tumbarse, dijo a la mujer.

El profesor la dejó en la cama. Después encendió el farol de queroseno y, cargando con él y su equipaje, fue a los baños a ponerse ropa seca.

Comparada con esto, la habitación del hotel era una suite, dijo ella cuando se quedó a solas con Joanes.

Él retiraba a patadas la basura que había alrededor de la cama. Bajo sus suelas crujía un manto de cochinillas muertas, con los caparzones resecos y hechos una bola. La linterna, posada en el suelo, iluminaba una V de polvo y suciedad por la que se paseaba un ciempiés del color del óxido de hierro. Joanes recordó las crónicas que había leído de los conquistadores, donde se hablaba de moscas que picaban a las personas en la nariz y las orejas, y de que luego estas se infectaban y se hinchaban de forma atroz; y de gusanos que por las noches reptaban sobre quienes dormían y les taladraban párpados y ojos.

Apartó esos pensamientos de su mente.

No esta tan mal, respondió. Me había imaginado una chabola que el viento iría desmontando pieza a pieza. Al menos parece sólido.

Se quitó el impermeable y empezó a secarse con una de las colchas.

Tendríamos que habernos quedado en el hotel, dijo la mujer del profesor. Al precio que fuera.

Él guardó silencio.

¿No se nos caerá un árbol encima?, preguntó ella.

No hace tanto viento.

Cuando el profesor volvió del baño trajo consigo, sosteniéndolo por el asa con un único dedo, un cubo metálico.

He encontrado esto. Alguien lo ha usado para hacer fuego. Podríamos seguir su ejemplo.

Tenía razón. El huracán había hecho descender la temperatura. La mujer, arrebujada en una de las colchas, tiritaba.

¿Aquí dentro?, preguntó ella. ¿No nos ahogaremos con el humo?

Hay demasiadas corrientes de aire, respondió su marido.

Al cubo se le habían practicado perforaciones para que tirara adecuadamente. Estaba negro de hollín y un sedimento oscuro y grumoso cubría el fondo. Joanes y el profesor inspeccionaron la basura del barracón en busca de combustible. Se decidieron por las tablas que había tiradas por el suelo. Las colocaron en diagonal, apoyando un extremo en el suelo y el otro en una pared, y luego las pisaron en su punto medio para partirlas. Repitieron la operación hasta reunir un buen montón de leña.

Joanes puso el cubo cerca de la cama y metió dentro los trozos de madera más pequeños.

Está demasiado húmeda, dijo el profesor. Hará falta algo para que prenda.

En el barracón no había nada adecuado. Joanes abrió su mochila y sacó el cuaderno donde, la noche anterior, había escrito sus notas sobre el recorte de precio en la oferta del hotel. Arrancó unas páginas en blanco, hizo unas pelotas con ellas y las puso en el cubo, debajo de las astillas. Les acercó una cerilla. La madera se resistía. Joanes tuvo que seguir arrancando páginas, hasta que llegó a las que incluían las notas sobre la oferta del hotel. Las arrancó también. Finalmente la madera rompió a arder. Soltó mucho humo y el sedimento del fondo del cubo liberó un tufo acre al derretirse. Pero la hoguera proporcionaba luz y calor. El profesor apagó el farol.

Los tres contemplaron las llamas en silencio.

A pesar del barracón, del huracán y del cansancio, Joanes se sentía satisfecho consigo mismo. Había demostrado firmeza. Estaba seguro de que nadie esperaba que cuando el dueño del hotel le dijo que tenía que irse, él respondería tranquilamente: «Me parece bien». Estaba orgulloso de pasar la noche en aquel lugar, rodeado de vegetación salvaje y bajo un huracán de categoría dos, puede que incluso tres.

Pensó en la llamada telefónica que había esperado durante todo el día. En el barracón, de noche, rodeado por el silbido del viento, aquel le parecía un asunto lejanísimo. Y entonces, mientras observaba el fuego, supo con claridad meridiana que esa llamada nunca iba a producirse, que él nunca suministraría el sistema de aire acondicionado de aquel hotel. Para su sorpresa, eso no le inquietó ni lo más mínimo. Se dijo que su negocio sobreviviría. Y si no era así, tampoco importaba, porque él encontraría la forma de seguir adelante.

Una vez que hubo entrado en calor, se apartó del profesor y de su mujer. Tomó asiento en el suelo, con la espalda apoyada en una pared. Estiró las piernas y cerró los ojos con la intención de dormir un poco.

Se imaginó flotando a la deriva en las aguas del Caribe, sujeto a un madero, el fragmento de alguna embarcación. Estaba agotado, al borde del desfallecimiento. Llevaba horas a merced de las olas y las corrientes. Apenas podía mantener el rostro sobre la superficie.

Entonces aparecía una isla. Estaba muy cerca pero hasta ese momento no había acertado a verla. La corriente lo empujaba hacia ella. Por el aire lo escoltaba una bandada de gaviotas chillonas.

Las olas lo depositaban en una playa desierta. Las piernas apenas soportaban el peso de su cuerpo cuando pisaba la arena. Trastabillaba unos pasos, los justos para alcanzar la sombra de un bosque de cocoteros, donde por fin se permitía derrumbarse y ceder a la fatiga. Los golpes contra la arena de los cocos que se desprendían de los árboles eran los latidos de su sueño. Cangrejos rojos con las pinzas en alto lo rodeaban sin osar tocarlo, como liliputienses asustados.

¿Habéis oído eso?, preguntó la mujer del profesor.

Su marido, sentado junto a ella, la miró con cansancio. Joanes abrió los ojos. No oyeron más que el viento y el susurro de la vegetación.

Se habrá roto alguna rama, dijo el profesor.

No era una rama. Sonaba como algo metálico. Como un tintineo.

Volvieron a escuchar, pero no oyeron nada parecido.

Habrà sido cualquier cosa. El viento arrastrando alguna..., empezó a decir Joanes.

Lo interrumpió un ruido procedente del exterior. En efecto, un tintineo metálico. Sonaba muy cerca. A continuación oyeron una voz masculina y profunda que a gritos ordenaba a alguien que siguiera caminando y lo animaba diciendo que «ya habían llegado».

Un instante después la puerta tembló cuando alguien la empujó desde fuera.

What the fuck!

Siguieron unos golpes que casi tiraron la puerta abajo.

¡Manco! ¡Beluga! ¿Están ustedes ahí?

Dentro nadie abrió la boca. Miraban la puerta con el corazón batiendo en el pecho.

¡Abran la puerta, hijos de la chingada! ¿No ven ustedes que somos nosotros? ¡Nosotros nos vamos a ahogar aquí fuera!

No abras, susurró la mujer a su marido. Si nos quedamos callados se irán.

El profesor chasqueó la lengua.

No se irán. Verán el fuego.

Las llamadas se interrumpieron de golpe. Volvió a oírse el tintineo de antes, rodeando el barracón. Se detuvo frente a una ventana. Quien estaba fuera atisbaba por un resquicio entre las tablas.

¡Veo la luz! ¿Qué les pasa a ustedes? ¿Van ustedes a dejar que yo me ahogue?

El tintineo desanduvo el camino hasta la puerta y los golpes se reanudaron con mayor fuerza. La puerta tembló como a punto de saltar de los goznes. Quien la empujaba cargaba contra ella con todo su peso. A cada golpe le seguía un gemido de dolor. Y siempre el tintineo.

Joanes se puso en pie.

¿Qué hace?, dijo el profesor.

Si la echa abajo estamos jodidos.

¿Vas a dejarlo entrar?, preguntó la mujer del profesor.

Joanes no llegó a responder. Un golpe más violento que los anteriores hizo que la tabla que apuntalaba la puerta se cayera. El lazo de cuerda mantuvo esta cerrada pero permitió que se abriera una rendija a la que alguien asomó la cara para preguntar enfurecido:

¡Manco! ¡Beluga! ¿Qué les pasa a ustedes?

La rendija apuntaba en la dirección contraria a donde estaba el grupo, por lo que este quedaba fuera de la vista del intruso.

Ante la falta de respuesta, el que había aporreado la puerta decidió rematar la labor. Por la rendija asomó la hoja de medio metro de largo de un machete, que empezó a cortar el lazo.

¡Un momento!, gritó Joanes. ¡Espere!

Corrió a la puerta antes de que el rudimentario sistema de cierre quedara inutilizado y el viento y el agua se colaran adentro sin trabas.

Más adelante se preguntaría infinidad de veces por qué lo hizo, por qué no impidió entrar al desconocido. Podría haber pedido ayuda al profesor para mantener la puerta cerrada. Podrían haber dejado claro a gritos que allí había demasiada gente y que no querían a nadie más. Podrían haber colocado más tablas apuntalando la puerta. Podrían haber arrastrado el somier y haberlo colocado contra esta para bloquearla. Podrían haber hecho muchas cosas.

Desenganchó el lazo. El viento abrió la puerta de golpe, empujando a Joanes y haciéndolo caer de espaldas. El barracón se llenó de remolinos de aire y bastó un instante para que la pared frente a la puerta quedara moteada de hojarasca.

El profesor aguardaba en pie y su mujer se había erguido en la cama. Vieron entrar una figura chorreante, de casi dos metros de alto, que dio un par de pasos, los miró uno por uno y gruñó:

Ustedes no son Manco y Beluga. Eso está claro.

Iba cubierto por un poncho impermeable remendado con cinta adhesiva. Los pies los llevaba enfundados en bolsas de basura sujetas por bandas elásticas y se había protegido las piernas con más bolsas, sujetas del mismo modo. Iba todo él burdamente plastificado. A la espalda cargaba una mochila, también forrada con bolsas de basura, con los tirantes acolchados de forma casera mediante trozos de gomaespuma. De la mochila colgaban una sartén, un cazo y otros cachivaches. Aunque no era este el origen del tintineo que lo acompañaba. En una mano sostenía el machete y en la otra un cayado de madera. Guardó el machete en una vaina de cuero que llevaba a la cintura y echó atrás la capucha del poncho.

Era un negro, con el rostro cubierto de profundas arrugas y el pelo y la barba lanosos y grises. Por debajo del poncho asomaba una cadena —esta sí el origen del tintineo— que llevaba atada a la cintura. El otro extremo concluía en el collar de un chimpancé que entró trotando en el barracón. El mono se alejó de la puerta todo lo que la cadena le permitía, en busca de suelo seco. Una vez allí se encogió en cuclillas y al igual que su amo contempló a Joanes, al profesor y a la mujer de este.

Buenas noches, dijo el negro.

Un oscuro acento del sur de Estados Unidos enturbiaba sus palabras.

Antes de que ni Joanes ni ninguno de los otros reaccionara, cerró la puerta y, sosteniéndola con el hombro, la aseguró mediante el lazo. Adivinó la función de la tabla caída en el suelo y volvió a apuntalar la puerta con ella. Luego miró a su alrededor mientras se escurría la barba.

¿La señora está bien?

Está bien, respondió su marido.

Sí, está bien. Pero no puede caminar, añadió Joanes.

El negro rumió esta información, tras lo que se limitó a asentir como si ya lo comprendiera todo. Después pareció olvidarse de ellos. Dejó su cayado contra la pared y, con parsimonia, procedió a desprenderse de la mochila y sacarse el poncho. Retiró de la mochila el recubrimiento de bolsas de plástico. Se quitó también las bolsas con que llevaba forradas las piernas y las que le cubrían los pies. Arrastrando tras de sí la cadena del mono, llevó el poncho y las bolsas al cuarto de baño. Cuando regresó, cogió su mochila y el cayado y, con el chimpancé trotando tras él, recorrió el barracón en busca de un rincón seco y aceptablemente limpio.

Joanes se había reunido con los demás junto al fuego, desde donde no perdía detalle de lo que hacían el recién llegado y su mascota.

Bajo el poncho y las bolsas de plástico el negro llevaba unos pantalones tejanos, una camiseta y una cazadora también tejana. Las prendas estaban tan sucias que habían adoptado una tonalidad parduzca. Calzaba unas pesadas botas de trabajo. Llevaba los pantalones sujetos a la cintura por una cuerda y a ella iba enganchada la vaina del machete, de la que se desprendió antes de desplomarse en el suelo con un suspiro. Apoyó la espalda en la pared y cerró los ojos. El mono se plantó frente a él de un salto. Al arrastrarse, la cadena barría la basura repartida por el suelo. El chimpancé se sentó, atento a lo que hiciera su amo. De cuando en cuando se rascaba la nariz o dirigía un vistazo por encima del hombro a los demás. Estaba empapado y el agua que se le escurría del pelo formó un charco.

No me he olvidado de ti, mi amigo, dijo el negro abriendo los ojos.

Sacó de la mochila una toalla muy gastada y empezó a secar al mono meticulosamente. Este se acomodó entre las piernas de su amo y cerró los ojos.

Levanta el brazo, dijo el negro. Levántalo, repitió y él mismo levantó el brazo izquierdo a modo de ejemplo.

El chimpancé lo imitó para que su amo pudiera secarlo bien. Después repitieron la operación con el otro brazo. Mientras frotaba con la toalla el negro decía:

Tranquilo. Hoy nos ha llovido todo el cielo por encima a ti y a mí. ¿Verdad que sí, mi amigo?

Cuando terminó con el mono, usó la misma toalla para secarse él la cara y luego se la pasó por la barba y el cuello. La plegó y volvió a guardarla. Rebuscó en la mochila y sacó una bolsa de plástico, de la que a su vez sacó una cebolla. Empleando el machete la peló y la partió por la mitad. El grupo reunido en torno al fuego tuvo entonces oportunidad de ver bien el arma. Donde no tenía mellas, la hoja del machete estaba perfectamente afilada. El mango era de madera y había sido reforzado con varias vueltas de cuerda.

Al ver a su amo sacar la cebolla, el chimpancé se había puesto a dar saltitos en el sitio, lanzando unos chillidos ansiosos.

Tú ya sabes que esto es para ti. Claro que es para ti. *Come here.*

El chimpancé obedeció, volviendo a situarse en cuclillas entre las piernas de su amo, con la espalda apoyada en el pecho de este. El negro guardó una de las mitades de la cebolla y con la otra procedió a masajear al mono, frotándolo con la parte del corte. Este se dejó hacer gustoso, con los ojos entrecerrados, oscilando lentamente la cabeza. Al poco rato el negro empezó a canturrear en inglés con voz profunda.

¿Por qué le hace eso?, quiso saber la mujer del profesor.

No lo molestes, dijo su marido.

Pero ella repitió la pregunta. El negro había dejado de cantar.

La señora no me molesta a mí, dijo sin interrumpir el masaje. Se lo hago porque a él le relaja. Y después de lo que él ha pasado hoy él necesita relajarse. Mi buen amigo ya no está para estos trotes. ¿Verdad, mi amigo?

El chimpancé estaba en efecto muy relajado. Había ido encorvándose hasta quedar con la barbilla apoyada en el pecho y parecía a punto de dormirse. Sus manos descansaban sobre las rodillas con las palmas hacia arriba, permitiendo apreciar lo larguísimos que tenía los dedos.

Los confundí a ustedes con Manco y Beluga, dos amigos nuestros que a veces vienen por aquí.

¿Cómo se llama su mono?, preguntó la mujer del profesor.

Gagarin. Como el astronauta.

Gagarin, repitió ella.

Eso es. Le pusieron el nombre en el circo. Al principio a él no le gustaba. Y a mí tampoco me gustaba. Pero los dos ya nos hemos acostumbrado. ¿No es cierto, Gagarin?

El chimpancé le dedicó una mirada adormilada y volvió a cerrar los ojos.

¿Trabajaban en un circo? ¿Qué hacían?, quiso saber ella.

Eso fue hace mucho tiempo, señora, dijo el negro. Gagarin hacía lo que hacen los monos. Yo limpiaba y hacía un poco de todo.

¿Actuaba? ¿Sabe usted hacer algo?

Cariño..., dijo el profesor. No molestes.

El negro se rio resoplando de forma entrecortada por la nariz; un tipo de risa que fácilmente podría confundirse con suspiros de fastidio. Dejó de frotar al chimpancé y le ofreció la media cebolla.

Toma, mi amigo.

Gagarin abrió los ojos, la cogió despacio y le dio un mordisco. Tenía unos colmillos amarillos y enormes. Lo oyeron masticar.

No, señora, yo no actuaba. Yo no habría sabido qué hacer.

¿Cuidaba usted de Gagarin?

Eso sí. A mí me gustaba mucho cuidar de él. Nosotros nos hicimos muy amigos.

¿Lo frotaba con cebollas?

El negro volvió a reír.

¿Tú oyes, Gagarin? La amable señora me pregunta a mí si yo te frotaba. No. Eso

yo lo aprendí luego.

¿Se escaparon los dos del circo?

La respuesta tardó tanto en llegar que todos pensaron que no iba a hacerlo. El negro acarició al chimpancé mientras este terminaba de devorar la media cebolla.

Aquellos hijos de la chingada nos dijeron a nosotros que ellos no ganaban dinero bastante y que ellos iban a vender los animales. Y entonces nosotros nos fuimos.

Gagarin parece muy cansado.

Él lo está, señora. Gagarin es muy viejo y hoy los dos hemos caminado mucho.

Al igual que la de su amo, la cara del mono estaba recorrida por arrugas. Todas trazaban líneas descendentes, como si el rostro se le estuviera viniendo abajo, desprendiéndose de puro cansancio. Tenía los ojos húmedos.

Y parece muy triste, añadió la mujer del profesor.

El negro asintió despacio.

Tiene usted razón. Él y yo estamos muy tristes. ¿No es así mi amigo?

¿Por qué están tristes?, intervino Joanes.

Gagarin ha perdido a su chica. Ella se escapó hace tres días. Los dos la estamos buscando desde entonces.

Joanes no mostró sorpresa. Hacía rato que se había fijado en que el collar de Gagarin era idéntico al del chimpancé que él había atropellado.

¿Cómo se escapó?

Lolita era muy lista. Y un poco mala también. Ella aprendió a soltar su cadena.

El negro se interrumpió y dio unas palmaditas en la espalda de su mascota.

Perdona, Gagarin. *I mean* ella es muy lista.

El mono miraba al vacío con lo que todos interpretaron como una expresión de añoranza.

¿Debemos entender que esa tal Lolita es también un chimpancé?, preguntó el profesor.

Eso es correcto, respondió el negro.

Y después preguntó:

¿A ustedes, amigos, les importa si yo uso su fuego?

No. Supongo que no, respondió Joanes.

Entre los cachivaches que colgaban de su mochila, el negro seleccionó una parrilla metálica provista de cuatro patas e incrustada de grasa. Cogió también un cazo, que llenó con agua del bidón de plástico que empleaba como cantimplora. Luego hurgó en la mochila y sacó un envase de sopa en polvo. Cargado con todo ello se arrimó al fuego. Lo avivó con más leña, colocó la parrilla sobre las llamas y el cazo sobre aquella y se sentó a esperar a que hirviera el agua. El chimpancé se quedó donde estaba, cabeceando después del masaje y la frugal cena, unidos los dos por la cadena.

Joanes observaba al negro. Este era un anciano, o casi. Podía tener cualquier edad entre los cincuenta y los setenta. Su estropeado aspecto dificultaba el cálculo. Su cara

no solo estaba marcada por arrugas; también tenía arañazos recientes y cicatrices y picaduras de mosquito infectadas. Unas amplias bolsas grises le colgaban bajo los ojos. Miraba el fuego con intensidad. Se diría que podría haber permanecido callado el resto de la noche y que eso no le habría molestado en absoluto.

¿Qué hacen ustedes?, le preguntó la mujer del profesor. ¿Qué hace usted con sus amigos los monos?

Yo no entiendo, señora.

Quiere decir, intervino Joanes, que a qué se dedican. Cómo se ganan la vida.

Nosotros hacemos algún *show* para los turistas. Cosas que nosotros aprendimos en el circo. Así nosotros ganamos algo de dinero.

Joanes miró al chimpancé, que dormitaba tendido en el suelo con las piernas encogidas. Al igual que el mono que él había atropellado, este había perdido el pelo en varias partes del cuerpo y en otras se le había vuelto canoso. Ofrecía una triste estampa. Viejo y cansado. Se le marcaban las costillas. Joanes no se lo imaginaba ataviado con un tutú o un gorro de payaso, trepando a las farolas y haciendo cabriolas para diversión de los turistas, que después podrían hacerse una foto de recuerdo con él a cambio de unos pesos.

Por el contrario, sí se lo imaginaba vagabundear por los caminos de Yucatán junto a su difunta compañera y su amo. Los dos monos unidos a este por sendas cadenas. Caminando por delante de él, remolcándolo si estaba cansado, atentos a cualquier rastro de algo que llevarse a la boca. Y si encontraban algo, por muy hambrientos que estuvieran, los monos debían cedérselo a su amo, que decidía entre comerlo él o dejárselo a ellos. Y más les valía actuar así, porque no hacía falta mucha imaginación para adivinar que el cayado del negro no era solo un útil de apoyo sino también un doloroso instrumento de castigo.

Vio también a los chimpancés forzados a robar para su amo, colándose en las casas a través de las ventanas y arramblando con lo que pudieran. Y los imaginó buscando larvas y gusanos debajo de troncos caídos y de piedras, por las noches, mientras su amo dormía, e introduciendo palitos en agujeros de hormigueros y llevándose las capturas a la boca. Y se los imaginó también abrazados uno al otro para prestarse calor y consuelo, tratando de no hacer ruido con las cadenas para que el amo no se despertara y la emprendiera a golpes con ellos.

¿De dónde es usted?, preguntó el profesor. ¿Mississippi? ¿Louisiana?

El negro le dedicó una mirada prolongada e inexpresiva.

Tuscaloosa, Alabama, respondió con una explosión de acento.

¿Y desde cuándo vive en México?

Toda una vida, mi amigo.

Tras dejar pasar unos segundos para que quedara claro que apreciaba la hondura de esta respuesta, el profesor continuó su interrogatorio:

¿Y usted y sus... socios suelen trabajar por esta zona?

En la costa. Donde están los turistas.

¿También en invierno?

Aquí siempre hay turistas.

Entiendo. Menos durante los huracanes, ¿verdad?, dijo el profesor señalando las ventanas cegadas con tablas, tras las que el viento no dejaba de soplar. Entonces los turistas se van. Nos vamos. Como ya habrá usted imaginado.

Imaginado, ¿qué?

Que somos turistas.

Sí. Yo lo había imaginado.

¿No quiere saber por qué estamos aquí?

Eso no es asunto mío.

El agua del cazo había roto a hervir y el negro vertió la sopa en polvo. Sacó una cuchara de un bolsillo. La frotó con el borde de su camiseta y revolvió la mezcla para deshacer los grumos. Después cogió el cazo con la mano desnuda y aunque debía de estar muy caliente no dio muestras de sentir dolor. Sopló la triste sopa y tomó un sorbo. Sus arrugas parecieron suavizarse.

Supongo que usted también está aquí por el huracán, dijo el profesor.

El negro lo miró por encima del cazo, del que sorbía ruidosamente.

Esto son solo unas gotas. Wilma sí fue un huracán. Y Dean también. Esto...

Hizo un gesto con la mano, como si algo sin importancia se alejara flotando por el aire.

Entiendo, dijo el profesor. Pero estas cuatro gotas les han hecho aplazar la búsqueda de su socia.

El negro dijo que sí mientras revolvía con la cuchara lo que quedaba de sopa.

¿Dónde pasó? ¿Dónde la perdieron?

En Tulum.

Vaya... ¡Qué casualidad! Nosotros también venimos de esa zona, más o menos. Nuestros hoteles, dijo el profesor, estaban en Cancún.

Hizo una pausa para que la información calara. Luego añadió:

¿Cuánto tiempo hace que usted y los chimpancés están juntos?

¿Por qué quiere usted saberlo?

El profesor se encogió de hombros.

Es la primera vez que conozco a alguien como usted.

¿Un negro?

La expresión del profesor no se alteró un ápice.

Un empleado de circo que recorre México en compañía de dos chimpancés.

El negro apuró la sopa. Dejó el cazo a un lado, volvió a frotar la cuchara con la camiseta y se la guardó en el bolsillo.

Mucho tiempo. Años.

Entonces habrán sentido mucho la pérdida de su compañera.

Para retirar la parrilla, el negro se mojó el índice y el pulgar con saliva y empleando esos dos dedos la apartó del fuego con un ágil movimiento.

Por supuesto. Nosotros lo hemos sentido. Mañana volvemos a la costa a buscarla.
¿Mañana? ¿Para entonces ya habrán parado estas cuatro gotas?

Mañana. Pasado mañana. Cuando se pueda, nosotros volvemos. Y ahora, si ustedes me disculpan, yo estoy un poco cansado.

Un coro de asentimientos acompañó al negro mientras se levantaba. Cogió el cazo y empujó la parrilla con el pie hasta dejarla junto a la mochila. Todos miraron cómo desplegaba una colchoneta de goma y encima de esta un saco de dormir remendado. Vestido, sin quitarse las botas ni desatarse la cadena del chimpancé, se tumbó sobre el saco. Antes de dormir se aseguró de que todas sus pertenencias quedaran al alcance de su mano, en especial el cayado y el machete. El movimiento hizo revolverse al mono.

Good night, Gagarin. Sleep well.

El profesor se inclinó hacia Joanes.

Hablemos, dijo con un susurro. En esa otra habitación.

Suelte lo que quiera decir.

Mejor en privado.

Diga qué es lo que quiere, insistió Joanes.

El profesor miró al negro y al chimpancé. Se los señaló con la mirada.

¿Aquí? ¿Está usted seguro?

Un instante después Joanes cogía la linterna.

No tardéis, dijo la mujer.

Seguido por el profesor, Joanes se dirigió al cuarto contiguo. Abrió la puerta metálica procurando que chirriara lo menos posible. Cuando estuvieron dentro volvió a cerrarla. Se quedaron en pie, uno frente al otro, en el centro del pequeño cuarto. Joanes sostenía baja la linterna; los rostros de ambos quedaban cubiertos de sombras.

¿Y bien?

Comprendo que nuestra situación no ha mejorado precisamente respecto a como estaba hace unas horas. Ahora su teléfono le es más necesario que nunca, por si necesita ayuda para salir de este lugar.

Creía que eso había quedado claro.

Muy claro. Pero sigo necesitando saber qué le ha pasado a mi hijo, de forma urgente, afirmó el profesor, y subrayó sus palabras haciendo con la mano un gesto como de hachazo. Debe comprenderlo. Si hay algo en mí que no le gusta, si le he ofendido de algún modo, si no le caigo bien, piense entonces en mi esposa. Trate de imaginar la angustia que sufre.

Joanes no dijo palabra, limitándose a observarlo con desprecio, así que el profesor tomó aire y prosiguió.

Es mejor que resolvamos esto hablando. Usted y yo. Entre nosotros. Es mucho mejor.

Ya está resuelto. No hay nada de lo que hablar.

No, dijo el profesor con firmeza. No está resuelto. En absoluto. ¿Cómo puede pensar eso? Quiero ese teléfono. Lo necesito sin más retrasos, dijo tendiendo la mano para que se lo entregara.

Joanes soltó una carcajada.

Lo necesito, insistió el profesor. A mi hijo le ha pasado algo grave. Tengo un mal presentimiento.

¿Un presentimiento?, repitió Joanes. ¿Un presentimiento? Eso no es propio de alguien como usted, tan pragmático, dijo dándose unos golpecitos en la sien con el índice. Pragmatismo, eso es lo que siempre nos inculcaba en sus clases, ¿lo recuerda? Por supuesto que lo recuerda. Pragmatismo, dijo imitando la voz, tratando de imitar al profesor. Igual que Alan Turing, el matemático pragmático. Buen libro. Muy interesante. Aunque de contenido un tanto sesgado, ¿no le parece? Pero sin embargo muy revelador. Eso sin duda. Revelador en muchos sentidos. No solo acerca del

pobre Turing. Ya sabe a lo que me refiero.

El profesor escuchaba con gesto pétreo. Cuando respondió, lo hizo como si las palabras de Joanes lo hubieran atravesado sin dejar huella o como si ni siquiera las hubiera oído.

¿Cómo cree que reaccionaría ese hombre de ahí fuera si supiera que usted mató al mono que busca?

No lo meta en esto. Este asunto es entre nosotros dos.

¿Entre usted y yo?, preguntó el profesor alzando el tono. ¡Por supuesto que no! Hay más personas implicadas. Para empezar, las que aguardan en la otra habitación.

No se atreverá, repitió Joanes.

Deme el teléfono. Ese negro de ahí fuera puede ser peligroso. ¿No ha visto el machete?

Olvídelo.

El profesor salió del cuarto y Joanes fue tras él.

¡Eh, amigo!, dijo el profesor avanzando decidido hacia el negro. ¿Está usted despierto?

El primero en reaccionar fue el chimpancé, que se puso en pie de un salto y aguardó con los brazos colgando a los lados del cuerpo y las piernas arqueadas, como un pistolero del lejano Oeste preparado para un duelo. El negro abrió los ojos y con un movimiento reflejo cogió el machete.

Usted no me toque, dijo.

El profesor se detuvo en seco.

Tranquilo, no pienso tocarlo. Solo quiero decirle algo que le interesará.

Con la mano libre el negro agarró la cadena que lo unía al mono y tiró de ella para tensarla y mantener controlado a Gagarin. Sin soltarla, se incorporó hasta quedar sentado con la espalda apoyada en la pared.

¿Qué tiene usted que decirme?

¿Ve a ese hombre?, preguntó el profesor señalando a su exalumno. ¿Lo ve?

El negro asintió. La mujer, desde la cama, preguntaba:

¿Qué pasa? ¿Qué pasa?

Ese hombre, continuó el profesor, conducía antes de ayer por la carretera de la costa, la que pasa por Tulum. Allí es donde perdió usted a su animal, a la hembra. ¿No es cierto? Bien, pues ese hombre circulaba a la altura de Tulum cuando un mono, un chimpancé, salió a la carretera. Y él lo atropelló con su coche. No lo mató en el acto, pero lo dejó malherido. ¿Y sabe lo que hizo él después? ¿O, mejor dicho, lo que no hizo? No pidió ayuda a nadie. ¡A nadie! Se quedó allí mirando cómo el pobre animal dejaba de respirar. Y luego subió a su coche y siguió adelante como si nada.

Mientras el profesor hablaba, el negro fue poniéndose en pie, sin soltar la cadena del mono ni el machete.

No pasó así exactamente, dijo Joanes con voz tensa. No me quedé mirando cómo...

El profesor lo interrumpió con una carcajada victoriosa.

¿Lo ve? Él mismo lo reconoce. Atropelló a su mono.

Fue un accidente. Yo no tuve ninguna culpa.

¡Pero lo reconoce!

Atropellé a un mono. No sabemos si era el de este hombre.

¿Cuántos chimpancés perdidos podía haber ese día en la zona?, preguntó el profesor.

La mirada del negro saltaba de uno al otro. Tensó un poco más la cadena y Gagarin retrocedió un paso. Contagiado por la tensión, el chimpancé soltó un chillido y se puso a flexionar las piernas una y otra vez y a mostrar los dientes.

Era su mono, siguió el profesor. ¿Cómo lo ha llamado antes? Lolita. Él la mató. No hay duda de que era ella. Llevaba una pulsera en la muñeca. Una baratija de plástico. ¿Lolita llevaba una pulsera así?

Los demás aguardaron la respuesta en tensión.

Sí, dijo el negro. Una pulsera rosa y azul. Le gustaba mucho a ella.

Y añadió como hablando para sí mismo:

Yo se la regalé.

¡Esa misma!, exclamó el profesor.

Un momento, dijo Joanes. Déjeme que se lo explique. El mono se lanzó a la carretera. Fue todo muy rápido. Yo no tuve tiempo de...

¡Cállese!, gritó entonces el negro, y todos guardaron silencio.

Luego apuntó al profesor con el machete y preguntó:

¿Por qué usted me cuenta a mí eso?

El profesor se irguió en una pose de orgullo herido.

Porque me ha parecido que debía usted saberlo. Desde que mató a su mono él va contándoselo a todo el mundo, jactándose de ello, presumiendo. Como si fuera algo de lo que...

Sin dejar que el profesor terminara de hablar, el negro señaló a Joanes con el machete y dijo algo que nadie alcanzó a entender, una única palabra, o algo parecido a una palabra, una serie de chasquidos producidos con la lengua. Soltó la cadena y Gagarin se lanzó sobre Joanes.

Este apenas pudo alzar los brazos para protegerse la cara. El chimpancé lo golpeó al mismo tiempo con pies y manos. En un instante hombre y animal quedaron transformados en una masa de miembros que se derrumbó y golpeó el suelo con un gemido y el silbido de unos pulmones que se vaciaban de aire. Gagarin se instaló sobre el estómago de Joanes. Puños como martillos se estrellaban contra el rostro del hombre.

La mujer del profesor empezó a chillar. Suplicaba que pararan aquello. Se lo pedía a todos. Su marido tuvo que sostenerla para que no se cayera de la cama, de la que parecía a punto de salir arrastrándose para buscar refugio en algún rincón. Mientras luchaba por inmovilizarla, el profesor, igualmente horrorizado por la furia

del mono, contemplaba el combate entre este y su exalumno.

Un puño del animal se hundió en la nariz de Joanes y todos oyeron un chasquido como de una rama que se partiera. Joanes respondió con un puñetazo. Más por suerte que por pretenderlo, alcanzó de lleno el estómago del mono. Este se encogió. El descanso ni siquiera fue breve. El chimpancé se puso a saltar sobre los testículos de Joanes.

También el negro contemplaba la lucha con ojos desorbitados, sobrepasado por la ira del animal. No había esperado una reacción semejante. La mano con que sostenía la cadena le temblaba. Parecía como si el chimpancé diera rienda suelta a la rabia acumulada durante años.

¡Párelo!, gritó el profesor. ¡Haga que pare! ¿No ve que lo va a matar?

El negro, que parecía hipnotizado, no respondió.

¡Párelo!, repitió el profesor. ¡Ya es suficiente! ¿Está usted loco?

Mediante puñetazos y patadas, Joanes consiguió quitarse al chimpancé de encima. El animal tomó carrerilla y volvió a saltar sobre él. Pero en esta ocasión no lo golpeó, sino que hundió los colmillos en la mano izquierda de Joanes y sacudió la cabeza como si quisiera arrancársela.

¡Por favor, por favor!, suplicó la mujer. ¡Haga que pare! ¡Le daremos lo que quiera! ¡Pero haga que lo suelte!

¡Sujete a ese maldito bicho!, se sumó el profesor.

Stop, Gagarin!

Pero el mono estaba fuera de sí y no atendió la orden.

Stop, Gagarin!, repitió el negro. Le temblaba la voz.

El chimpancé no le obedeció, así que tuvo que meterse el machete en la cuerda que usaba como cinturón y tirar de la cadena con ambas manos para separarlo de Joanes.

Gagarin se resistió, pero al fin empezó a retroceder, aferrando todavía la mano de Joanes con los dientes. Este lanzó un alarido. Su mano y la boca del mono quedaron unidas por algo parecido a filamentos de chicle. Después el mono se separó de él por completo, llevándose dos de sus dedos entre las fauces.

Come here, come here!, decía asustado el negro, cobrando la cadena.

Por el camino el chimpancé dejó caer uno de los dedos, el meñique. El negro lo increpó en inglés y lo amenazó con el puño y el mono lo miró de reojo y se sentó a sus pies royendo el otro dedo, el anular, como si fuera una barra de caramelo. Volvía a estar tan calmado como cuando llegó al barracón, como si una vez cobrado su tributo toda su furia se hubiera disipado. O como si lo sucedido no hubiera sido más que una breve exhibición para que todos supieran de lo que era capaz. La indiferencia con que los miraba, incluido a su amo, casi resultaba jactanciosa.

En el suelo, Joanes se apretaba la mano contra el pecho. La mano y la nariz, que tenía rota y doblada en un ángulo extraño, le sangraban en abundancia. Por un instante puso los ojos en blanco, como si fuera a desmayarse.

Dios mío, Dios mío, Dios mío, repetía la mujer.

El negro seguía riñendo al mono. Con la espalda encorvada en gesto de súplica se acercó a Joanes para pedirle perdón y decirle que él no quería eso, sino solo asustarlo un poco, un poco nada más, que lo sentía mucho, que no sabía por qué Gagarin había hecho aquello. Estaba tan asustado que parecía a punto de echarse a llorar. Luego pidió disculpas a la mujer del profesor y dijo que Gagarin no era así, que él no hacía daño a la gente.

No pudo terminar de hablar. El profesor, que mientras tanto había cogido el cayado, se le acercó por detrás y le golpeó con él en la cabeza.

¡Cállate, viejo!

El negro cayó de rodillas. Sin saber lo que había pasado, inició el gesto de llevarse una mano a la cabeza. Miró a su chimpancé pero este siguió a lo suyo, impasible. El profesor volvió a golpearlo y el negro se desplomó, quedando inmóvil.

Tanto Joanes como la mujer del profesor observaron la escena paralizados.

¿Por qué has hecho eso?, preguntó ella a su marido. Se estaba disculpando.

No me fío de él.

El chimpancé, sosteniendo todavía un dedo de Joanes, contemplaba a su amo inconsciente. Sin soltar el cayado, el profesor se volvió hacia el animal, pero este se limitó a rascarse una axila y luego se alejó todo lo que le permitía la cadena para seguir devorando tranquilamente el dedo.

El profesor se agachó junto al negro para quitarle el machete. A continuación abrió la mochila de este y, con una mueca de desagrado, rebuscó entre su contenido hasta encontrar una camisa. La rasgó en dos. Uno de los jirones lo empleó para atarle al negro las manos a la espalda. Con el otro lo amordazó. Previamente hizo un doble nudo en el centro del jirón, de forma que le quedara al negro entre los dientes.

Así no podrá dar al mono otra de esas órdenes, explicó.

Actuaba con seguridad y eficacia, como si elaborar ataduras y mordazas estuviera entre sus actividades cotidianas. Después retrocedió hasta la cama, donde se sentó dejándose caer. Su mujer se apartó para hacerle sitio.

¿Estás bien?, preguntó ella.

Él asintió enjugándose el sudor de la frente. Soltó el cayado y, aturdido, miró el machete como si no supiera lo que era. Lo dejó sobre la cama. Luego se frotó una y otra vez las palmas de las manos contra los pantalones.

¿Seguro que estás bien, cariño?, insistió la mujer.

En lugar de responder, el profesor preguntó a Joanes:

¿En esa mochila suya lleva un botiquín?

Joanes asintió. Arrastrando los pies el profesor fue por la mochila. Encendió la linterna para disponer de más luz. Sacó el botiquín y examinó su contenido. Después arrastró a Joanes hasta dejarlo con la espalda apoyada en una pared.

Primero la mano, dijo.

Se la limpió con agua, la desinfectó y, a falta de algo mejor, cauterizó la base de

los dedos arrancados usando bastoncillos de nitrato de plata. Trabajaba con el mismo cuidado que pondría en curar a su hijo. Joanes se dejó hacer. El profesor le vendó la mano y le confeccionó un cabestrillo. Después se ocupó de los golpes en la cara.

Habrá que enderezar esa nariz.

Pero cuando iba a hacerlo, Joanes retrocedió diciendo:

No, no...

Es mejor que lo hagamos ahora.

No quiero.

Como prefiera. Es su nariz.

La cura dejó el botiquín casi vacío. Cuando terminó, el profesor se puso en pie con un gemido. El negro seguía inconsciente y el mono no les prestaba atención. Joanes contemplaba su dedo meñique. Verlo en el suelo, entre la basura, le hizo sentir un tipo de lástima hacia sí mismo que nunca había sufrido. Solo se oía el silbido del viento.

El profesor devolvió el botiquín a la mochila. A continuación sacó de esta el teléfono vía satélite.

¡Deje eso!, exclamó Joanes.

Intentó ponerse en pie pero el dolor se lo impidió.

Solo será un momento, dijo el profesor. Es mejor que no se mueva.

Con dedos temblorosos marcó un número y quedó a la escucha.

Hay línea. Está sonando, informó a su mujer.

Ella se había erguido y aguardaba con una mano apoyada en el pecho. Estaba tan pálida como si se hubiera quedado sin sangre.

Los tonos de llamada se prolongaron durante un intervalo interminable. Luego el profesor sufrió algo parecido a un espasmo cuando alguien contestó por fin. Presionó el aparato contra la oreja mientras se tapaba la otra para aislarse del ruido de la tormenta. Ansioso, repitió varias veces un nombre, el de la pareja de su hijo.

¿Eres tú? Te oigo mal, muy mal... ¿Sí? ¿Eres tú?

El profesor dijo quién era él y sin más preámbulos preguntó cómo estaba su hijo. Repitió la pregunta espaciando las palabras para que quedara bien clara. Luego hubo un silencio.

Entonces, ¿él está bien?, preguntó con voz tensa.

Otro silencio.

Lo que quieres decir es que va a ponerse bien.

Otra pausa. Luego, mirando a su mujer con una gran sonrisa, dijo:

Está fuera de peligro.

Muy despacio, ella volvió a tumbarse y cerró los ojos.

El profesor siguió hablando un rato, recabando detalles sobre lo ocurrido: la explosión de una botella de aire durante una excursión de buceo; el guía había muerto; varias embarcaciones próximas lo habían presenciado todo y alguien había solicitado ayuda por radio; un helicóptero no tardó en llegar para evacuar al hijo del

profesor y a su pareja. Cada nueva pieza de información era repetida por el profesor para conocimiento de su mujer.

Sí, claro que vamos a ir, dijo. Pero todavía no sabemos cuándo. Seguimos en México, bloqueados por el huracán. Sí... Bien... Bien... Te lo agradezco mucho. Por favor, no lo pierdas de vista... No. Ahora no hay ningún número al que puedas llamarme, pero yo me pondré en contacto contigo lo antes posible... ¿Sí? ¿Hola? ¿Me oyes? ¿Sigues ahí?

Consultó la pantalla del teléfono. Cortó la conexión.

Batería agotada, dijo.

Volvió junto a su mujer. Por el camino dejó caer el teléfono en la mochila de Joanes. Los ancianos se abrazaron.

Gracias a Dios, gracias a Dios, decían.

Unos momentos después el profesor se separó lentamente de ella. Tambaleándose y evitando las miradas tanto de Joanes como de su mujer, se dirigió al cuarto contiguo. Cerró la puerta tras él.

La mujer del profesor hurgó en su bolsa de viaje y sacó un espejito en el que comprobó su aspecto. Suspiró. Después cogió un cepillo y se lo pasó con calma por el pelo, sin dejar de mirarse en el espejo. Actuaba como si estuviera en su propia cama, en su propia habitación, y como si hubiera olvidado todo lo sucedido esa noche. Su rostro había recuperado el color. Casi parecía que fuera a ponerse en pie y empezar a caminar por el barracón.

Me fumaría un cigarrillo, dijo ella. Tú no tendrás uno, ¿verdad?

Joanes negó con la cabeza.

Es una lástima.

¿Qué hace su marido ahí dentro?

Está llorando.

Joanes miró sorprendido hacia la puerta del otro cuarto, tras la que no se oía nada.

Siento lo que te ha pasado, dijo ella, pero era necesario. Tú habrías hecho lo mismo, o algo peor, si te hubieras encontrado en nuestra situación. Ahora estás enfadado, lo que es lógico, aunque con el tiempo olvidarás todo esto. Es mejor que te esfuerces en olvidarlo. Pronto pasará la tormenta y ese negro horrible y su mono se irán. Entonces nosotros prepararemos una historia que contar, una historia en la que todos salgamos bien parados. Diremos que el negro intentó robarnos y que tú nos defendiste. Luego te reunirás con tu familia y nosotros iremos en busca de nuestro hijo. Todos volveremos a nuestras vidas de siempre.

No estoy enfadado. Estoy furioso.

Ella asintió comprensivamente.

Se te pasará. No intentes enfrentarte a mi marido. Él sabe manejar las cosas, como has podido comprobar. Esa furia que sientes no es suficiente. No te ha cambiado. Sigues siendo el mismo de antes.

Joanes intentó ponerse en pie, pero el dolor lo obligó a sentarse de nuevo. Respiró hondo, tomando fuerzas para un segundo intento. Esta vez sí lo consiguió. Dio unos pasos vacilantes. Lo primero que hizo fue agacharse a recoger su dedo meñique del suelo. Lo miró un instante y se lo guardó en un bolsillo. Después se acercó a la cama, cogió el machete de donde lo había dejado el profesor y se lo metió en el cinturón. Fue hacia el negro.

¿Qué haces?, preguntó ella.

Ver si está bien.

El negro seguía inconsciente. Joanes cogió una de las botellas de agua y le derramó un poco de líquido sobre el rostro. Esperó y luego le derramó un poco más, sobre el rostro y el cuello. El negro gimió. Abrió los ojos y volvió a cerrarlos.

¿Cómo se encuentra?, preguntó Joanes.

El negro intentó moverse pero descubrió que estaba atado. No emitió más que un gemido, imposibilitado para hablar por la mordaza. Joanes tuvo entonces la impresión de que era más viejo incluso de lo que le había parecido antes.

¿Puede oírme?

El negro asintió.

Cuando usted está con su mono y no quiere que él se le acerque, ¿cómo lo consigue?

El negro abrió mucho los ojos y giró la cabeza buscando a Gagarin. Se tranquilizó cuando lo vio sano y salvo. El chimpancé, con los restos del anular de Joanes aún en la mano, se sacaba cosas de entre la piel cogiéndolas con la punta de los dedos, las miraba y algunas se las llevaba a la boca.

¿Cómo hace para que no se le acerque?, insistió.

¿Por qué le pregunta eso?, preguntó la mujer.

¿No ha visto lo que me ha hecho ese animal? Quiero saber cómo tenerlo controlado.

Y dirigiéndose al negro añadió:

No se preocupe. No es mi intención hacerle daño.

El negro señaló el cayado con el mentón.

¿El cayado? ¿Eso es lo que usa?

Un nuevo asentimiento.

Joanes cogió el cayado y lo examinó. Era grueso y pesado. Estaba adornado con tallas geométricas que le daban aspecto de arma ritual, de instrumento de sacrificios. Fijada en su extremo superior disponía de una argolla, y en el inferior de una alcayata.

Bien, murmuró, y procedió a soltar la cadena de la cintura del negro.

Después, de entre la comida que tenían, escogió un kiwi. Con él y con el cayado se acercó lentamente al chimpancé.

Hola, Gagarin.

El mono le dedicó un breve vistazo, más interesado en seguir desparasitándose.

¿Quieres esto?

El mono contempló la fruta pero no se movió.

Vamos. Seguro que todavía tienes hambre.

Joanes partió el kiwi hundiendo en él los dedos y le enseñó las dos mitades chorreantes. Con cautela, el mono estiró el brazo y cogió la fruta. Dejó caer los restos del dedo y se puso a comer.

Entonces Joanes empuñó el cayado con su mano sana, ayudándose de los dedos que le quedaban en la otra, y lo descargó con todas sus fuerzas contra el chimpancé. Le alcanzó en la parte trasera de la cabeza. El cayado vibró como si se hubiera estrellado contra el suelo de cemento. El chimpancé soltó la fruta y se desplomó, aturdido pero todavía consciente.

La mujer del profesor se cubría la boca con los puños. En el suelo, el negro gritaba a través de su mordaza.

Joanes volvió a alzar el cayado y en esta ocasión acertó al mono en la espalda. El tercer golpe le alcanzó de nuevo en la cabeza. El animal quedó inmóvil.

En el silencio asombrado que siguió, se oyó claramente el chirrido que la puerta

del otro cuarto produjo al abrirse. El profesor no mostraba señales de lo que hubiera estado haciendo allí dentro.

¿Qué sucede?

Soluciono asuntos pendientes, respondió Joanes.

Hizo pasar la cadena por la argolla del extremo del cayado, hasta que la punta de este quedó contra el cuello del animal. Después, manteniendo tensa la cadena, enganchó un eslabón a la alcañata del otro extremo. De ese modo, si sostenía con fuerza el cayado, el mono no podría acercarse a él. A continuación recogió del suelo su dedo anular, del que apenas quedaban los huesos mondados, y lo guardó junto al meñique.

Vacíe mi mochila, ordenó al profesor.

¿Por qué?

Haga lo que le digo.

Me gustaría saber...

Solo quiero acabar con esto de una vez por todas. Sé lo que hago. Por favor, obedezca.

El profesor volcó en el suelo el contenido de la mochila.

Ahora póngasela al mono en la cabeza.

Sin perder de vista los dientes del chimpancé, el profesor le cubrió la cabeza con la mochila y cerró la cremallera hasta donde pudo. El resultado fue una burda capucha.

Y ahora busque entre las cosas de nuestro amigo algo con lo que atar las manos del mono.

El profesor usó unos pantalones del negro. Terminó justo cuando el chimpancé empezaba a moverse. Joanes sostuvo con fuerza el cayado.

¿Ve usted? Su mascota está bien, dijo al negro.

Este sollozaba con la cara contra el suelo. Se le habían quedado prendidos trozos de basura al pelo.

Siento haber tenido que hacerlo. Pero no me ha quedado más remedio, dijo Joanes.

Y luego añadió:

¿Quiere recuperar a su mono?

El negro lo miró con ojos llorosos. Un hilo de moco le colgaba de la nariz.

Lo quiere mucho, ¿verdad? No tiene a nadie más.

El negro asintió.

¿Lo quiere como si fuera su hijo?

Un nuevo asentimiento.

Y quería del mismo modo a Lolita, como a una hija. Por eso ha sentido tanto su pérdida. Imagino que no quiere perder también a Gagarin. Eso sería insoportable. Se quedaría usted solo, sin nadie a quien cuidar.

Ahora el negro negó con la cabeza.

Yo voy a devolverle su mono y los dos podrán irse de aquí. Ya sé que es de noche y está lloviendo, pero no creo que eso le importe, ¿verdad? Son solo unas gotas, como usted dijo. ¿Quiere usted irse con Gagarin?

El negro volvió a asentir.

Estupendo.

Y dirigiéndose al profesor, Joanes dijo:

Suéltele la ligadura y la mordaza. Yo no puedo con la mano herida.

Y de nuevo al negro:

Usted no va a dar otra de esas órdenes a Gagarin, ¿verdad? Porque si se la diera, yo tendría que hacerles mucho daño a los dos, dijo señalando el machete, y usted no quiere eso, y yo tampoco.

El negro negó repetidas veces.

Si lo hace, le abro la cabeza a su mono.

Más negativas.

Estupendo. En cuanto esté usted listo, reúnanse conmigo, por favor.

Dicho esto, y bajo la atenta mirada de la pareja de ancianos, Joanes se alejó hacia los baños con el chimpancé, que lo siguió renqueando.

¿Qué está pasando?, preguntó la mujer del profesor.

No lo sé. Creo que ese chico no está bien.

¿Y eso te extraña?

El profesor no respondió. Soltó al negro, como le habían ordenado, y retrocedió unos pasos, interponiéndose entre este y su mujer. El negro se puso en pie y miró a su alrededor desorientado. Se frotó las muñecas y se palpó la cabeza.

Es mejor que haga lo que le ha dicho, dijo el profesor.

El negro asintió y, con la espalda encorvada, siguió a Joanes.

Los ancianos permanecieron con la vista fija en la entrada de los baños. El viento ocultaba las palabras que, a oscuras y mediante susurros, se decían dentro.

¿Tú has dicho algo a ese chico?, preguntó el profesor.

No.

¿De qué habéis estado hablando?

De nada.

¿Por qué le has dejado coger el machete?

¿Qué iba a hacer yo?

Poco después Joanes salió de los baños. Continuaba acompañado por el chimpancé. Los ancianos lo contemplaron expectantes, pero él cruzó ante ellos en silencio y sin devolverles la mirada. Por el camino se detuvo a coger la linterna. Luego entró en el pequeño cuarto del que el profesor acababa de salir y cerró la puerta.

Joanes encendió la linterna y la posó en el suelo. Se contempló la mano herida, el vacío dejado por los dedos arrancados. Si la mantenía quieta solo sentía un dolor pulsátil y lejano, como si su brazo midiera muchos metros de largo y él mirara su mano a través de un telescopio. Si intentaba moverla, la cosa era muy diferente; el dolor se hacía lacerante, casi insoportable. El mono se había derrumbado en el suelo, apoyado contra una pared y con la cabeza gacha.

No pasó mucho tiempo hasta que oyó un grito en la otra habitación. El chimpancé dio un brinco, obligando a Joanes a sujetar con fuerza el cayado.

Era la mujer del profesor. Su grito solo concluyó cuando la última fracción de aire hubo abandonado los pulmones. A continuación, entre el sonido del viento alcanzaron a oírse unas voces ahogadas y unos fuertes golpes. Luego, durante un instante, nada, y de pronto el fragor de la tormenta se redobló.

Se oyeron más golpes. Y luego un ruido como de algo que se derrumbara. A continuación una pausa y otro grito. De nuevo la mujer del profesor.

Joanes dejó el cayado en el suelo; perdía así el control sobre el chimpancé, pero debía arriesgarse. De todas formas, en su estado el animal no parecía una gran amenaza. Empuñó firmemente el machete. La puerta retumbó cuando alguien la golpeó desde fuera.

¿Señor?, llamó el negro gritando para imponerse al viento.

¿Ya está?, gritó él.

Su voz sonó excepcionalmente alta en el reducido espacio del cuarto.

Sí, señor.

Hubo una pausa y después Joanes preguntó:

¿Seguro?

Sí, señor.

Ahora quiero que los tape. Use las colchas que hay en la cama.

Otra pausa.

¿Gagarin está bien?, quiso saber el negro.

¡Haga lo que le digo!

Un momento después, el negro volvió a llamar a la puerta.

Yo ya he hecho lo que usted me dijo, gritó.

Ahora quiero que vaya a los baños y no se mueva. Cuando esté allí, grite para que sepa que ha llegado. ¿Me ha entendido?

Sí, señor.

Si cuando abra esta puerta le veo, mataré a su mono. ¿Entendido?

Pero usted me prometió que...

¡Me importa una mierda lo que le prometí! Si le veo, lo mato.

Después de una pausa el negro dijo:

¡Ok!

Pasaron unos segundos y oyó decir al negro que ya estaba en los baños. Su voz sonó muy lejana. Joanes decidió que sería mejor dejar al chimpancé donde estaba.

Después recogió la linterna del suelo y respiró hondo. Pero no salió todavía. Permaneció inmóvil, con la mano en la manilla de la puerta, concediéndose unos segundos más, disfrutando del refugio que le proporcionaban aquellas cuatro paredes.

La puerta del barracón estaba abierta y oscilaba empujada por el viento. La noche y la tormenta se colaban adentro a bocanadas. La cama estaba derrumbada. El colchón descansaba en el sucio suelo. Los ladrillos que apuntalaban una de las esquinas del somier se habían caído. El cubo donde habían encendido la hoguera estaba volcado y los rescoldos desparramados. El viento hacía brotar hebras incandescentes en estos y revolvió la basura.

Joanes avanzó hacia la puerta. Con las piernas dentro del barracón y la parte superior del cuerpo en los escalones de acceso, se encontraba la mujer. El profesor estaba junto al coche. Los cuerpos habían sido envueltos con sendas colchas y el viento luchaba por arrancarles las mortajas. Había un ladrillo abandonado en el barro. La lluvia lavaba la sangre que lo cubría.

Al contemplar el bulto empapado que era el cuerpo del profesor, Joanes no sintió ningún alivio. Su único pensamiento fue que ya no tendría oportunidad de aclarar los asuntos que tenían pendientes. Eso le desconcertó y más adelante le produciría una amargura sobre la que debería reflexionar a conciencia para definirla adecuadamente.

Llamó al negro, que salió de los baños apoyándose en la pared. Al verlo, Joanes ahogó una exclamación de sobresalto. El negro tenía la cara recorrida por arañazos, como si lo hubieran atacado con un rastrillo. Una de las heridas le cruzaba un ojo. Llevaba el torso desnudo y el pecho surcado por más arañazos.

Yo he hecho todo lo que usted me dijo.

Al hablar dejó ver los dientes, que tenía manchados de sangre.

Parece que el viejo se ha resistido, dijo Joanes.

Y ella también. Ella se ha resistido también. ¿Usted me dará ahora a Gagarin a mí? ¿Nosotros nos iremos?

Primero cierre la puerta.

¿Va a dejarlos a ellos ahí fuera, mojándose?

No creo que les importe.

El negro cerró la puerta y la apuntaló, para lo que antes tuvo que apartar el cuerpo de la mujer.

¿Dónde está Gagarin?

En el otro cuarto.

¿Él está bien?

Él está perfectamente.

¿Nosotros nos podemos ir ahora?

Pronto, respondió Joanes.

Y añadió:

Ahora está lloviendo mucho.

Pero...

Siéntese, por favor.

El negro obedeció.

¿Yo puedo ver a mi amigo?

No se preocupe por él, respondió Joanes.

Después encendió el farol de queroseno y apagó la linterna.

Así estaremos mejor, dijo tomando asiento él también en el suelo, a una distancia prudencial del negro. ¿Cómo se llama usted?

Abraham.

¿Sus amigos le llaman Abe?

Yo no tengo amigos.

¿Sus conocidos?

Algunos.

Bien. Yo le llamaré Abraham.

Y luego añadió:

Abraham, es mejor que dejemos claro lo que acaba de suceder. Usted ha matado a esas dos personas. Les ha quitado la vida. No debe olvidarlo. Se lo digo por si tuviera usted intención de acudir a la policía.

El negro no dijo nada.

Si usted contara que yo le he obligado a hacerlo, nadie le creería. Y llegados a esa situación yo podría demostrar que usted me atacó a mí, lo que haría su historia aún más difícil de creer, dijo Joanes mostrando la mano mutilada.

Ahora el negro agachó la cabeza y rompió a llorar.

¿Quiénes eran esas personas?, preguntó al cabo de un rato.

Eso no importa. Para usted no eran nadie. No necesita saber sus nombres ni quiénes eran. Basta con que yo lo sepa. Usted, Abraham, en realidad no es culpable de lo que ha pasado esta noche. No le quedó más remedio que actuar como lo hizo, porque tenía que proteger a Gagarin. Y usted lo quiere como si fuera su hijo, ¿no es cierto?

El negro asintió.

Él es el único amigo que yo tengo.

Claro que sí, Abraham. Tenía que defenderlo. Usted ha actuado bien. Ha cumplido con su deber.

Estas palabras volvieron a hacer llorar al negro. Joanes estiró las piernas buscando ponerse cómodo. Intentaba no pensar en el dolor de su mano y de su nariz.

Mientras pasa la tormenta, dijo, ¿por qué no me habla de usted?

El negro lo miró con los ojos llenos de lágrimas, sin comprender.

Quiero saberlo todo sobre usted, Abraham.

¿Por qué?

Porque ahora, Abraham, usted es alguien muy importante para mí.

Y repitió:

Muy importante.

Poco después el negro comenzaba a hablar.

Más alto. No le oigo bien.

El negro comenzó de nuevo.

Sobre ellos, el huracán proseguía su camino hacia el norte, transformando la energía térmica que había robado al mar Caribe en energía cinética, y consumiéndose a sí mismo en el proceso. Avanzaba ansioso hacia el golfo de México, donde desembocaría horas después y volvería a cobrar fuerzas, hinchándose como un portentoso macho en época de celo.

Por la mañana la atmósfera continuaba revuelta. Las nubes parecían posadas sobre los árboles. Llovía y seguía soplando el viento, pero no como lo había hecho por la noche. Cerca del mediodía un todoterreno recorrió bamboleándose el camino de acceso al barracón. Se detuvo frente a este y las cuatro puertas se abrieron a la vez. El dueño de la Residencia de los Ingleses se apeó, escoltado por tres parientes, y observó el lugar con gesto preocupado.

No vieron el coche de Joanes por ninguna parte. La puerta del barracón estaba abierta de par en par. Pasaron adentro. El interior estaba mojado y cubierto de hojarasca y basura. Vieron un somier cojo y un colchón empapado y los restos de una hoguera. En el centro de la habitación principal se alzaba un montón de tablas. Cuando uno de los parientes preguntó al respecto, el dueño de la Residencia de los Ingleses dijo que eran las que antes cerraban las ventanas, y que algún hijo de la chingada las había arrancado. El viento y la lluvia habían barrido el barracón a sus anchas.

El dueño del hotel dijo que nadie pasaría la noche en un sitio así, y menos una noche como la anterior. Los parientes asintieron. Todos dieron por sentado que los españoles, al ver el estado del lugar, habían seguido adelante en busca de un refugio mejor.

A pesar de todo, el dueño del hotel se resistía a irse sin descubrir una señal del paso de sus inquilinos. Inspeccionó todas las habitaciones pero no encontró más que basura mojada. Antes de subir al todoterreno se detuvo a contemplar la vegetación que se alzaba alrededor del barracón. No vio nada, ninguna pista, y rezó en silencio por que aquel hombre y aquellos dos ancianos estuvieran sanos y salvos.

Desde donde se encontraba, en el interior de la espesura, Joanes no alcanzó a oír el motor del todoterreno. Ahora le dolían las dos manos, la mutilada y también la otra, en la que se había clavado unas cuantas astillas al arrancar las tablas de las ventanas.

Estaba en un pequeño calvero, recostado contra un árbol. Descansaba su mano derecha sobre la empuñadura del machete, que llevaba metido en el cinturón. El chimpancé permanecía a su lado, sentado en cuclillas en el suelo.

En el centro del calvero, el negro terminaba de cavar una fosa, bajo amenaza de que su mono moriría si él intentaba algo. La tierra rezumaba humedad; era un puré negro y fragante que no dejaba de deslizarse de regreso al agujero. El negro estaba tan sucio como si se hubiera revolcado en el barro. En su cara solo se distinguían los ojos y los dientes. Trabajaba de rodillas, sin otra herramienta que un abollado plato de aluminio sacado de entre sus cachivaches y que empleaba como pala.

Habían tenido que esperar hasta el amanecer antes de ponerse a trabajar. Para entonces ya habían arrancado las tablas de las ventanas. Por la mañana, antes de hacer nada más, habían retirado los cadáveres de la vista, ocultándolos por el momento entre la espesura.

El siguiente paso fue sacar el coche del camino del barracón y esconderlo en un rincón de la carretera. Joanes daba por supuesto que alguien del hotel aparecería por allí durante la mañana. Dejó en el maletero la silla de ruedas de la mujer del profesor. Guardó el equipaje de los ancianos y las cosas que les había vendido el dueño de la Residencia de los Ingleses. Se desharía de todo ello más adelante. Recogió también su exiguo equipaje.

Dijo al negro que le esperara en el barracón. No se molestó en atarlo. Para impedir que huyera se llevó al chimpancé como rehén. Sin embargo, conducir y vigilar al mono al mismo tiempo habría sido demasiado complicado, y además el chimpancé habría llamado la atención en caso de que se cruzaran con alguien en la carretera. Tras perder el barracón de vista, ató la cadena del mono a un árbol y lo dejó allí.

Cuando volvió un rato después, tuvo un pequeño sobresalto. Encontró al chimpancé inmóvil, apoyado contra el tronco y con la cabeza caída a un costado. Pensó que estaba muerto. Si era así habría perdido el principal recurso del que disponía para mantener controlado al negro. Empujó al mono con el extremo del cayado.

Vamos, Gagarin. No me falles.

Volvió a empujarlo.

El chimpancé se despertó lentamente. Su capucha giró a un lado y al otro. Joanes respiró aliviado.

A unos pasos del barracón, se detuvo y llamó al negro. Le ordenó salir con las manos en alto.

No va a darme ninguna sorpresa, ¿verdad, Abraham?

Este negó con la cabeza.

Así me gusta. Ahora camine delante de mí. Ni rápido ni despacio.

Juntos fueron en busca de un sitio adecuado para enterrar al profesor y a su mujer. El mono los siguió, unido a Joanes por la cadena y el cayado, tropezando con las raíces de los árboles.

Mientras cavaba la fosa, el negro se detuvo varias veces, obligado por ataques de llanto, y en una ocasión para vomitar unos hilos de bilis. Le dijo a Joanes que no podía sacarse de la cabeza los rostros del profesor y de su mujer en el momento de su muerte, que nunca olvidaría aquellas caras, y Joanes respondió que eso era precisamente lo que debía hacer. Él, Abraham, era un contenedor que albergaría el recuerdo de los últimos instantes de vida de aquellos ancianos. El negro guardó silencio y luego empezó a farfullar sobre lo que el profesor había dicho antes de morir. Joanes le apuntó con el machete y le ordenó callarse.

Basta con que usted lo sepa y lo recuerde, añadió.

Llegado el momento de bajar los cuerpos, el negro salió del agujero y se apartó unos pasos. Empujándolos con el pie, Joanes hizo rodar los cadáveres del profesor y de su mujer para que cayeran a la fosa. Le agradó la leve resistencia que opusieron. Previamente les había quitado las carteras, los relojes y las alianzas de boda. Ella no llevaba ningún tipo de joya. Dijo al negro que los tapara.

El dolor de su mano se atenía a una lógica privada y cruel. Iba y venía en oleadas. En los momentos de mayor intensidad Joanes sentía el impulso de echar a correr, de hacer cualquier cosa que le distrajera del dolor. En su lugar, se desahogaba ordenando al negro que trabajara más rápido, y este le miraba con los ojos enrojecidos por el sueño, el llanto y la tierra que se le había metido dentro, sin apenas variar el ritmo.

Pero a pesar del dolor y el cansancio, Joanes se sentía hiperlúcido. Durante la noche había tenido tiempo de meditar sobre lo que debía hacer. Una vez se hubiera deshecho de los cuerpos, buscaría un médico que le curara y le aplicara la vacuna antirrábica. Explicaría las heridas diciendo que le había atacado un perro callejero. Se había perdido mientras buscaba el hotel-refugio y no le había quedado más remedio que pasar la noche en su vehículo. Al ponerse en marcha por la mañana, había pinchado una rueda con una rama rota. Mientras la cambiaba, el perro lo atacó; o, mejor, varios perros, toda una jauría. Eso es lo que diría a quien le preguntara. Una historia sencilla y verosímil; algo que fácilmente podía sucederle a un turista incauto, que desconociera la zona y que nunca se hubiera enfrentado a un huracán. Después iría a Valladolid, donde se reuniría con su familia.

En caso de que alguien lo interrogara sobre el profesor y su mujer, él reconocería haberlos recogido en la carretera, y también que habían pasado brevemente por la Residencia de los Ingleses, de donde los habían obligado a irse. Tras comprobar el inhabitable estado del barracón, habían seguido adelante hasta que, desorientados por completo, habían tenido que detenerse. Afirmaría que los había visto por última vez

esa mañana cuando los dejó en la estación de autobuses de una localidad cercana, sanos y salvos.

Pero él confiaba en que nadie indagara en su historia. Suponía que habría otros turistas perdidos, que se habrían producido accidentes, que el huracán habría dejado víctimas a su paso, cosas mucho más importantes que alguien atacado por unos perros. Y suponía que nadie frecuentaba aquel calvero. Y suponía también que la ávida tierra tropical pronto disolvería los cuerpos. Todas ellas, suposiciones que creía razonables.

Está hecho, dijo el negro.

Levántese. Quédese junto a ese árbol y no se mueva.

Joanes inspeccionó el lugar.

Lo ha hecho usted muy bien, Abraham.

¿Nosotros podemos irnos ahora?

Es lo que le había prometido. Pero esto, dijo Joanes mostrando el machete, y eso, señalando el cayado que descansaba en el suelo, me lo quedo yo. Puede coger a su mono.

El negro se arrodilló junto a Gagarin y, con manos temblorosas, lo soltó del árbol al que estaba atado con la cadena y lo liberó de la ligadura que le mantenía las manos a la espalda. Por último, le quitó la capucha. El mono parpadeó y miró a un lado y al otro. Emitió un quejido. Tenía costras de sangre en la cabeza y también en una oreja, por cuyo interior había estado sangrando.

Gagarin, Gagarin..., repetía su amo, que volvía a llorar. Mi amigo.

El chimpancé se inclinó hacia él y los dos se abrazaron. Permanecieron así largamente, bajo la atenta mirada de Joanes, hasta que este dijo:

Le daré algo de dinero. También puede quedarse con el farol, seguro que le vendrá bien. Aunque tendrá que acompañarme al coche para buscarlo.

El negro no respondió. Acariciaba la espalda de Gagarin.

Si puedo hacer cualquier otra cosa para ayudarle...

Por fin el negro se puso en pie. La única contestación que dedicó a Joanes fue una intensa mirada de desprecio. A continuación se cargó su mochila a la espalda y tomó en brazos a Gagarin, que apoyó la cabeza en su hombro y cerró los ojos.

Adiós, Abraham. Cuídese mucho.

Joanes observó al negro y al mono mientras se alejaban, confundiéndose poco a poco con la vegetación y finalmente desapareciendo del todo. Poco después le pareció oír una especie de canción, una nana, pero no pudo estar seguro. A su alrededor sonaba un repiqueteo de gotas que se desprendían de cada hoja y de cada rama.

Horas más tarde, después de que Joanes hubiera borrado sus huellas lo mejor que pudo y esparcido unas ramas sobre la tierra revuelta e inspeccionado el lugar por última vez y partido hacia su coche y después de que el calvero hubiera recuperado su habitual calma, llegó allí un magnífico ejemplar de boa constrictora. Era una serpiente adulta, de más de dos metros, que buscaba polluelos arrojados de los nidos por la tormenta. Se detuvo en el centro del calvero, alzó la cabeza, asomó su negra lengua y se contorsionó hasta medio enterrarse, como si deseara disfrutar de un baño de lodo. A continuación se dirigió a un árbol cercano, por el que trepó. La huella que su poderoso cuerpo dejó en el barro parecía una suerte de sinuosa y extraña firma. Acurrucada en una rama que se proyectaba sobre el calvero, se dispuso a esperar.

Finalmente, tras varias horas intentando conciliar el sueño, Joanes se levantó de la cama. Su mujer gimió y cambió de postura. Él abrió la puertaventana que permitía el paso del dormitorio a la terraza y salió a tomar el aire. Hacía una agradable noche de primavera. La ventana de la habitación contigua estaba iluminada. Su hija seguía despierta; supuso que trabajando en su interminable novela de vampiros nihilistas. El manuscrito consistía en un fajo de tres gruesos cuadernos sujeto por gomas elásticas. Hasta el momento no había permitido que sus padres lo leyeran.

Pensó en llamar a su puerta y decirle que se pusiera a dormir, pero no le apetecía empezar una discusión a esas horas. Su hija le parecía una persona cada vez más extraña, aunque Joanes se decía que eso era normal, si bien estaba sucediendo antes de lo que esperaba. Luego se decía que esto también era normal.

Miró a su mujer a través de la puertaventana. Se había destapado en sueños. Él no podía verle la cara, que tenía hundida en la almohada. Observado desde allí y bajo la luz anaranjada de las farolas, el dormitorio parecía un dormitorio diferente, más amplio y apetecible. Sintió el picor culpable del voyeur.

Un rato después se apagó la luz en la habitación de su hija, Joanes contempló la calle, flanqueada por árboles y edificios con fachadas de piedra. Unos días atrás, él y su mujer habían renunciado a mudarse a una vivienda mayor, plan que llevaban años acariciando. Deberían olvidarse de ello hasta que les fueran mejor las cosas. Al principio a Joanes le había dolido, pero ahora ya no le importaba.

Respiró hondo, llenándose los pulmones de un aire en el que había un avance del verano. Se sentía bien. Si un mensajero del futuro se le hubiera mostrado para anunciarle que, en adelante, su vida nunca sería ni mejor ni peor que en ese momento, no le habría costado habituarse a la idea.



JON BILBAO nació en Ribadesella (Asturias) en 1972. Es ingeniero de minas y licenciado en Filología Inglesa. En 2005 participó en la recopilación *Ficciones*, publicada por la editorial Edaf en colaboración con la Asociación Colegial de Escritores, y el mismo año obtuvo el premio Asturias Joven de Narrativa por su libro *3 relatos*. Dos años después resultó ganador del XXXVI Concurso de Cuentos Ignacio Aldecoa. Su primera novela, *El hermano de las moscas* (Salto de Página, 2008) fue finalista del Premio Celsius a la mejor novela fantástica en la Semana Negra de Gijón y obtuvo el premio Xatafi-Cyberdark al mejor libro de ficción fantástica de ese año. También en 2008, y en la misma editorial, publicó *Como una historia de terror*, conjunto de relatos que obtuvo una excelente acogida de crítica y público y por el que mereció el Premio Ojo Crítico de Narrativa 2008. En 2010, de nuevo en Salto de Página, publicó la colección de relatos *Bajo el influjo del cometa*, ganadora del XXXII Premio Tigre Juan y del Premio Euskadi de Literatura 2011.